

Bernardo Sorj

¿EN QUÉ MUNDO VIVIMOS?



**PLATAFORMA
DEMOCRÁTICA**
FUNDAÇÃO FHC
CENTRO EDELSTEIN

PLATAFORMADEMOCRATICA.ORG



Bernardo Sorj

¿EN QUÉ MUNDO
VIVIMOS?

Plataforma Democrática (plataformademocratica.org) es una iniciativa de la Fundación Fernando Henrique Cardoso y del Centro Edelstein de Investigaciones Sociales, dedicada al fortalecimiento de las instituciones y la cultura democrática en América Latina, a través del debate pluralista de ideas sobre las transformaciones en la sociedad y la política de la región y el mundo.

CADAL es una fundación privada y apartidaria, basada en Buenos Aires, que tiene como misión promover los derechos humanos y la solidaridad democrática internacional.

Colección: *El Estado de la Democracia en América Latina*, dirigida por Bernardo Sorj y Sergio Fausto.

Revisión: Maísa Kawata

Revisión final: Adriane Piscitelli

Proyecto gráfico: Bruno Ortega

Traducción al castellano: Sofía Elisa Nejamkis

Edición en castellano: Valentina Álvarez

Copyright do texto © 2020 by Bernardo Sorj

São Paulo: Editorial Plataforma Democrática, 2020

ISBN: 978-65-87503-01-1

Este trabajo puede ser reproducido gratuitamente, sin fines comerciales, en su totalidad o en partes, con la condición de que sean debidamente indicados la publicación de origen y su autor.

Para Rafael y Beatriz

ÍNDICE

Introducción	6
1. Los conflictos del capitalismo democrático	11
2. Del liberalismo económico al Estado de bienestar	14
3. Remercantilización: la contrarreforma neoliberal	29
4. Los conflictos culturales de las democracias capitalistas	45
5. Las contradicciones de las democracias capitalistas	56
6. La ascensión de la derecha autoritaria	77
7. La sociedad de la desinformación y la crisis de la verdad	96
8. La disolución de las fronteras de los subsistemas sociales	108
9. La convivencia democrática como “politeísmo” de valores	115
10. Conclusiones	141

INTRODUCCIÓN

Vivimos en tiempos inciertos, en los que los mapas cognitivos colectivos presentan señales de agotamiento. Estos mapas abarcan raciocinios, valores y creencias que nos permiten explicar los hechos y ayudan a definir nuestras expectativas respecto del futuro de nuestras sociedades.

Varios factores convergen para generar temores y frustración, llevando a la pérdida de la confianza en el progreso y la democracia: cambios en la distribución de ingresos, en las estructuras de trabajo, en la capacidad de los partidos de representar a los ciudadanos, en las costumbres, en la geopolítica mundial, y un horizonte en el cual las transformaciones tecnológicas traen incertidumbre sobre el futuro del empleo y un apocalipsis climático se presenta como un escenario cada vez más cercano. Una época de desencuentros entre los individuos y la historia, entre los caminos personales y colectivos, caracterizada por un sentimiento de exclusión del proceso de construcción de un futuro común, como naciones y como humanidad.

No es que antes la subjetividad se fusionaba con la comunidad nacional, pero las personas vivían, con mayor o menor intensidad, una línea de tiempo común, alimentada por una creencia general en el progreso de la sociedad — en sus diversas versiones ideológicas — y confirmada generalmente por experiencias de mejoría de la calidad de vida, para sí mismos y/o para sus hijos. Hoy vivimos en un mundo donde las incertidumbres se acumulan llevando a un sentimiento de colapso del futuro.

El análisis sociológico es tanto un ejercicio para explicar cómo llegamos al momento actual, como de entendimiento hacia dónde nos dirigimos. **Las visiones de futuro, en general, no se concretan o lo hacen apenas de forma parcial; no obstante, a medida en que creemos en ellas, producen un sentimiento de control de nuestras vidas y se transforman en una brújula para orientar nuestras acciones, ya sea para avanzar en dirección al mundo deseado, o para evitar lo que rechazamos.**

La dificultad para visualizar el futuro afecta nuestra comprensión del presente. ¿Por qué? Porque cuando las personas dejan de tener esperanzas sobre lo que vendrá, se aferran a un pasado idealizado; cuando los partidos políticos no ofrecen respuestas, líderes políticos demagógicos que se presentan como antipolíticos son glorificados; y cuando las élites que encarnaban los valores de la razón son desacreditadas, se promueve la mentira y la ignorancia.

La política siempre fue permeada por afectos y fidelidades, pero en momentos de insatisfacción y de malestar social se abre un campo fértil para soluciones demagógicas y maniqueas, que desprecian la confrontación de ideas, y reducen las “soluciones” a mensajes que caben en un tuit. Así, vivimos en tiempos peligrosos, en los que las sociedades pueden acabar resbalando hacia la destrucción de los fundamentos de la vida democrática, que depende del debate informado y del respeto al pluralismo de ideas.

Las ciencias sociales están mal equipadas para analizar procesos políticos en los que prevalecen factores psicosociales destructivos — algunos dirían la faceta oscura de la condición humana —, que llevan a las sociedades en dirección a lo que la escritora Barbara Tuchman caracterizó como la “marcha de la insensatez”. El ataque a la racionalidad penetra incluso en los sectores de los cuales se esperaría su defensa, llevando a muchos liberales a aceptar un pacto con políticos autoritarios, en nombre de las “exigencias del mercado”; y a muchos intelectuales a aislarse en burbujas autocomplacientes.

Situación paradójica. La ciencia, por medio de las más diversas tecnologías, está presente en casi todas las actividades, tanto individuales como colectivas. Sería difícil encontrar una única situación en la que la aplicación del conocimiento científico no permee nuestra relación con nuestro cuerpo, con los otros y con la naturaleza. En la política, sin embargo, los vientos soplan en dirección contraria. Abundan discursos que se nutren del irracionalismo, del cuestionamiento de las élites al conocimiento y el culto a valores absolutos. Sería curioso, si no fuera dramático, que muchos profesionales entrenados en el pensamiento científico — conscientes de las complejidades de las áreas en las cuales actúan —, cuando participan del espacio público caen en el pensamiento mágico, creyendo en soluciones simplistas y en mensajes que transmiten mentiras y prejuicios.

Este libro analiza las complejas relaciones, de complementariedad y de conflicto, entre democracia y capitalismo; ambos revolucionan constantemente los sistemas productivos y sociales, exigiendo una periódica renovación de los pactos institucionales. Cuando prevalecen las soluciones virtuosas, perseveran nuevos parámetros civilizatorios de convivencia pacífica y de mejoría de la calidad de vida. Cuando se establece la polarización destructiva, crece el riesgo de crisis de la democracia y de instalación del autoritarismo.

Si ponemos particular atención en el contexto internacional y a la dinámica europea y de los Estados Unidos, es porque en ellos nos vemos reflejados y por ellos somos influenciados. Eso no significa que podamos deducir diagnósticos o soluciones

adecuadas a nuestra realidad, o que debamos caer en una retórica nacionalista tan vacía como retrógrada. La cuestión no es si podemos dejar de ser parte de un mundo globalizado, sino cómo responder de forma creativa a los desafíos que éste nos presenta.

No creemos en una única llave interpretativa capaz de desvendar la dinámica social y, menos aún, de predecir el futuro. El porvenir se juega en varios “tableros” interconectados — individual, familiar, económico, político, cultural, nacional y global —, potenciando la complejidad y la inestabilidad de las sociedades contemporáneas, que se acentúan por la intensificación de innovaciones tecnológicas “disruptivas” de la organización de la sociedad y de nuestra relación con la naturaleza. En este contexto, debemos escapar de teorías y de clichés que explican todo y que prescriben soluciones únicas y unívocas para los problemas que nos afligen. Lo que no significa que debamos abandonar la búsqueda de respuestas que indiquen caminos para la acción orientada a la construcción de una sociedad mejor, que limiten los males existentes en el mundo, como la desigualdad social y los riesgos catastróficos del cambio climático, y que lleven al fortalecimiento y la mejoría de la calidad de las democracias.

Formado mayoritariamente por textos inéditos — apenas uno de ellos ya publicado, pero revisado y ampliado para este libro¹ —, nuestro objetivo es aclarar los conflictos de valores y dilemas que los ciudadanos enfrentan en las democracias capitalistas contemporáneas. La pregunta básica subyacente es si los valores del Iluminismo, que permitieron los avances de la democracia, son todavía actuales o si vivimos en el umbral de un nuevo período histórico, en el cual el aumento de tendencias autoritarias en el mundo es un indicativo de nuevos tiempos.

El capitalismo es el único modo de producción en que la democracia liberal floreció, pero esa nunca fue una relación necesaria o armoniosa. En el primer capítulo, examinamos los diversos conflictos — económicos, políticos y culturales — que traspasan las sociedades capitalistas democráticas.

En el segundo, nos concentramos en la confrontación entre las tendencias de mercantilizar y desmercantilizar las relaciones sociales, como un eje central de las relaciones entre capitalismo y democracia. Mostramos cómo la desmercantilización de una serie de servicios y de políticas sociales llevaron a la creación del Estado de bienestar social.

En el tercero, analizamos cómo el Estado de bienestar entra en crisis acompañado por la ascensión del discurso y prácticas neoliberales, proceso que lleva a la

1 Sorj, B., *A convivência democrática como politeísmo de valores*. Revista Estudos Avançados. Vol. 30, no.86, São Paulo jan./abr. 2016.

remercantilización parcial de las relaciones de trabajo, de la oferta de servicios públicos y al aumento de desigualdad social. Aunque buena parte de sus innovaciones permanezcan, el Estado de bienestar social muestra señales de fatiga y debe ser reinventado para responder a los desafíos del mundo contemporáneo.

En el cuarto, observamos algunos de los principales conflictos socioculturales que atraviesan la historia de las democracias capitalistas. El foco son los procesos de secularización y el nacionalismo. Las transformaciones de las estructuras sociales — en particular, el cuestionamiento de la organización de la familia, la subordinación de la mujer y la represión de la sexualidad — abrieron el espacio para líderes autoritarios que se presentan como expresión del “orden”, de la “nación” y la “familia”.

En el quinto, presentamos los problemas estructurales de las instituciones políticas de las democracias capitalistas, tanto nacional como internacionalmente, que posibilitan narrativas políticas que cuestionan la legitimidad y la viabilidad de la democracia.

En el sexto, reflexionamos sobre las formas de actuación de la extrema derecha autoritaria, indicando que, a pesar de que el contexto histórico y sus propuestas sean diferentes del fascismo, varias de sus características, contenidos y estrategias de comunicación, tienen semejanzas importantes.

En el séptimo analizamos el nuevo ambiente del espacio público producido por internet, la crisis del periodismo y el papel de las élites tradicionales del conocimiento, en la diseminación de una cultura cuestionadora del pensamiento científico.

La dilución de fronteras entre los subsistemas sociales por el impacto de las transformaciones sociales, es el tema del capítulo ocho. El nuevo escenario dificulta la capacidad de análisis de las tantas disciplinas de las ciencias sociales, que suponían una relativa autonomía y una separación entre los varios subsistemas que organizan las sociedades contemporáneas.

Finalmente, en el noveno y último capítulo, exploramos el papel de los valores en una sociedad, contrastando el “politeísmo de valores” de la vida democrática con los monoteísmos religiosos y seculares. Argumentamos que si bien los valores que nos orientan tienden a ser conflictivos, ninguno de ellos es suficiente para organizar la vida individual o social de forma aislada, exigiendo “dosajes”, que deben ser negociados, subjetiva y colectivamente, por el sistema político.

Este libro es de carácter ensayístico, por eso contiene el menor número posible de notas bibliográficas. El valor moral del uso de citas es una forma de reconocer que el autor guarda una deuda intelectual con sus pares, que asumo integralmente.

Al final no existe trabajo más solitario y, al mismo tiempo, más deudor de los otros, que el trabajo intelectual.

Cabe mencionar algunas personas con las cuales suelo intercambiar ideas ya hace un largo tiempo, y que, claro, no son responsables por el argumento o por eventuales errores. Son ellos: Antonio Mitre, Danilo Martuccelli, Joel Edelstein, John Wilkinson y Sergio Fausto.

1. LOS CONFLICTOS DEL CAPITALISMO DEMOCRÁTICO

Los conflictos políticos en las sociedades capitalistas democráticas se dan en torno a tres grandes esferas: la socioeconómica, la sociopolítica y la sociocultural.² Eso no significa que estén aisladas entre sí. Por el contrario, se influyen, superponen e interpenetran de las más diversas formas.

Los conflictos socioeconómicos están asociados a la distribución desigual de patrimonios y de ingresos y al lugar ocupado por las personas en el sistema de producción y de distribución de la riqueza social. Históricamente, en grandes líneas, se presenta como una confrontación entre clases sociales, a pesar de que los intereses corporativos de subgrupos sociales desempeñen un papel significativo. Los conflictos socioeconómicos tienen un foco claramente identificable y cuantificable: la riqueza producida por la sociedad y su distribución entre los grupos sociales. Como todo conflicto social, los socioeconómicos se expresan como una lucha de valores y de identidades colectivas, y se confrontan los que consideran que el mercado (y la herencia) debe ser el principal, sino el único, mecanismo responsable de la distribución de la riqueza y quienes defienden una mayor intervención del Estado en la regulación del mercado, en la provisión de servicios públicos y la distribución de ingresos.

Los conflictos culturales están relacionados con la predisposición para aceptar nuevas costumbres, valores y creencias, y atraviesan a la sociedad de forma transversal, con un recorte social diferentes del conflicto distributivo. Los conflictos culturales son diversos y se refieren, entre otros, a las formas de relación entre persona y estilo de vida; estructura familiar, estatus, creencias religiosas, reconocimiento social, papel de la mujer, libertad sexual, relación con el cuerpo (como control de natalidad, aborto o suicidio), expresiones artísticas, prejuicios y estigmas sociales, relación con los inmigrantes, uso de drogas y significado del nacionalismo.

Los conflictos socioculturales no presentan la misma unidad y claridad que el distributivo y poseen una enorme plasticidad. Fundamentalmente, enfrentan a quienes se identifican con valores, formas de relación y expresiones culturales emergentes

2 Todas las instituciones sociales, incluida la economía, son fenómenos políticos y culturales. Utilizaremos el concepto cultural en un sentido restrictivo, en línea con el uso ordinario y cotidiano.

y a quienes defienden normas de conducta y visiones de la sociedad referidos a un pasado real o ficticio. Aquellos que se oponen a los cambios culturales se presentan como defensores de valores religiosos y/o del nacionalismo y predicán el miedo del desorden en la familia y en la sociedad. Ya para los que promueven cambios culturales, el idioma dominante es el de los derechos, sean colectivos — como los derechos humanos, sociales, de las minorías o ambientales—, o individuales — que cada persona pueda escoger su forma de vida.

Si podemos hablar de modo analítico de dos polos — conservadores y/o reaccionarios de un lado y progresistas de otro —, la realidad vivida por cada persona tiene muchos más matices. Ciertos temas afectan a los ciudadanos con más intensidad que otros, en cada polo pueden concordar con una posición y no con otras. Apenas un pequeño grupo de personas, con alto compromiso religioso, ideológico o intelectual, busca justificar o deducir todas sus posturas a partir de una única matriz explicativa. Para la mayoría, las diferentes dimensiones de la subjetividad — o sea, una variedad de creencias, de valores y de intereses — conviven de forma contradictoria.

Los conflictos políticos reflejan y elaboran los conflictos socioeconómicos y los culturales, pero tienen dimensiones propias, dada la necesidad de construir instituciones que respondan al mismo tiempo a las demandas de los intereses particulares y de asegurar la cohesión social y el bien común. La tarea de mediación social y de gobierno son realizadas por actores sociales y organizaciones con características, intereses y dinámicas particulares. Estas instituciones, en particular los partidos políticos y los poderes del Estado (legislativo, ejecutivo y judicial), si bien no son disociables de las dinámicas que atraviesan la sociedad, nunca son reducibles a ellas, pues responden a factores de poder que les son propias, y que por su vez plasman la sociedad, generando lealtades e identidades colectivas.

A medida que los conflictos eran producidos dentro de regímenes democráticos, aquellos que ubicaban a los temas culturales en el centro de sus preocupaciones se identificaban, en general, con partidos más a la derecha del espectro político, que apoyan el liberalismo económico, creando una alianza de conveniencia entre los que procuraban limitar el ritmo de las transformaciones culturales y las reformas socioeconómicas. Por su parte, quien priorizaba políticas distributivas lo hacía por medio de partidos de izquierda, con posturas más abiertas al cambio de costumbres.

Si en ciertos momentos de la historia hubo mayor afinidad entre liberalismo económico y conservadorismo moral, o viceversa entre demandas distributivas y cambios culturales, esas afinidades no implican que los simpatizantes de las

corrientes partidarias comparten el mismo conjunto de valores en todas las esferas. Los favorables a las políticas distributivas pueden ser racistas, misóginos, antisemitas o xenófobos, así como quienes apoyan políticas económicas liberales no se identifican necesariamente con posturas conservadoras o reaccionarias en el campo de los conflictos socioculturales.

La historia del capitalismo democrático es la del desarrollo y de la interacción de esos grandes escenarios conflictivos. Durante la segunda mitad del siglo XX predominaron los conflictos socioeconómicos, lo que implicó hasta cierto punto dejar en un segundo plano los conflictos culturales, los cuales están regresando con fuerza en el siglo XXI y, como veremos, sus efectos podrán ser devastadores, tanto para las naciones como para el sistema internacional.

Cuando el sistema institucional se muestra incapaz de procesar los conflictos sociales, estos implosionan en la forma de revoluciones y de golpes de Estado, que llevan a regímenes autoritarios, sean de izquierda o de derecha. Hoy en día, en el Brasil y en el mundo, nos encontramos en la antesala de uno de esos momentos de ascensión del autoritarismo, y el objetivo de los próximos capítulos es contribuir a la comprensión de cómo llegamos la actual encrucijada.

2. DEL LIBERALISMO ECONÓMICO AL ESTADO DE BIENESTAR

El capitalismo revolucionó las formas de producción y de distribución, transformando gran parte de las relaciones de intercambio en vínculos mercantiles contractuales. El modelo capitalista “puro” valoriza la obtención de lucro y el interés personal, y considera que el mecanismo del mercado debe cubrir la totalidad de las actividades de intercambio de bienes y servicios, siendo el Estado obligado a restringir sus funciones a la protección de vida, de la propiedad y el cumplimiento de la ley.

En las democracias, la figura de ciudadanos iguales, movilizados en torno a proyectos políticos que promueven el bien común y el interés nacional, influyen los criterios que orientan la distribución de la riqueza social. La *res publica*, en última instancia, debe predominar sobre la *res privada*, sea en la determinación de vacunación obligatoria, de decretar una cuarentena, de proteger el medio ambiente o de asegurar condiciones básicas de vida a la población.

Si desde el punto de vista jurídico el individuo es el fundamento de la sociedad democrática, la realidad sociológica sigue siendo aquella en la cual los individuos se constituyen como tales y su libertad asegurada dentro de comunidades políticas. Existe, por lo tanto, una tensión constante entre las exigencias de lo que la comunidad considera necesario para que se mantengan las libertades y la cohesión social, y las expectativas de los individuos de disfrutar de su autonomía sin coerción externa.

El liberalismo político no se opone, pero matiza el liberalismo económico desenfrenado para asegurar que las libertades individuales tengan un contenido efectivo. Grandes pensadores liberales que argumentaron a favor del papel del mercado no lo consideraban suficiente para dar cuenta de la complejidad y de las exigencias de la convivencia social. Adam Smith estaba preocupado por las condiciones de vida de los trabajadores y el papel de las emociones en la convivencia social. John Stuart Mill reconoció que en el mundo real las posibilidades de las personas dependen de la familia en la cual nacen, constatación que lo llevó a defender la educación pública (además de la

abolición de la esclavitud, los derechos de la mujer y la protección del medio ambiente) y el cuestionamiento de la transmisión del papel del patrimonio por herencia.³

Ya en el siglo XX, el filósofo liberal Karl Popper, en su obra *La sociedad abierta y sus enemigos*, argumentó que el poder económico puede ser tan opresor como la violencia física del Estado.⁴ Al mismo tiempo que denuncia el totalitarismo comunista y fascista, propone la “paradoja de la libertad”, según la cual la libertad irrestricta, incluso la económica, acaba destruyendo a la propia libertad, ya que permite que el más fuerte maltrate al más débil, lo que exige del Estado instituciones que protejan a los ciudadanos susceptibles de ser oprimidos por los que poseen el mayor poder económico.

En un largo proceso histórico, todavía en marcha y nunca estable, **el capitalismo se adaptó a la democracia, y la democracia se adaptó al capitalismo**. Esa convergencia, con la mediación del sistema político y las instituciones públicas, llevó a los que luchaban por el fin de la desigualdad económica a aceptar el mercado y la propiedad privada, y a los defensores del capitalismo a aceptar que el Estado interviniera en regulación de las relaciones de trabajo y a apropiarse y redistribuir parte de la riqueza social, generando un ámbito de actividad no determinada por las relaciones de propiedad privada.

La propiedad ha sido un tema constante en la historia, pero la noción de que algo es “mío” o “nuestro” incluye una enorme diversidad de configuraciones, siendo que cada sociedad exhibe varios tipos de ellas. A título de ejemplo, en el derecho romano, fue formalizada la diferencia entre la *res publica* y la *res privatae* (la primera englobando los bienes comunes que pertenecen al conjunto de los ciudadanos; la segunda comprendiendo la propiedad individual). En la Edad Media, hubo decenas de variaciones de propiedad de la tierra, entrecruzadas en sistemas jerárquicos que asociaban al rey a sus vasallos, además de incluir un gran número de propiedades comunales.

En las sociedades modernas, a pesar del énfasis en la propiedad privada, las formas de propiedad presentan una enorme diversidad, con importantes consecuencias sociales, tanto en la *res publica* como en la *res privatae*. El derecho de las personas de cómo legar sus bienes es diferente en el derecho anglosajón (*common law*) — en que

3 “The laws of property have never yet conformed to the principles on which the justification of private property rests. They have made property of things which never ought to be property, and absolute property where only a qualified property ought to exist. They have not held the balance fairly between human beings, but have heaped impediments upon some, to give advantage to others; they have purposely fostered inequalities, and prevented all from starting fair in the race”, *Private Property Has Not Had Fair Trial*, de John Stuart Mill. Disponible en: <<http://sites.middlebury.edu/econ045ofic/files/2010/08/mill-private-property.pdf>>. Acceso en: 7 mayo 2020.

4 Popper, K. *The Open Society and its Enemies*. Londres: Routledge, 2002, pp. 333-4.

los individuos pueden escoger a quién dejar su patrimonio — y en la tradición del derecho civil codificado —, como el de los países latinoamericanos, en el cual la ley limita el poder discrecional sobre la distribución de la herencia.

Una de las características del capitalismo es la constante innovación en las formas de propiedad, incluyendo la separación de las responsabilidades legales de la persona física de aquellas que corresponden a la persona jurídica, y diversos formatos de propiedad comercial. Junto a la diversificación de tipos de propiedad privada, la propiedad pública también presenta variadas formas de relaciones contractuales, como las que se establecen entre sectores gestionados o controlados por el Estado y el sector privado, como es el caso de las concesiones de servicios públicos.

Los conflictos socioeconómicos cotidianos se dan en torno a los salarios, sin embargo, el conflicto con mayores consecuencias sobre la forma de organización de la sociedad tiene como epicentro las luchas a favor o en contra de la desmercantilización de ciertos bienes y servicios, como salud y educación. La desmercantilización puede limitarse a regular los mercados o las condiciones contractuales — como en los casos de los derechos del trabajador y del consumidor, de concesiones públicas, de las exigencias para comercializar medicamentos — o el control de los niveles de contaminación de una fábrica o las relaciones familiares. Esta se da también por medio de la cobranza de impuestos, de los programas de ingresos mínimos o de subsidios, por los cuales parte de la riqueza social es retirada de las relaciones mercantiles. En otros casos, puede llevar a prohibir la comercialización de bienes y servicios — como en el caso de ciertas drogas, órganos humanos y prostitución — o excluir el carácter de intercambio mercantil de áreas de bienes y servicios — como manutención de la ley, del orden, salud o la educación pública.

El conflicto entre mercantilización y desmercantilización no implica suponer que estamos frente a un juego de suma cero. El desafío del capitalismo democrático es encontrar soluciones negociadas que aseguren el buen funcionamiento de la economía y de las demandas sociales con mayor justicia distributiva, distanciándose de los fundamentalismos, sea a favor del mercado, sea a favor del estatismo.

El cuestionamiento de la mercantilización de las relaciones sociales fue, en gran medida, producto de movimientos sociales ligados a los valores de igualdad y solidaridad, y más recientemente de los ambientalistas. No obstante, la aplicación de límites a la mercantilización fue y sigue siendo defendida del mismo modo por grupos religiosos opuestos al comercio de juegos de azar, bebidas alcohólicas, drogas, prostitución, pornografía, anticonceptivos e, incluso, en el siglo XIX, de

seguros de vida.⁵ En todos los casos se trata de perspectivas que consideran que parte de las relaciones sociales no pueden ser reducidas a una relación mercantil fundamentada en la libre negociación de agentes privados.

MERCANTILIZACIÓN Y DESMERCANTILIZACIÓN DE LAS RELACIONES SOCIALES

En las sociedades capitalistas democráticas, el conflicto por la distribución de la riqueza está presente en dos esferas: la salarial (en el interior de las empresas), y la tributaria (cuánto y quién pagará los gastos del Estado y quien será favorecido por ellas).

Desde el siglo XIX, la desmercantilización tuvo como epicentro las relaciones de trabajo. La historia del derecho de trabajo es la del despliegue del proceso de reconocimiento y de regulación de la particularidad de la figura del trabajador y del contrato de trabajo.⁶ Un proceso asociado a la lucha de los movimientos sociales, de los sindicatos y de los partidos políticos socialistas, pero también socialcristianos, muchas veces con el apoyo de sectores de las élites dominantes.

Una larga trayectoria de luchas sociales y de reformas políticas permitieron que hoy veamos como naturales los derechos que eran inexistentes en la mayoría de los países un siglo atrás, como la limitación en el horario de trabajo, la educación universal y gratuita, el derecho al voto independientemente del sexo o de la propiedad, la defensa del consumidor o la prohibición de prácticas monopólicas. Todos ellos no sólo eran inexistentes, sino que eran vistos y denunciados por las “clases propietarias” como un camino al derrocamiento del capitalismo, o por los conservadores como destructores del orden social. Para muchos de los que denunciaban al capitalismo, se trataba de un conflicto antagónico que llevaría a la revolución y a la eliminación de la propiedad privada. Fue la práctica política democrática la que permitió un cambio de perspectiva, abriendo camino para narrativas políticas reformistas que, a su vez, permitieron avances para un capitalismo democrático socialmente responsable.

La convivencia entre democracia y capitalismo transformó a la oposición radical entre derecha e izquierda (posiciones ideológicas que valorizan el papel del mercado y del sector privado, en el caso de la derecha, y los que enfatizan la necesidad de in-

5 Zelizer, V. A. “Human Values and the Market: The Case of Life Insurance and Death in 19th-Century America”. In: Granovetter, M.; Swedberg, R. (Org.). *The Sociology of Economic Life*. Boulder: Westview Press, 2001.

6 La construcción social del trabajador como categoría social es analizada en el clásico de Kart Polanyi, *The Great Transformation* (Boston: Beacon Press, 1944).

tervención pública para limitar los efectos de la desigualdad social y de la pobreza, en el caso de la izquierda). Hoy en día, la aceptación de la responsabilidad social del Estado ya no es cuestionada, apenas su dosis. En Europa ningún partido de derecha liberal cuestiona la existencia de un sistema de salud pública universal; mientras en Estados Unidos el acceso al sistema de salud aún depende de seguros personales, a veces asociados al paquete de beneficios propuestos por un empleador.

Cuando hay un enfrentamiento entre las demandas del capital y las demandas por una mayor igualdad, y uno de los polos aplasta al otro, los resultados son perversos. Como ocurrió en el apogeo del liberalismo económico, en la Europa del siglo xix, cuando los niños trabajaban durante largas jornadas, sin acceso a servicios de salud o de educación; y en el siglo xx cuando los regímenes comunistas, en nombre de la igualdad, reprimían la libertad. En las sociedades en las cuales el conflicto entre liberalismo económico y las demandas de justicia social fueron negociados, los resultados trajeron una mejoría de la calidad de vida del conjunto de la sociedad.

A pesar de las confrontaciones, desde el punto de vista de los procesos históricos, el capitalismo y la democracia están fuertemente asociados y se complementan, muchas veces, de forma no intencional. Hasta la modernidad, para la mayor parte de la población, el nacimiento determinaba el destino. El capitalismo impulsó la urbanización, la movilidad ocupacional, social y espacial, individualizando y corroyendo los modelos tradicionales de control social; promovió la innovación, las expectativas de ascenso social y de consumo de nuevos productos, conduciendo a exigencias de mayores ingresos.

Si el capitalismo por sí solo no produce regímenes democráticos, genera en cambio constantes transformaciones sociales, moviliza la iniciativa y la autonomía individual; demanda cada vez más una formación educacional que transmita valores científicos, separa las generaciones (difícilmente los hijos tendrán la profesión de los padres), genera expectativas de mejores condiciones de vida y de libertad de elección, que convergen para fragilizar los sistemas tradicionales de normas sociales y de poder. A pesar del deseo de los conservadores, es imposible separar completamente el individualismo asociado a la libertad para participar del mercado de trabajo y de consumo de otros aspectos de la vida social y cultural.

Por su parte, muchas demandas democráticas — como el acceso universal a la educación, la mayor capacidad de compra de la población, la lucha contra los monopolios, los abusos contra los consumidores y la especulación irresponsable del sistema financiero — van al encuentro de los intereses del buen funcionamiento del sistema capitalista.

EL CUESTIONAMIENTO DEL CONTRATO ENTRE DESIGUALES

Por medio de un largo proceso histórico fue reconocido que el contrato laboral no puede ser disociado del trabajador, es decir, que el trabajo involucra a una persona (lo que significa el reconocimiento de su materialidad biológica y psicológica: edad, salud, embarazo, necesidad de reposo etc.), que va más allá del “momento” laboral. Reconocimiento posible porque, al contrario de lo que pensaba Marx, que teorizó el capitalismo suponiendo que el trabajo es una mercancía similar a las otras, este tiene cualidades específicas, ya que es creado por personas con consciencia y, en el contexto de las sociedades democráticas, con la capacidad de afirmarse como agentes políticos.

Así, la primera preocupación de la legislación laboral se enfocó en la relación entre el trabajador y su cuerpo, es decir, proteger al trabajador de los efectos de la jornada y de las condiciones de trabajo (la medicación del cuerpo estuvo inicialmente asociada a largos períodos de trabajo, que resultaron en una epidemia de accidentes laborales en la Europa del siglo XIX).

Detrás del derecho de trabajo, se encuentra una idea que revolucionó el sistema legal — la misma que sustenta las leyes antimonopolio y de defensa del consumidor —, según la cual un contrato sólo es válido cuando es celebrado entre dos partes libres, en condiciones equitativas de poder de negociación. Esto llevó al reconocimiento de la legitimidad de los sindicatos, en un principio prohibidos en la mayoría de los países desarrollados hasta fines del siglo XIX o principios del siglo XX, y que eran considerados por los empresarios como una afrenta a la libre negociación contractual, y no un mecanismo que buscaba compensar la asimetría de poder entre empleador y empleado.⁷

El reconocimiento de las relaciones de trabajo como un contrato con características específicas produjo una profunda transformación del capitalismo. El contrato laboral pasó a ser mediado por un sistema de regulación social, tendiendo a estandarizar las condiciones en que sería válido y, por lo tanto, redefiniendo los límites del acuerdo puramente mercantil entre las partes. Con el derecho laboral las relaciones sociales de producción fueron mediadas por un nuevo sistema político-jurídico diferenciado, permitiendo que los intereses y los destinos de los asalariados fuesen considerados por el sistema capitalista, introduciendo la figura del sindicato como representación colectiva de los intereses individuales.

7 Sobre la creación del trabajador como categoría jurídica, ver Alain Supiot, *Critique du droit du travail* (Paris: PUF, 1994), a quien acompañamos en buena parte de nuestro argumento.

La extensión de las normativas de las relaciones de trabajo a otras áreas de la vida social llevó a la noción de que la ciudadanía implica “derechos sociales”, que, a su vez, deben ser garantizados por el Estado. Así se creó una “fraternidad objetiva” (frente a la “fraternidad subjetiva” de la filantropía), asumida por el poder público — por lo tanto, una responsabilidad solidaria exterior a la esfera privada —, generando una nueva dimensión de la ciudadanía, expresada en forma de derechos sociales, servicios públicos y mínima seguridad socioeconómica.

Esa “fraternidad objetiva” será constituida como una estructura jurídica racional, basada en el reconocimiento inicial del “mundo del trabajo” como una esfera específica del derecho. En el siglo xx, por lo menos en los países desarrollados, la solidaridad interpersonal fue sustituida, en gran medida (a pesar de que nunca en su totalidad, una vez que la familia continuó desempeñando un importante papel de apoyo), por políticas sociales basadas en una responsabilidad pública legalmente regulada. Esa transferencia de responsabilidades significó una transformación de cierto ideal liberal clásico, que, aun reconociendo la importancia de la solidaridad, la consideró una responsabilidad moral de los miembros de la “sociedad civil”, ajena a la tarea de gobernar.

DE LAS DEMANDAS EN EL LUGAR DE TRABAJO A LOS BIENES PÚBLICOS

La integración de los nuevos derechos y el reconocimiento de actores colectivos, como los sindicatos, llevó a la implosión de los límites impuestos por el sistema contractual privado como único recurso para acceder a una serie de bienes que garantizan el bienestar básico de los trabajadores y de sus familias.

A partir del derecho de trabajo fue establecida una nueva percepción de los derechos de la ciudadanía — hasta entonces reducidos a los derechos civiles y políticos —, que pasó a incluir la “ciudadanía social”. Se reconoció que, además de los derechos específicos asociados al mundo del trabajo existe un conciudadano con derecho a un mínimo para existir, tenga o no un empleo. En ese proceso, que no fue lineal, se fueron agregando nuevos bienes y servicios que debían ser asegurados independientemente de que las personas reciban un salario (como la salud, educación, seguro contra accidentes, jubilación, pensiones o transferencias monetarias directas para los sectores más pobres). Si el derecho transformó el carácter de mercadería atribuido al trabajo, con la expansión de los derechos sociales pasaron a ser considerados “universales”, es decir, el Estado pasó a tener la obligación de asegurar o de facilitar

con subsidios el acceso a estos beneficios a todos los ciudadanos. La extensión de los derechos sociales generó el Estado de bienestar.⁸

ESTADO DE BIENESTAR SOCIAL Y ESTRATIFICACIÓN SOCIAL

La transferencia hacia el Estado de la responsabilidad de la garantía de niveles mínimos de bienestar condujo a un aumento en la carga fiscal, dejando en el centro del conflicto político e ideológico al financiamiento del sector público y su papel en la distribución de bienes considerados condición de ciudadanía. La historia política del capitalismo en el siglo **xx** fue, en buena medida, la de las luchas en torno a la expansión de la capacidad extractiva del Estado.

En las sociedades capitalistas democráticas, la calidad de vida y la desigualdad social pasaron a tener doble entrada: la de la renta personal y la de los bienes públicos a los que los ciudadanos tienen acceso universal (por ejemplo, educación, salud y transporte público) bajo la responsabilidad del Estado. En los países desarrollados, entre un tercio y más de la mitad del PIB (Producto Interno Bruto) es apropiado por el Estado y distribuido a través de los servicios públicos. La desigualdad determinada por el ingreso individual obtenido en el mercado tiende a disminuir considerablemente de acuerdo con el país, si consideramos el impacto distributivo de las políticas sociales.

El Estado de bienestar reorganizó las bases de la estratificación social y de la distribución de bienes, reduciendo los niveles de desigualdad, y las condiciones de vida dejaron de depender, en parte, de la inserción en el mercado de trabajo. Acompañando esta tendencia creció el número de funcionarios públicos, cuyas condiciones contractuales (que generalmente incluyen estabilidad de empleo y un empleador *sui generis*, el Estado), crearon un estrato social con características corporativas diferenciadas.

En el caso de países en desarrollo latinoamericanos, en general el rol redistributivo del Estado es menor. Además de esto, la desigualdad social no puede ser medida usando apenas una contabilidad de flujos financieros. Por ejemplo, mientras una parte de la población tiene acceso al sistema de cloacas, agua potable, gas, electricidad, recolección de basura y calles pavimentadas — todas inversiones realizadas por el Estado —, un porcentaje significativo de la población continúa excluida de estos servicios básicos.

8 Sobre el Estado-seguridad social, ver Celia Kerstenetzky, *O Estado do bem-estar social na Idade da Razão* (Rio de Janeiro: Elsevier, 2012). Disponible en: <www.researchgate.net/publication/324805251_KERSTENETZKY_Celia_-_O_Estado_do_Bem-Estar_Social_na_Idade_da_Razao_2012>. Acceso en: 7 mayo 2020.

DE LA DEFENSA DEL CONSUMIDOR AL MEDIO AMBIENTE

La defensa del consumidor tiene una matriz jurídica similar al derecho laboral: se trata de cuestionar contratos en los que las partes presentan condiciones desiguales de poder. Esa desigualdad puede conducir al control monopólico de mercados; imposición de contratos de adhesión en los cuales el consumidor no tiene más alternativa que aceptar los términos y condiciones determinados, o a empresas que venden productos que no cumplen con la calidad prometida.

El movimiento de defensa de los derechos del consumidor tuvo su origen a fines del siglo xix en los Estados Unidos, como una lucha contra el poder político de los grandes grupos económicos y el favoritismo que les otorgaba el gobierno. Al principio, se concentró en las prácticas tarifarias de las grandes empresas de trenes que recibían tierras públicas en condiciones favorables, y, posteriormente, ya en el siglo xx, se manifestó en contra de las empresas de energía, en particular de la Standard Oil Company, que controlaba una parte importante del mercado de petróleo, de plomo y de whisky. El Partido Antimonopolio de los Estados Unidos, creado en 1884 y de corta vida, así como varios movimientos de la época denominados populistas, además de luchar contra los monopolios, incluían en su plataforma otras demandas, como la elección directa de senadores (en la época electos por los diputados estatales), el impuesto de renta progresivo y los derechos laborales de los trabajadores.

En las décadas siguientes, la legislación de defensa del consumidor fue extendida a todos los sectores de la economía. La defensa del consumidor se volvió objeto de una amplia gama de órganos de gobierno que regulan las concesiones públicas, limitan prácticas monopólicas, fiscalizan la liberación de medicamentos e higiene y el contenido de productos alimenticios, además de controlar la calidad y adecuación de los productos a sus especificaciones técnicas.

La defensa del consumidor no se opone a la mercantilización, pero busca domesticar los términos en que se realizan los intercambios económicos, limitando la capacidad de imposición de las empresas respecto de las condiciones de venta y de la calidad de sus productos.

Más recientemente, la defensa del medio ambiente pasó a integrar las actividades reguladas por el Estado. Para los ambientalistas, la preservación de la naturaleza impone el control de las empresas y del sistema económico, de forma que estos estén subordinados a las necesidades del crecimiento sustentable. En vez de concentrarse

en las relaciones contractuales entre actores sociales, el objetivo es la preservación del bien común, responsabilizando a las empresas por los daños al medio ambiente. La demanda es que la lógica mercantil no esté en el comando de la exploración y del empleo de recursos no renovables o contaminantes, lo que exige la desmercantilización parcial de las decisiones que afectan su uso.

Como consecuencia del aumento de la preocupación por el medio ambiente en las últimas décadas, la confrontación en torno a la mercantilización y desmercantilización pasó a tener un nuevo eje, que es la producción y el consumo de bienes en términos de sus cualidades materiales, sociales, éticas y simbólicas. Se trata de favorecer el contenido ético de los productos consumidos y modificar la conducta de los consumidores, sea en términos de huella ecológica, comercio justo, tratamiento de los animales o de su consumo. Si los derechos de los trabajadores estaban asociados a las reivindicaciones de los sindicatos y de los partidos políticos, las luchas sobre el impacto ambiental y ético de los bienes producidos y comercializados son lideradas por ongs (organizaciones no gubernamentales).

ACTIVIDADES DE COORDINACIÓN DEL ESTADO

Además del impacto de las luchas sociales, los sistemas de regulación, de control y de monitoreo público de las actividades del mercado se expandieron con la creciente complejidad de las sociedades modernas (democráticas o no). El Estado moderno cumple una serie de funciones que van más allá de la mediación de los conflictos distributivos, llevando a la creación de nuevos organismos públicos especializados, incluso en regímenes autoritarios, como ocurrió durante el régimen militar en Brasil y en la China capitalista bajo el control del Partido Comunista.

Además de servicios sociales, como salud y educación, y de obras públicas que el Estado asume o externaliza, son incontables los ejemplos en que la función pública es llamada a intervenir, organizar, autorizar, inspeccionar y coordinar las actividades económicas. Por mencionar algunas de esas funciones: vigilancia sanitaria, desarrollo de infraestructura, organización del transporte público y del espacio aéreo, servicios y planeamiento urbano, control de medicamentos, regulación de la oferta de moneda y del sistema financiero, defensa civil y salud pública. Esto sin mencionar el desarrollo científico y tecnológico, que en todos los países depende en buena medida del aporte de recursos públicos.

Dicho en la jerga de los economistas, las sociedades capitalistas a medida que pasan a ser cada vez más complejas e introducen nuevos productos e innovaciones tecnológicas, aumentan exponencialmente las externalidades que deben ser reguladas o asumidas por el Estado. *Externalidades*, es decir, costos o beneficios ocasionados a una tercera parte que no participa de la transacción, no son definibles a priori, y dependen de la percepción de los ciudadanos y su vocalización política. Los vehículos son producidos por el mercado, pero la regulación de la emisión de gases contaminantes, de licencias de conducir, de la localización de carreteras, de las señalizaciones, del control de velocidad, de la contaminación o asegurar el abastecimiento estratégico de combustible, dependen del accionar del poder público.

El propio sistema empresarial demanda regulación — desde estandarización técnica, clasificaciones, normas de procedimiento y protocolos —, muchas de ellas de carácter global — como las realizadas por la iso, Organización Internacional para Estandarización —, y las más diversas certificaciones nacionales — como la denominación de origen controlada o de sellos de calidad. El capitalismo, más aún el capitalismo democrático, exige para funcionar una expansión permanente de las actividades del Estado.

Esas actividades hacen que el radio de influencia económica del Estado sea mucho más amplio que el presupuesto público, alcanzando casi todas las actividades, y son el objetivo de intereses empresariales que buscan influenciar las decisiones, haciendo uso de lobbies, financiamiento de campañas políticas, “puertas giratorias” (la circulación de funcionarios del sector público hacia el privado o viceversa) y corrupción directa de funcionarios públicos.

El Estado minimalista del liberalismo clásico, orientado por el mercado, es una construcción puramente teórica. En la historia efectiva de las naciones, la “mano invisible” del mercado fue una mano bastante visible que usó el Estado para impulsar y organizar los intereses de los grupos empresariales y corporaciones profesionales.

Las actividades de coordinación del Estado indican que el liberalismo económico, que cree en la autosuficiencia del mercado para organizar las relaciones de producción y de distribución, es un espejismo, un modelo intelectual que poco tiene que ver con las exigencias del funcionamiento de las sociedades capitalistas.

BREVE HISTORIAL DEL SURGIMIENTO DEL ESTADO DE BIENESTAR

Los procesos de universalización de los “bienes básicos” en los países desarrollados no fueron lineales y siguieron trayectorias variadas en cada sociedad. Debemos hablar, por lo tanto, de diversos modelos de democracia y de capitalismo o de tipos de capitalismo democráticos y de Estados de bienestar.

La expansión del Estado de bienestar, también llamado Estado asistencialista o de “economías sociales de mercado” — concepto introducido por el partido demócrata-cristiano alemán —, tanto en Europa como en Estados Unidos, recorrió un largo camino marcado por luchas sociales y sindicales, y circunstancias históricas, como la necesidad de hacer un contrapunto al comunismo y los efectos de la movilización de la población en dos guerras mundiales. Aquellos que lucharon por la patria exigieron su recompensa en tiempos de paz. Recordemos que Winston Churchill, a pesar del prestigio de haber liderado el país en la Segunda Guerra Mundial, fue derrotado en las elecciones de 1945 por el Partido Laborista (en una triste campaña electoral en que Churchill agitó la bandera del peligro comunista que representaría el ascenso de los laboristas al gobierno).

El Estado de bienestar aglutinó a la sociedad en torno al Estado Nacional, proveyendo una serie de bienes colectivos, que incluyen la regulación de las relaciones laborales, los servicios públicos y las políticas sociales, que conforman un sustituto funcional de la propiedad privada y aseguran a los individuos y a las familias condiciones básicas de vida y una red de apoyo en situaciones de desempleo o de incapacidad.

En los Estados Unidos, una sociedad que nació capitalista y, por lo tanto, sin el peso de la herencia de las sociedades estamentales europeas, la distancia social siempre fue menor y las relaciones más igualitarias (entre los blancos). La ideología del *self-made man*, que crea la expectativa de que cualquier persona puede alcanzar cualquier posición social, en que la educación valoriza la iniciativa personal y se espera del sistema de justicia un tratamiento igualitario, la introducción pionera de la producción de consumo de masas permitió prematuramente la integración de los trabajadores industriales a los estilos de vida asociados a las clases medias.

No quiere decir que el Estado no haya tenido un papel importante en la formación de la sociedad estadounidense contemporánea. Las políticas sociales de Franklin D. Roosevelt en la década de 1930, bajo el impacto de la gran recesión de 1929, garantizaron un ingreso mínimo para los sectores más pobres de la población; instauró el sueldo mínimo, redujo la jornada de trabajo y creó los seguros de indemnización y

jubilación. Esas medidas fueron expandidas durante el gobierno de Lyndon B. Johnson, en los años 1960, a pesar de que el alcance de las políticas sociales no llega al nivel de los países europeos, y el mercado y los valores a él asociados continuaron centrales en la construcción de la narrativa nacional y la legitimación del sistema político.

Mientras, el modelo social de Estados Unidos permaneció más precario y segmentado, sobre todo en las áreas de salud y educación, en la Europa de la posguerra, la población rural fue incluida en las políticas sociales, alcanzando al conjunto de la población.

Las diferencias entre Estados Unidos y Europa se reflejan también en la administración de grandes empresas. En Estados Unidos, predomina la lógica financiera del *shareholder* (accionista), que busca la maximización de la ganancia inmediata por la valorización y el lucro distribuido de las acciones. En el capitalismo europeo, en particular en Alemania, y también en Japón, cada país con características propias, la lógica de *shareholder* es limitada por la lógica de *stakeholder* (las partes interesadas), con la participación de funcionarios y/o sindicatos en la administración, con una visión estratégica de gestión centrada en la sobrevivencia de las empresas a largo plazo.

EL "MERCADO"

El mercado y la propiedad privada son instrumentos fundamentales de coordinación de las actividades económicas, de determinación de oferta y demanda y de fijación de precios, de decisiones de inversión y de motivación de los agentes sociales. El mercado debe ser considerado un instrumento al servicio de la sociedad, sin duda útil, pero no un dogma teológico del cual debemos alejarnos sólo en situaciones excepcionales. El libre juego del mercado no asegura un punto socialmente aceptable de distribución de la riqueza social; no encuentra soluciones para los conflictos distributivos, ni asegura el crecimiento de forma automática y, menos aún, apunta salidas para las situaciones de crisis económica.

Fueron decisiones políticas las que convirtieron a la educación, salud, seguridad social, transporte público, servicios urbanos, electricidad y agua — para indicar los sectores más importantes — en servicios ofrecidos por organismos o por empresas públicas o con precios regulados por el Estado (con enormes variaciones entre los países y los momentos históricos, desde concesiones con precios regulados al empleo de subsidios cruzados).

El mercado y los diversos intereses que lo atraviesan se viabilizan y organizan por medio de normas legales, instituciones y políticas públicas. Así, la distribución de la riqueza social está siempre asociada tanto a mecanismos de negociación contractual como a los arreglos institucionales que reflejen la cultura política, la estructura del Estado y de las empresas, y las correlaciones de fuerzas sociales.

Los mercados, por lo tanto, no son una entidad naturalmente virtuosa o nefasta ni reflejan modelos teóricos ideales. Ellos asumen las más variadas formas, son fragmentados y son moldados por relaciones internas de poder que sufren cambios permanentes por la acción de actores sociales y políticos. Los modelos idealizados por algunas teorías económicas, que los representan como un mecanismo impersonal dentro del cual actúan una miríada de empresas en condiciones equitativas de competencia y de información, son distantes de la realidad, donde prevalece el poder asociado a la concentración económica, al acceso diferencial a la información y a la capacidad de ejercer influencia en las decisiones del Estado, el poder de los sindicatos y la agenda de los gobiernos.

En principio, el mercado no determina el tipo de propiedad de las partes involucradas, a pesar de la tendencia a tratar la propiedad privada como sinónimo de mercado. Cuando los diarios mencionan la “opinión de los mercados”, en verdad se están refiriendo a los mercados financieros, que no representan al conjunto de sectores involucrados en el mundo mercantil. Si algunas de sus reivindicaciones son relevantes para el conjunto del empresariado, las políticas que promueven tienen la mayoría de las veces un foco específico: la rentabilidad de corto plazo de sus activos. Situación que lleva a situaciones en que los “mercados” estén satisfechos con una situación económica en la cual las bolsas suben exponencialmente, mientras la economía apenas crece y la desigualdad aumenta.

La mayor eficiencia de las empresas privadas frente a empresas estatales no es un dogma generalizable para todas las situaciones, en que los mercados asumen características específicas, en particular en sectores en los cuales deben ser aseguradas una demanda universal e igualitaria, como son los casos de la salud pública o de la educación. En ciertos casos los servicios públicos pueden ser cedidos o externalizar al sector privado sin poner en riesgo el bien común, lo que exige mecanismos regulatorios que aseguren transparencia y controles que eviten la formación de pandillas público-privadas, en que se interconectan empresarios, políticos y funcionarios públicos.

Entre las demandas de los diferentes grupos por la apropiación de una parte de la riqueza social y los límites de la realidad económica, existe una variedad enorme de arreglos. Eso no significa que cualquiera sea posible, y los economistas tienen un papel fundamental para mapear e interpretar los datos económicos y proponer políticas viables. Pero determinar quién “pagará la cuenta” es una decisión que corresponde al ámbito de la vida política, pues no siendo normativamente neutra, se encuentra más allá del dominio de la teoría económica.

3. REMERCANTILIZACIÓN: LA CONTRARREFORMA NEOLIBERAL

Lo que es llamado de forma genérica — a veces imprecisa y, frecuentemente con connotación negativa — de neoliberalismo es, en realidad, un amplio proceso histórico que se inicia en la década de 1970 y se extiende hasta los días actuales, en que transformaciones sociales y la acción activa de diversos agentes políticos convergieron en el objetivo de remercantilizar las relaciones sociales que fueron total o parcialmente desmercantilizadas.

Como todo proceso histórico, pasa por avances y retrocesos — con características propias en cada país —, y convive con nuevas tendencias, particularmente las asociadas a la lucha por la protección del medio ambiente.

El nuevo impulso del liberalismo económico comenzó a fines de los años 1970, en el gobierno de Margaret Thatcher, seguido por el gobierno Reagan — y promovido en América Latina inicialmente por la dictadura de Augusto Pinochet en Chile — y ya dura cuatro décadas, período al cual fueron sumándose y acumulando nuevas realidades políticas, económicas y sociales inexistentes en sus principios. Indicaremos los principales elementos, muchos de ellos interrelacionados, y las consecuencias de la contrarreforma neoliberal, que desembocó en el estado actual de crisis política del capitalismo democrático.

LA CRISIS FISCAL DEL ESTADO DE BIENESTAR

A partir de fines de los años 1970, Margaret Thatcher, del Partido Conservador, y Ronald Reagan, del Partido Republicano, fueron los defensores de una narrativa política centrada en el retorno del liberalismo económico. Entre las principales propuestas, defendían la disminución de impuestos, una menor regulación del mercado laboral, del mercado financiero y del uso del suelo urbano, la valorización de la libre iniciativa, de la meritocracia y la transferencia hacia la familia y a organizaciones de la sociedad civil de la responsabilidad de los cuidados de los enfermos, ancianos y discapacitados.

Esa nueva orientación fue sistematizada teóricamente por economistas — en particular ligados a instituciones internacionales —, que diagnosticaron una crisis fiscal del Estado de bienestar, producto de alteraciones demográficas (aumento de

la longevidad y disminución de la tasa de natalidad, con la consecuente transformación de la pirámide etaria, de modo que el sistema benefactor, que preveía que la generación más joven asumiría los costos de la más vieja, sería insostenible) y del crecimiento exponencial de los gastos públicos en salud, agravados por el aumento de la tasa de desempleo. Proponían la privatización, por lo menos parcial, de ciertos servicios públicos, la disminución de impuestos, cambios en la legislación de la seguridad social; una menor regulación pública; disminuir los monopolios públicos y la privatización de las empresas estatales; la transferencia hacia los individuos de la administración de sus fondos de previsión social; y reformas en la gobernanza del sector público inspiradas en la experiencia del sector privado, de medición y evaluación de la eficiencia en el empleo de los recursos del Estado y del funcionalismo.

Las políticas económicas liberales fueron agentes, pero también producto, de las profundas transformaciones que se gestaron en el interior de las sociedades y en las relaciones de fuerza entre los diversos actores sociales y de la caída del comunismo. El fin del comunismo limitó la disposición de las clases dominantes a realizar concesiones a los trabajadores por temor a que fueran atraídos por otro ideal de sociedad, que, a pesar de sus enormes limitaciones, no dejaba de ejercer un papel en el imaginario de amplios sectores de la población. No podemos olvidar que, desde que Bismarck implementó reformas sociales para oponerse al avance del socialismo, en el siglo xx, el miedo a las revoluciones comunistas fue uno de los factores para que los grupos económicos dominantes se dispusieran a aceptar los avances en los derechos sociales.

El estado de bienestar sufre un doble cuestionamiento desde los años 1970: en la cúspide, por la búsqueda de las empresas de una mayor competitividad internacional y la creciente influencia del capital financiero internacional presionando a los Estados nacionales por presupuestos equilibrados; y, en la base, por el mayor distanciamiento de las clases medias en relación al Estado de bienestar por el peso de impuestos, la pérdida de apoyo político de los partidos socialdemócratas con la disminución del peso de los trabajadores industriales con la expansión de la importancia del sector de servicios, conllevando a la reducción de poder de los sindicatos. Por ejemplo, en los Estados Unidos la fuerza de trabajo en la industria se redujo del 25% en 1946, al 8,5% en la actualidad.

En los países desarrollados, lo que pasó a ser llamado neoliberalismo fue, desde el punto de vista político, un movimiento de promoción del liberalismo económico en reacción a los avances del Estado de bienestar y de la creciente regulación de la economía por parte del Estado. El neoliberalismo buscó dismantelar los pactos sociales

que sustentaron la construcción del Estado de bienestar promoviendo el individualismo posesivo y criticando el aumento excesivo del gasto público.

Ciertamente la relación entre las demandas fiscales del Estado y las del sector empresarial exhibe una dimensión conflictiva, pues la alta presión fiscal afecta la inversión y el lucro; pero la relación entre ambos no es mecánica. En primer lugar, porque por lo menos parte de los recursos públicos vuelve al sector privado en forma de ganancias de productividad por la oferta de mano de obra más calificada, por las inversiones en ciencia y tecnología y por el desarrollo de las infraestructuras. En segundo lugar, porque si el aumento del gasto público puede en algún momento llegar a frenar la inversión del sector privado, no existe un punto fijo de ruptura. Así lo evidencian las diversas situaciones en los países avanzados, por ejemplo, Dinamarca, Finlandia y Bélgica, donde el Estado se apropia de más del 50% del producto nacional, y el sector público representa entre el 20% y el 30% del total de personas empleadas.

CONVERGENCIA Y CRISIS DE LOS PARTIDOS TRADICIONALES

La socialdemocracia domesticó el impulso revolucionario de los sectores populares, y la derecha liberal lo hizo con el nacionalismo y el fundamentalismo religioso, que en la Europa del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX se aliaron en cruzadas autoritarias, nostálgicas de valores y normas eliminadas por las transformaciones sociales.

El avance del neoliberalismo y de la correlación de fuerzas que lo sustentaba llevó a una reorientación y a divisiones internas, tanto en los partidos de la derecha tradicional como en los de izquierda. El diagnóstico de la crisis del Estado de bienestar fue asumido, con diferencias de énfasis, por casi todos los partidos del espectro político (la reforma que liberalizó el mercado laboral en Alemania fue hecha por Gerhard Schröder, un socialdemócrata). Además de la reducción del déficit fiscal, argumentaban que sería necesario adaptarse a las exigencias de una inserción competitiva en el mercado internacional, lo que incluía, además de reformas en la carga y estructura fiscal del Estado, cambios en la legislación laboral, flexibilizando los contratos de trabajo.

El efecto de la convergencia de las políticas económicas de los partidos de izquierda y de derecha fue que ambos pasaron a ser cadenas de transmisión de demandas de ajustes exigidos por economías cada vez más abiertas, que debían asegurarles a sus empresas competitividad internacional y atraer capitales extranjeros. Ese nuevo contexto determinó que la narrativa “tecnocrática”, que transforma la acción del gobierno en brazo ejecutor del conocimiento de especialistas que se presentan como

técnicos normativamente neutros (en general economistas), pasara a ocupar un lugar central en el discurso, en la agenda y en la acción de los diversos partidos políticos.

La promoción de valores asociados al neoliberalismo puso el tema de la “eficiencia” en el centro de las agendas políticas. La eficiencia, entendida como el mejor uso de los recursos disponibles, es un instrumento fundamental para mejorar la gestión, la transparencia, el control de gastos y la calidad de los servicios y del trabajo de los funcionarios públicos. Al mismo tiempo es un instrumento, no pudiendo ser disociada de los valores y del tipo de actividad al cual se aplica. Si la búsqueda de mayor eficiencia de los gastos y de los servicios prestados por el Estado es un objetivo necesario y recomendable, debe ser medida en función de sus consecuencias para el bien común (al contrario del sector privado, en el que se concibe en términos de competitividad y de maximización de lucros), es decir, debe ser revertida en mejoría de las condiciones de vida de la población.

De la misma forma, si bien no puede ser excluida la valorización monetaria de la iniciativa y del mérito personal, tampoco puede ser el único criterio de distribución de la riqueza social. Áreas que son fundamentales para la sociedad y para el crecimiento económico, como la investigación científica, no funcionan bajo los mismos presupuestos y con las mismas motivaciones del mercado. Son esfuerzos a largo plazo cuya recompensa no es monetaria. Después de todo, ¿cuánto debería ganar el descubridor de la penicilina o el inventor de la vacuna contra la poliomielitis? ¿O funcionarios públicos que se dedican a sus funciones mucho más allá de las atribuciones formales; o estadistas que aplican políticas que permiten la mejoría sustancial de la calidad de vida de la sociedad o ponen fin a conflictos históricos?

El mérito excluye la experiencia de buena parte de la población, que vive la experiencia del mercado de trabajo como un embudo, en el cual el éxito muchas veces es predeterminado por la familia en la que se nació o por factores que están fuera del control de los individuos — como el destino de la empresa para la cual se trabaja o la dificultad de conseguir empleo a medida que la edad avanza—. Y si el mérito debe ser recompensado, no deja de ser igualmente válido argumentar que las personas meritorias deben compartir sus logros con la sociedad, cuyo esfuerzo colectivo crea las condiciones que hicieron posible el enriquecimiento personal.

LA POLÍTICA DE LA FINANCIARIZACIÓN Y REMERCANTILIZACIÓN

La transformación promovida por el neoliberalismo no puede ser dissociada de las transformaciones denominadas de “financiarización” de la sociedad. El cálculo monetario es una característica del capitalismo desde sus orígenes, y el papel central de las relaciones financieras se expresa en las más diversas instituciones del sistema político, jurídico y económico: el monopolio del Estado sobre la emisión de moneda y regulación del sistema financiero, el derecho comercial y el sistema bancario que absorbe ahorros, otorga créditos e irriga la circulación monetaria.

Las “políticas de financiarización” son un fenómeno nuevo, caracterizado por la centralidad que los mercados, instituciones, productos y ganancias financieros pasaron a tener en la orientación económica de los Estados y agentes económicos. Un proceso asociado a la desregulación e internacionalización de los mercados financieros es la expansión de intermediarios que actúan al margen del sistema bancario. Este sector, denominado *shadow banking* (banca en la sombra), es un ecosistema financiero paralelo, que incluye bancos de inversión, aseguradoras y administradores de fondos), y controlaba en 2019 un valor bastante superior al del sistema bancario.⁹ Es un sector especializado en crear productos financieros que prometen mayor rentabilidad, muchas veces apalancados y opacos para el inversor, y que estuvieron en el origen de la gran recesión global que comenzó de 2008.

Si la financiarización es impulsada por sectores que lucran con ella, el fenómeno también está ligado a la existencia de una cantidad creciente de recursos financieros privados que encuentran limitada demanda de crédito en la economía real de los países avanzados, por el bajo crecimiento económico, la tendencia al estancamiento demográfico y a la ampliación de la desigualdad social, que determinan la expansión del consumo. Tendencias que pueden conducir a la consolidación de larga duración de tasas de interés bajas (inclusive inferiores a la inflación). Situación que lleva, de forma creciente, a pequeños ahorristas, que reciben tasas de interés real negativas, a buscar “productos financieros innovadores”, alimentando el *shadow banking* y la formación de nuevas burbujas especulativas. Algunas de esas burbujas, como el mercado del arte, son irrelevantes para la mayor parte de la población, pero no es el caso cuando las empresas se endeudan para comprar sus propias acciones y así mantenerlas valorizadas, generando burbujas, o cuando el capital financiero se diri-

9 Ver reporte realizado por el fmi (Fondo Monetario Internacional). Disponible en: <www.imf.org/en/Publications/GFSR/Issues/2019/10/01/global-financial-stability-report-october-2019>. Acceso en: 7 mayo 2020.

ge al mercado inmobiliario, inviabilizando la compra de viviendas y aumentando el alquiler en las grandes ciudades, o cuando los ahorros de una vida desaparecen en los escombros de productos financieros fallidos que prometían altos retornos.

La financiarización actúa, sobre todo, en el sentido de remercantilizar espacios sociales que fueron total o parcialmente desmercantilizados, actuando en un triple sentido: a) buscando nuevos espacios de actuación del capital financiero; b) maximizando la rentabilidad financiera de las empresas en el menor plazo posible, buscando eliminar otros criterios de interés social; c) creando nuevas áreas de mercantilización.

El capital financiero busca áreas de inversión en servicios públicos (como salud, educación, infraestructura, seguridad social) para gestionarlos dentro de una lógica de rentabilidad. Esa penetración del capital privado en sectores de servicios públicos, se puede hacer necesaria por la necesidad de recursos de inversión y de mayor eficiencia de los gestores privados, pero debe ser claramente a regulada y monitoreada. La previsión social, por los montos financieros y por la afinidad con el know-how del sector, es extremadamente atractiva para el sector privado. El caso más radical de privatización de la previsión social, realizada en Chile durante la dictadura militar, en la que el principio de un seguro solidario de responsabilidad colectiva fue sustituido por un sistema de capitalización individual, se mostró desastroso (bueno recordar que la medida no fue aplicada en las Fuerzas Armadas chilenas, que a la sazón gobernaban el país, que prefirieron quedarse en el antiguo sistema solidario...).¹⁰

En muchos casos de servicios públicos básicos, como el suministro de agua o la electricidad, cuando son orientados por una lógica puramente mercantil, llevan al corte de servicios para usuarios con pagos atrasados, sin considerar los problemas por los cuales estén pasando. Sistemas de transporte o correos privatizados eliminan localidades “no lucrativas”, y en el área de salud la privatización puede tener un papel complementario, pero sin los debidos cuidados puede transformarse en un servicio de selección que encamina hacia el sector público los casos cuyo tratamiento es más costoso.

10 En diciembre de 2018, el 50% de los 684 mil jubilados que recibieron una pensión de acuerdo con su edad (la modalidad que más otorga el beneficio) obtuvieron menos de 151 mil pesos chilenos (135 mil si la Contribución Estatal para la Pensión de Solidaridad no es incluida). Mismo entre las personas que contribuyeron entre 30 y 35 años, el 50% recibió una pensión inferior a 296.332 pesos chilenos, valor ligeramente superior al salario mínimo al final de 2018, pero inferior al salario mínimo actual. (El peso chileno en 2018 valía alrededor de 700 pesos/dólar. Esa grave crisis, acentuada en el caso de las mujeres, una vez que el 50% de las 394643 retiradas por edad avanzada reciben una pensión inferior a 138 mil pesos chilenos (107 mil pesos si la Contribución Solidaria para la Seguridad Social no está incluida) y la pensión mediana para quien contribuyó entre 30 y 35 años, es decir, casi toda la vida laboral, son apenas 281.722 pesos chilenos. Disponible en: <www.fundacionsol.cl/estudios/pensiones-bajo-el-minimo>. Acceso en: 7 mayo 2020.

Modalidades de gestión del sector privado pueden seguramente ser aprovechadas en servicios públicos; en varias áreas, como la infraestructura, la presencia del capital privado se hace necesaria. No se trata de esperar actos de caridad por parte del capital privado, sino de asegurar que los mecanismos de regulación, los contratos y el monitoreo garanticen que la búsqueda de rentabilidad no conduzca hacia desvíos en relación al objetivo de ofrecer un “bien social” universal, basado en el valor de la solidaridad. Tal tarea enfrenta el desafío de limitar la enorme influencia de las empresas prestadoras de servicios en el sistema político.

La financiarización conduce de la misma forma hacia el predominio del cálculo financiero en la organización del sector privado. En la gestión de las empresas, representa la predominancia de la lógica del *shareholder* frente a la del *stakeholder*, que, como ya fue indicado, lleva a una gestión de remuneración de los ejecutivos con acciones de la empresa, que deben asegurar que la valorización de las acciones y/o paguen mayores dividendos.

El segundo camino seguido por la desmercantilización es transformar el mundo laboral, eliminando en el contrato de trabajo la corresponsabilidad de la empresa en relación a sus funcionarios (en forma de garantías en casos de problemas de salud, compartiendo costos sociales, invirtiendo en su formación y ofreciendo una carrera). Inicialmente promovida por medio de la tercerización de actividades de la empresa y por contratos individuales de servicios autónomos, se aceleró por el fenómeno conocido como *uberización* o economía *Gig*. En los empleos *Gig*, las empresas se presentan como “plataformas tecnológicas”, en las cuales los “registrados” ponen a disposición sus instrumentos de trabajo (moto, auto, bicicleta, conocimientos específicos), y la “plataforma” distribuye la demanda, define los valores según los servicios prestados y cobra una comisión por la intermediación entre registrado y usuario.

Para eximirse de cualquier responsabilidad laboral, las plataformas realizan una verdadera revolución orwelliana. En vez de funcionarios, los prestadores de servicio son denominados *partners* (socio/asociado), el contrato de trabajo da lugar a un “contrato sobre los términos de uso” que no garantiza un ingreso mínimo y solo menciona “volumen de ingresos”, y el “fin de la relación” sustituye el despido. La plataforma se exime de cualquier responsabilidad sobre accidentes durante el servicio (frecuentes en los servicios de entrega, ya que su ingreso depende de la cantidad de entregas realizadas), sobre derechos sociales, sobre convalecencia médica, etc. Un

sistema que le transfiere al Estado los costos sociales y deja a los “socios” y a los consumidores a merced de las circunstancias.¹¹

La economía *Gig* es un fenómeno en expansión con la creciente automatización y limitadas oferta de empleos el uso de plataformas en las que personas venden “porciones” de su tiempo para realizar los más diversos servicios, se presenta como la principal figura de trabajo en el futuro. En este nuevo modelo, el prestador de servicios tiene status de autónomo, en general, gana menos que el empleado contratado para realizar el mismo servicio y, además de eso, no recibe beneficios sociales. Un sistema en el cual los trabajadores (¿o debemos llamarlos “socios”?) tienen poca o ninguna relación entre sí, no tienen acceso a los datos de contacto de aquellos que trabajan en la misma plataforma (datos que la empresa obviamente no comparte), y, por lo tanto, dispone de posibilidades mínimas de agruparse para defender sus intereses. Tendremos, así, de un lado grandes empresas (muchas de ellas globales) y, de otro, individuos aislados, sin condiciones de negociación.

¿Será la realización del sueño del mercado laboral del liberalismo económico, en que las empresas no asumen responsabilidad alguna sobre el trabajador, ni obligaciones sociales hacia el Estado, y que acelerará la concentración de ingresos? En lugar de las negociaciones y de la búsqueda de acuerdos entre sindicato y patrones tendremos explosiones sociales y una crisis fiscal del Estado que no tendrá recursos para costear la seguridad social.

Internet no sólo permitió la globalización de la oferta de servicios que pueden ser realizados online, como también transformó el funcionamiento de los mercados de productos, creando *marketplaces* globales como a Amazon y Alibaba, permitiendo que pequeñas empresas puedan alcanzar públicos antes inaccesibles, mientras el comercio tradicional de calle entró en declive.

Transformaciones sociales tan profundas, producidas por revoluciones tecnológicas, exigen soluciones institucionales que actualicen el pacto de convivencia social, asociando la promoción del emprendedurismo a políticas sociales que se adapten a las nuevas circunstancias. Las formas actuales de relaciones de trabajo deben llevar a

11 El 10 de enero de 2020, perdí un objeto en un traslado hecho en un auto de Uber. Intenté entrar en contacto con el conductor vía site de la empresa, pero me pidieron dejar mi teléfono. No fui contactado. Entré nuevamente en el site, en la sección “Correspondiente”, en que está escrito que “Los conductores no tienen contrato con Uber, por lo tanto, no se hacen responsables por objetos olvidados en viajes”. Además de que la frase no tiene lógica (que Uber no tenga contrato y por eso el conductor no sea responsable por las pertenencias de los usuarios), no explica por qué la empresa no divulga el teléfono del conductor. El objetivo es claro, declarar que Uber no tiene responsabilidad ni compromiso tanto con el conductor como con el cliente.

la reinención de los sindicatos (como la iniciativa de Freelancers Union,¹² en los Estados Unidos) y del derecho de trabajo, ciertamente con formatos diferentes al período precedente, pero que siguen siendo fundamentales para compensar las relaciones asimétricas de poder y la viabilidad del Estado de bienestar.

Finalmente, no podemos dejar de mencionar el surgimiento de una reciente área de mercantilización, la de las informaciones personales — que transmitimos cada vez que navegamos en internet o usamos aplicaciones que absorben información del usuario sin que éste tenga conocimiento —, que pone el derecho a la privacidad y el uso y acceso a los grandes bancos de datos en el centro de los debates sobre el futuro de la democracia.

CRISIS DEL ESTADO DE BIENESTAR Y LA DESIGUALDAD SOCIAL

El Estado de bienestar ocupa un lugar central en todos los países, si bien en varios de ellos se pusieron en práctica formas de copago o de planes complementarios para usuarios de servicios de salud; aumentaron las tasas de matrícula en las universidades, y, en algunos casos, se privatizaron sectores como el transporte público, lo que llevó al aumento en el precio de las tarifas. La política con mayor efecto regresivo fue la tributaria, que aumentó el peso de los impuestos sobre el consumo y disminuyó los gravámenes a las ganancias de las grandes empresas y de los individuos.

Aun así, a pesar del aumento de la desigualdad por la concentración de la riqueza, el papel distributivo de las políticas sociales en Europa sigue siendo bastante efectivo. En 2017, la desigualdad de ingresos entre el 10% más rico y el 50% de la base de la pirámide, disminuyó (luego de impuestos y transferencias) en un 29% en Europa Occidental y 23% en Europa del Sur y del Norte (en estas dos regiones, en especial en ésta última, la desigualdad inicial de renta es menor).¹³ El resultado de la concentración de patrimonio e ingresos en el 10% más rico, y la estabilidad de la proporción de la riqueza apropiada por el 50% de menores ingresos, llevaron a un crecimiento menor de los ingresos del 40% restante, es decir, hubo un achatamiento de las clases medias.

En Estados Unidos, el aumento de la desigualdad fue mucho más agudo, en particular por la concentración de riqueza en el 1% más rico de la población. En el período entre 1980 y 2017, los ingresos del 1% más rico pasaron del 10% al 20% del total del

12 Ver: <www.freelancersunion.org>. Acceso en: 7 mayo 2020.

13 Blanchet, T.; Chancel, L.; Gethin, A. "Has the European Social Model Withstood the Rise in Inequalities?". París, 2019. Disponible en: <<https://wid.world/document/european-inequality-wil-summary-2019-en-pdf>>. Acceso en: 25 jul. 2019.

ingreso nacional. En el mismo período, el 50% con menor ingreso redujo casi por la mitad su participación en el ingreso nacional; en resumen, no obtuvieron prácticamente ningún beneficio del aumento de la riqueza del país en los últimos cuarenta años. Las clases medias (40% de la población) tuvieron un crecimiento de ingresos menor que el crecimiento de la riqueza nacional. Es decir, el ingreso del 90% de la población presentó un crecimiento menor que el conjunto de la economía.

El impacto del aumento de la desigualdad en los Estados Unidos llega a ser dramático si consideramos que la expectativa de vida de la población cayó en las últimas décadas, y que la diferencia de expectativa de vida entre una mujer pobre y una mujer rica pasó, en treinta años, de 3,9 a 13,6 años.¹⁴ Teniendo en cuenta que las expectativas sociales de consumo son definidas por el nivel de riqueza del país, el aumento de la desigualdad se expresó en un crecimiento significativo del sentimiento de privación relativa.

Si consideramos el patrimonio en lugar del ingreso, la desigualdad creció tanto en Europa como en Estados Unidos, donde el 50% de la población de menor ingreso casi no tiene participación relevante en el total del patrimonio de las familias, y el 10% más rico posee el 75% de la riqueza nacional en manos privadas, como indican informes recientes del Deutsche Bank y de McKinsey.¹⁵

Esos datos, a pesar de ser fundamentales, no dan cuenta de los movimientos tectónicos en el interior de la sociedad, sea entre generaciones — con la mayoría de los jóvenes ganando menos que sus padres cuando tenían la misma franja etaria —, o del surgimiento de un segmento de desempleados crónicos, o de grupos sociales que perdieron sus posiciones relativas de ingresos o de estatus. Entre ellos se cuentan los trabajadores industriales y de servicios eliminados por la mudanza de la producción hacia otros países; la automatización y el impacto de las nuevas tecnologías en sectores como la minería o la metalurgia, o la desaparición de categorías como los vendedores itinerantes que tomaban pedidos de los comercios, y han sido sustituidos por una aplicación que contacta a los comerciantes directamente con el distribuidor.

La gran recesión de 2008, que llevó al aumento del desempleo, la desigualdad y al endeudamiento público, continúa afectando a muchos sectores de la población. Incluso en economías que en los últimos años consiguieron disminuir el desempleo,

14 "Inequality: A Persisting Challenge and its Implications", McKinsey Global Institute. Disponible en: <www.mckinsey.com/industries/public-sector/our-insights/inequality-a-persisting-challenge-and-its-implications>. Acceso en: 7 mayo 2020.

15 Hooper, P. et al. "US Income and Wealth Inequality". Nueva York: Deutsche Bank, 2018. Disponible en: <www.db.com/newsroom_news/Inequality_Jan2018.pdf>. Acceso en: 7 mayo 2020.

como las de Estados Unidos o Inglaterra, buena parte de los nuevos empleos generados son de baja calidad y remuneración. Los efectos de la recesión convergen con tendencias de larga duración, asociadas al estancamiento demográfico y al aumento de la expectativa de vida, limitando el crecimiento económico.

Los jóvenes integran el grupo más afectado, pues enfrentan un doble problema: los costos de vivienda — sea de alquiler o de compra — sumados a la baja oferta de empleos de calidad y la inestabilidad laboral. Situaciones que los llevan a depender más de sus familias para sustentarse, aumentando el número de los que permanecen o regresan a la casa de los padres estando ya en la vida adulta. El resultado es paradójico, pues el argumento que defiende la reducción de las jubilaciones porque su costo sería insostenible en el futuro, que debería movilizar el apoyo de los sectores más jóvenes de la población, choca con la realidad de que los más viejos sirven de apoyo para sus hijos y nietos.

El discurso económico neoliberal se transformó en el epicentro del debate político e ideológico de los países capitalistas democráticos. La crisis financiera internacional de 2008 llevó a muchas naciones a un endeudamiento del cual no se recuperaron, y la promoción de políticas de austeridad fiscal agravó la desigualdad social y aumentó el contingente de la población de bajos ingresos.

El proceso de implosión del sistema partidario tradicional, que será analizado en el próximo capítulo, es, en buena medida, consecuencia de las políticas neoliberales que ocasionaron un aumento de la desigualdad social por la capacidad de los grupos más ricos de engullir buena parte de las ganancias generadas por el crecimiento económico, en particular durante el período de 1980 a 2019.

CRECIMIENTO ECONÓMICO Y DESIGUALDAD

Aunque sea considerada un medio y no un fin, la evaluación de los gobiernos en las sociedades modernas depende, en gran medida, de su capacidad de generar crecimiento económico. En el caso de las democracias, los resultados económicos deben acompañar, en lo posible, el calendario electoral. Las políticas distributivas son posibles sin crecimiento, pero no son sustentables sin él. El crecimiento económico puede no tener efecto distributivo, pero cuando sustentado puede mejorar los ingresos individuales del conjunto de la población.

El desarrollo económico lleva a cambios sociales que transforman el nivel de las expectativas del “mínimo común” al cual toda la población debería tener acceso. El

ingreso que define el “nivel de pobreza” no es el mismo en Angola, Argentina o Estados Unidos. Ese “mínimo civilizatorio” incluye bienes y servicios, en general con contenido científico y tecnológico (sobre todo los relacionados a la salud, la comunicación y la educación, que cambian de acuerdo con el nivel de riqueza del país).

El efecto de “derrame” producido por el crecimiento económico, particularmente en situaciones que aumentan la desigualdad social, puede ser insuficiente para que la población obtenga un ingreso similar al “mínimo civilizatorio”.

En Estados Unidos, como vimos, la expansión económica tuvo como efecto el aumento de la desigualdad al punto de que el poder adquisitivo del sueldo mínimo se mantuvo casi estancado, mientras fueron agregados costos con servicios (telefonía celular, internet, tv por cable) antes inexistentes, siendo que los seguros de salud, la educación superior y los nuevos medicamentos presentaron un aumento mucho mayor que la inflación.

Además del aumento de gastos, el costo de vida pasó a incluir los cuidados con una población con longevidad cada vez mayor; de gastos con hijos que ingresan más tarde en el mercado de trabajo; de precios de servicios (de dentistas a cuidados personales, en una sociedad de servicios en que la “apariencia” es fundamental y debe ser asumida por el funcionario), de costo de vivienda — sobre todo en las grandes ciudades donde hay mayor oferta y oportunidad de empleos —, en que la suba de los alquileres y el precio de las propiedades fue superior al aumento del ingreso de buena parte de la población, afectando, principalmente, a los más pobres y los jóvenes.

El acceso a la educación y la salud de buena calidad tiene un impacto en la productividad, en las oportunidades de empleo y el nivel de ingresos. La desigualdad afecta tanto el crecimiento económico como la estabilidad política y la calidad de vida de la población. El crecimiento económico con efectos distributivos asegura la mejoría de las condiciones de vida y hace que la población mantenga expectativas de movilidad social, intra e intergeneracional. La movilidad social es el horizonte de esperanza en las sociedades capitalistas democráticas, y cuando se congela o incluso retrocede, como sucede en muchas sociedades capitalistas avanzadas, se produce un profundo malestar social.

NEOLIBERALISMO EN AMÉRICA LATINA

El neoliberalismo es un concepto que, dependiendo de su uso, puede ser una forma de denominar a un fenómeno político específico —, una ideología que busca revertir avances en políticas sociales y regulación del mercado laboral —, pero también un eslogan usado para desacreditar y demonizar cualquier política económica y social con la cual no se concuerda, lo que sucede con frecuencia en América Latina.

El término “neoliberalismo” muchas veces es empleado por la izquierda para denunciar cualquier medida, incluso las que apuntan a mejorar el funcionamiento del Estado o limitar privilegios de sectores la burocracia estatal. En una región donde la inflación perjudicaba a los sectores más pobres de la población, donde las empresas estatales eran fuente de corrupción y de empleo para apadrinados políticos, las políticas de responsabilidad fiscal, de estabilidad monetaria y de privatizaciones — con particularidades en cada país — representaron un avance democrático.

La modernización del Estado incluye controles efectivos sobre el cumplimiento de horas de trabajo por parte de los funcionarios públicos, la eliminación de obstáculos burocráticos innecesarios, el fortalecimiento de los sistemas de control social y la transparencia de las cuentas públicas, disminuyendo las posibilidades de corrupción. La modernización del Estado es una condición necesaria, aunque insuficiente como vehículo de distribución de renta y de servicios públicos más eficientes.

La llamada desregulación es muchas veces una nueva forma de regulación de las actividades económicas y del medio ambiente, que favorece los intereses corporativos. Con todo, en algunos casos, como en países latinoamericanos, parte de la regulación estaba al servicio de intereses sectoriales o de empresas públicas colonizadas por políticos y por grupos corporativos. En suma, la desregulación y privatizaciones en ciertas áreas representa un avance que facilita la concentración de los recursos del Estado en sus actividades prioritarias y el funcionamiento del mercado.

La izquierda latinoamericana nunca fue sensible a las necesidades de modernización del Estado, en parte porque estaba (y aún está) vinculada a los intereses corporativos del funcionariado, al uso de la estructura pública para generar empleos para sus militantes y a una ideología que confunde estatismo con justicia social.

Si enfatizamos las luchas por la desmercantilización, es porque ellas son centrales en la historia de las sociedades democráticas. Pero como muestra la historia de América Latina, ni todas las luchas contra la mercantilización son progresistas, ni una mayor mercantilización es necesariamente un fenómeno regresivo. Muchas

posiciones anti mercantilistas están asociadas a visiones románticas o reaccionarias, o a la defensa de intereses corporativos o de grupos que se benefician de monopolios y de negocios con el Estado. Facilitar las relaciones mercantiles puede llevar a una mayor producción, mayor ingreso y mejor distribución de la riqueza social.

La legitimidad de los partidos políticos se sustenta en la capacidad de proveer mejores servicios sociales y asegurar que el crecimiento económico redunde en el aumento del ingreso para amplios sectores sociales. En la mayoría de los países latinoamericanos, donde el mercado de trabajo sólo integra a parte de la población, y ofrece un salario insuficiente para cubrir las necesidades básicas, la expectativa de los sectores más pobres es que el Estado los proteja; en contraste, la clase media siente que los impuestos que paga no se le revierten en beneficios de servicios públicos. La situación posee ciertas similitudes con todas las sociedades democráticas, pero el distanciamiento de la clase media de los servicios públicos (particularmente en la educación y la salud) y la insatisfacción con la seguridad pública, alcanza proporciones cualitativamente diferentes, aumentando la polarización política. Los sectores de la clase media se sienten atraídos por un discurso que exige “menos Estado”, cuando lo que está en juego es un Estado más eficiente, que cobre impuestos de manera más adecuada y progresiva, eliminando los mecanismos que favorecen a ciertas categorías de personas jurídicas y de funcionarios públicos. Por su parte, otros sectores que apoyan discursos de mayor igualdad social, lo hacen asociados a posiciones estatizantes, cuando no existe relación necesaria entre ambos.

PERSPECTIVAS

A pesar de las políticas neoliberales, **el Estado de bienestar continúa siendo el horizonte de las expectativas de derechos de los ciudadanos de las sociedades capitalistas avanzadas, y es el ideal para gran parte de la población en los rincones más variados del planeta.** El desafío actual es reducir la desigualdad social generada por las políticas promercado y por las transformaciones en el sistema productivo, permitiendo una distribución más equitativa de la riqueza social; aumentando el control sobre la colonización del Estado por parte de sectores privados, y desarrollando alternativas de empleo y de renta.

Entre las demandas del mercado y las demandas sociales existe un espacio de poder discrecional en el que la política puede encaminar respuestas innovadoras. Las discusiones y experiencias sobre un ingreso universal mínimo, en diversas versiones, forman parte de un intenso debate en Europa. Cierta consensu indica que, aunque el

ingreso universal mínimo llegase a ser implementado, sería una solución parcial ya que tendría un valor relativamente bajo y podría ser usada para legitimar el desempleo crónico, excluyendo a parte de la población el sentimiento de relevancia social y o marco de sociabilidad y aprendizaje que ofrece el trabajo.

Dinamarca, seguida por otros países, avanzó en la propuesta del *flexi-security*, que une una legislación laboral flexible, facilitando a los empleadores el despido de funcionarios y disponiendo de un seguro público a los desempleados, incentivando al mismo tiempo la búsqueda de empleo con cursos de formación y promoviendo un diálogo constante entre las empresas y los sindicatos.

Ya existen, y posiblemente habrá cada vez más, experiencias locales de organización de formas de intercambio que buscan evitar el consumismo insensato y promueven el respeto por el medio ambiente. Muchas de esas experiencias surgidas de grupos de base de la sociedad, pueden tener en el futuro un peso mayor. Entretanto, en cuanto no se transforman en un movimiento social articulado con una visión de gobierno capaz de englobar a la sociedad, permanecerán como nichos incapaces de modificar los sistemas sociales.

La historia del capitalismo muestra cómo la acción política afectó las relaciones mercantiles alternando el papel del Estado, que pasó a regular las más variadas esferas de intercambio mercantil privado, limitando el principio de la sacralidad de la propiedad privada y la libre realización de contratos, al mismo tiempo que domesticó el ímpetu igualitario de los movimientos revolucionarios.

Los dilemas entre mayor o menor mercantilización y desmercantilización de la vida social han dado origen a polarizaciones ideológicas, a veces sobre el manto de explicaciones científicas. Como vamos a argumentar en el último capítulo, ninguna sociedad es construida en torno a un valor único. Por el contrario, el contrapeso entre valores es lo que permite negociar equilibrios, siempre precarios, entre los diversos deseos, expectativas e intereses, y abrir espacios para soluciones innovadoras. Un criterio ineludible es que las respuestas deben ser económicamente viables, pero es un criterio insuficiente, pues no responde cómo se distribuyen los costos y beneficios.

Hasta el momento, la imaginación política verbalizada por intelectuales, movimientos sociales y partidos políticos se ha mostrado incapaz de producir respuestas satisfactorias. En la tradición de la derecha, la mezcla entre el liberalismo económico y el conservadorismo se muestra cada vez más precaria y arrojó como resultado, como veremos adelante, el crecimiento de la derecha autoritaria. Precariedad que se expresa igualmente en las dificultades para enfrentar los nuevos

desafíos, que exigen respuestas que van más allá del pragmatismo liberal-conservador: la preservación del medio ambiente, la regulación de los bancos de datos que invaden la privacidad — un valor fundamental del liberalismo clásico —, la automatización y sus impactos sociales o los dilemas éticos planteados por la inteligencia artificial y las terapias genéticas.

Del lado de la tradición de izquierda en los países desarrollados, el panorama también es frustrante. Los más radicales hablan de *post-capitalismo*, un modo de indicar lo que no se desea, sin explicar hacia dónde debe dirigirse la sociedad; lo que resulta intelectualmente insuficiente y políticamente irresponsable. Los partidos tradicionales de izquierda, dependiendo del nivel de desregulación alcanzado en cada país, enfrentan reformas en el mercado de trabajo que confrontan sus bases de apoyo clásicas, o el debilitamiento de los sindicatos en los lugares donde las reformas fueron realizadas. Dentro de la izquierda, la importancia creciente de movimientos sociales concentrados en temas identitarios (orientación sexual, relaciones de género, étnicas) y de defensa del medio ambiente y de los derechos humanos, creó una base electoral diversa y en buena medida divergente de la base obrera tradicional, que ya no tiene el foco en los problemas distributivos que afectan el conjunto de la sociedad nacional.

Aunque limitados en su capacidad de aumentar impuestos, existen varios espacios — dadas las debidas particularidades de cada país — donde es posible modificar la estructura impositiva. Por ejemplo, aumentar el gravamen sobre ganancias de capital financiero (en general menor que el impuesto de renta pago por los asalariados), o limitando las ganancias especulativas de las inversiones en tierras, convertidas en reserva de valor que se apropian de las inversiones públicas en infraestructura y transformaciones sociales y urbanas, llevando al aumento de alquileres y del precio de propiedades, perjudicando a los ciudadanos, sobre todo a las nuevas generaciones y pequeños comercios.

4. LOS CONFLICTOS CULTURALES DE LAS DEMOCRACIAS CAPITALISTAS

SECULARIZACIÓN

Hasta la era moderna, los valores políticos se sustentaban en narrativas religiosas y en la tradición, y las innovaciones eran justificadas en nombre de los textos sagrados. Inclusive en Atenas, en el período de democracia directa (a la cual tenía acceso apenas una minoría integrada por hombres libres), Sócrates fue sentenciado a muerte por cuestionar a los dioses de la polis y por ser un filósofo que llevaba a los jóvenes a objetar los valores establecidos.

El ideal de una sociedad en que las personas se orientan por elecciones hechas libremente a partir de la razón y los afectos individuales sólo surge en los tiempos modernos. No es que los “valores” — esto es, códigos de conducta que determinan lo que es correcto o equivocado, el bien y el mal — no existan en sociedades orientadas por la religión o por cualquier otra tradición sagrada, pero aquellos se justificaban en nombre de una realidad externa al individuo, una narrativa trascendental, expresión de la voluntad divina, asociada a textos o a tradiciones sagradas y en consecuencia incuestionables.

Al principio, la ideología secular estuvo asociada a una visión deísta, agnóstica o atea del mundo. En realidad, el alejamiento radical de la religión se concentró en sectores de élite; mientras para el “pueblo”, el avance de la modernidad fue, en general, una dilución, más que abandono, de las creencias y las prácticas religiosas. La secularización de las sociedades fue un proceso que no se dio en un único momento ni de forma completa y definitiva. Hasta hoy, las relaciones entre religión y poder público presentan desafíos, en tonalidades más o menos intensas, en todas las sociedades democráticas, y la secularización experimenta marchas y contramarchas, aunque en la mayoría de los países desarrollados el porcentaje de personas practicantes haya disminuido, sobre todo entre las nuevas generaciones.¹⁶

16 Ver las investigaciones realizadas por el Pew Institute. Disponibles en: <www.pewforum.org/2018/06/13/the-age-gap-in-religion-around-the-world>; <www.pewforum.org/2018/06/13/why-do-levels-of-religious-observance-vary-by-age-and-country>. Acceso en: 7 mayo 2020.

El proceso de secularización fue concomitante con la construcción de los Estados nacionales, que mantuvieron muchas tradiciones y valores arraigados al pasado religioso. A excepción de la corta experiencia durante la Revolución Francesa — que buscó crear un calendario con los meses y los días referidos a virtudes morales y a fenómenos naturales — se mantuvo el calendario gregoriano, que determina el inicio de “nuestra era” con el nacimiento de Jesús, así como varias festividades religiosas y el domingo como día de descanso, sin mencionar la presencia de símbolos religiosos en edificios públicos. En el sistema educativo, el choque entre el control público y religioso fue largo y conflictivo, con las instituciones religiosas manteniendo en varios países occidentales el control de redes de instituciones de enseñanza.

El distanciamiento de las personas de los universos religiosos ha sido una tendencia de larga duración en las sociedades “occidentalizadas”. Por lo menos en la vida cotidiana, sea para explicar fenómenos naturales, sociales o personales y, en general, el abandono de normas de conducta antes dictadas por el establecimiento religioso, como en relación a la sexualidad y al casamiento. Se trata de un proceso complejo que no significó una ruptura total con el sentimiento de religiosidad. Si el número de “no creyentes” y de “no afiliados” a una corriente religiosa ha ido aumentando constantemente, en la gran mayoría de los países es mayoritario el sector que mantiene algún tipo de vínculo con creencias sobrenaturales. Por otro lado, frente al sentimiento de caos y de falta de sentido, algunos buscan la religión, a veces en las modalidades de corrientes espirituales de origen oriental.

La expectativa de que las religiones institucionalizadas serían relegadas, pues las teologías no se sustentan frente la crítica racional, supone una visión intelectualizada de las creencias religiosas. Las realizaciones de la modernidad, a pesar de ser colosales, no responden a cuestiones fundamentales de la condición humana, y frente a situaciones adversas, como el azar, la enfermedad y la muerte, la esperanza de un “milagro” o de una vida en el más allá, fácilmente se hace presente, aunque signada por la duda.

Incluso si muchas personas abandonan las creencias religiosas, pues sus narrativas no pasan por el tamiz de un análisis histórico o de un argumento racional, para parte considerable de la población las creencias religiosas se basan en la necesidad de enfrentar los temores por los derroteros de la vida y de la muerte. Para ellas, el estudio de los textos sagrados no forma parte de sus vidas, las narrativas teológicas son casi desconocidas, pero ni por esto el sentimiento religioso desaparece, conviviendo con una cotidianidad en la cual los valores modernos prevalecen.

La religiosidad de las personas, alejada de versiones eruditas, se alimenta fundamentalmente de ritos — muchas veces en situaciones específicas, como casamientos, muertes y festividades — y de figuras míticas que transmiten un sentimiento de unidad con un pasado arcaico y una temporalidad eterna, que la modernidad no ofrece.

LA RELIGIÓN EN EL ESPACIO PÚBLICO

La influencia de las creencias y de las instituciones religiosas en el espacio público generó (y sigue siendo) fuente de diversos conflictos. Por ejemplo, en el siglo XIX, como vimos, el seguro de vida fue cuestionado por grupos religiosos que afirmaban que la muerte era un tema espiritual que debía ser dejado en manos de la Iglesia y no del mercado. La píldora anticonceptiva fue — y sigue siendo — cuestionada por grupos cristianos que la denominan “píldora abortiva”. La mayoría de los sistemas legales modernos mantuvieron, hasta hace poco tiempo, normas sobre sexualidad y organización de la familia basadas en valores religiosos, incluyendo temas como el divorcio, aborto o suicidio.

La continuidad de valores patriarcales y represores de la sexualidad asociados a la religión influyó desde su origen, y sigue influenciando, las estructuras jurídicas y las prácticas sociales de las sociedades contemporáneas. Olympe de Gouges elaboró durante la Revolución Francesa la Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana, que proclama derechos iguales de propiedad y participación política de hombres y mujeres. La Declaración no fue aprobada por la Convención, a pesar de que algunos derechos hayan sido aceptados, como el divorcio en bases iguales para hombres y mujeres. El Código Napoleónico, además de reintroducir la esclavitud colonial abolida por la Revolución Francesa, dio paso al derecho romano en relación al *imbecillitas sexus*, incluyendo restricciones a la posibilidad de que la esposa solicitara el divorcio. Llevó casi dos siglos que las demandas de Olympe de Gouges entraran en vigor en Francia (en 1907, las mujeres fueron autorizadas a recibir directamente sus salarios; en 1938, fue abolida la incapacidad civil de la mujer; en 1945, obtuvieron el derecho al voto; en 1970, el código civil sustituyó a la “autoridad paterna” por la “autoridad parental”; en 1984, la igualdad de los cónyuges fue extendida a los bienes de la familia; en 1992, la violencia conyugal fue criminalizada). En 1979 las Naciones Unidas aprobaron la Convención por la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Contra la Mujer, proclamando principios que aún son poco practicados en buena parte del planeta.

El rechazo a los derechos de la mujer, (sea en términos de acceso a la herencia, al voto, a poder sobre la crianza de los hijos, o de castigos en casos de infidelidad matrimonial) formó parte de todos los sistemas legales de las sociedades modernas hasta las recientes décadas. Esos sistemas siguieron puniendo el “pecado de la carne”, prohibiendo los más variados tipos de actos sexuales, sin mencionar la homosexualidad que podía llevar la muerte o la castración química, esta última practicada en Inglaterra aún en 1952 y que llevó al matemático Alan Turing a cometer suicidio. Turing fue uno de los creadores de la cibernética y héroe de la Segunda Guerra Mundial por haber liderado el equipo que descifró el Enigma, la máquina de códigos usada por el Ejército alemán. Apenas en 1958 la homosexualidad fue descriminalizada en Reino Unido, y en los Estados Unidos, donde los estados legislaban sobre qué tipo de práctica sexual era permitida, sólo en 2018 la Corte Suprema declaró que las relaciones sexuales consensuadas entre adultos son un tema de carácter privado.

El conflicto cultural entre los valores seculares y los promovidos por las instituciones religiosas acompañó la historia de la modernidad. Conflicto que tiene como epicentro la estructura de la familia, el lugar de la mujer y la sexualidad. El divorcio entre partes iguales permitiendo un nuevo casamiento en muchos países es un derecho reciente: en Brasil fue aprobado en 1977; en Argentina en 1987, en Chile en 2004, en Irlanda en 1995 (con cláusulas restrictivas). En el campo de la sexualidad, la criminalización de la homosexualidad, la planificación familiar, la relación ambigua sobre la prostitución (“la prostitución de algunas permite la virginidad de las otras”) y la definición del casamiento como institución exclusiva de parejas heterosexuales, son temas de conflicto constante entre los defensores de un Estado laico y las instituciones religiosas.

La discriminación contra la mujer fue tanto formal como informal, desde profesiones para las cuales no serían consideradas “adecuadas”, hasta su participación en diversas instituciones. Solamente a inicios del siglo XX, en la mayoría de los países avanzados y en América Latina, las mujeres pasaron a ser aceptadas en facultades de derecho, de medicina o de ingeniería y comenzaron a ocupar posiciones de juezas y a ejercer cargos de responsabilidad en instituciones públicas o privadas.

Apenas en 1979 una mujer ingresó en la Academia de Ciencias de Francia, más de tres siglos después de su creación. En Brasil, el fútbol femenino fue prohibido por Getulio Vargas por el decreto-ley no 3.199, de 14 de abril de 1941: “A las mujeres no se les permitirá la práctica de deportes incompatibles con las condiciones de su naturaleza, debiendo, para este efecto, el Consejo Nacional de Deportes enviar las

debidas instrucciones a las entidades deportivas del país”. El decreto fue revocado cuarenta años más tarde.

La igualdad de derechos de las mujeres y la legalización de las diversas prácticas sexuales son fenómenos contemporáneos, y en la mayoría de los países aún son incompletas, y en algunos casos sufren retrocesos. Para el reconocimiento de la mujer como sujeto de derechos similares a los de los hombres, fueron determinantes las luchas feministas por la igualdad, desde las sufragistas — que durante el siglo **xx** lucharon por el derecho al voto, siendo muchas de ellas perseguidas y encarceladas —, hasta los movimientos contemporáneos, fortalecidos por la integración masiva de mujeres en la universidad y en el mercado de trabajo. La revolución sexual, fenómeno que se aceleró en las últimas décadas — coincidente con las luchas feministas —, fue impulsada por el surgimiento de nuevas prácticas entre los jóvenes, facilitadas en particular por el surgimiento de la píldora anticonceptiva.

Esto no significa que la religiosidad sea responsable por movimientos políticos que se apoyan en grupos religiosos. Lo que hoy aparece en varias partes del mundo como una reacción política inspirada en la religión, contra los valores igualitarios entre los sexos, son, en buena medida, reacciones patriarcales contra la liberación de las mujeres justificadas en nombre de la religión. Si aplicaran la letra de la Biblia literalmente, deberían proponer que las mujeres infieles sean apedreadas hasta la muerte, como ordenado en el Levítico.

La oposición, muchas veces férrea, de grupos religiosos a los valores de la modernidad, debe ser matizada. Las religiones fueron impactadas por los avances sociales y sufrieron profundas transformaciones. En muchos casos, religiosos contribuyeron para la formación del mundo moderno y estuvieron en la línea de frente en la lucha contra la esclavitud y las condiciones inhumanas de los trabajadores en el inicio de la Revolución Industrial. La Academia de Ciencias del Vaticano aceptó la Teoría de la Evolución como no siendo contradictoria en relación a la fe; y en las últimas décadas, la Iglesia católica y los grupos protestantes abrazaron causas como los derechos humanos y el medio ambiente. Tendencia similar de apertura a los valores de la modernidad pueden ser encontradas en las corrientes mayoritarias del judaísmo, y grupos evangélicos se expanden promoviendo una “teología de la prosperidad”, que enfatiza el éxito individual en la vida terrenal. No hay espacio de la vida social que escape de nuevas síntesis entre modernidad y religión.

LA PERMANENCIA DE LA RELIGIÓN

Por más que la ciencia haya avanzado en el conocimiento de la naturaleza, y la tecnología haya producido mejores condiciones de vida, no eliminaron las incertidumbres fundamentales de la condición humana, ni ofrecen respuestas para las preguntas sobre el sentido de la vida. Aceptar que nacemos y morimos sin tener respuestas para los secretos del universo y el sentido de la vida sigue siendo una actitud minoritaria, incluso en las sociedades secularizadas.

Tanto para la tradición liberal como para la socialista, la religión era un punto ciego. Ambas creían que el progreso económico, la razón y la ciencia llevarían a la disminución del peso de creencias atávicas. Para los liberales del siglo XIX, la religión aún era necesaria para las clases más pobres y “menos instruidas” hasta que fuesen alcanzadas por los beneficios del progreso. Los socialistas, en general, mantenían una relación más militante contra el clero, considerado aliado de las clases dominantes y de los fomentadores de una visión de resignación frente a los infortunios de la pobreza.

Frente al mesianismo religioso, que transfería a la vida después de la muerte las compensaciones de los sufrimientos en este mundo, los socialistas promovían un mesianismo secular, de construcción del paraíso en la tierra, visión que con el fin del comunismo quedó prácticamente extinguida.

Se mostró errónea la visión iluminista que preveía que la razón sería suficiente para organizar la vida pública y que sus principales instrumentos — la ciencia, el crecimiento económico y las instituciones democráticas — limitarían el campo de las emociones, de los afectos y de las creencias religiosas a la vida privada. Los sentimientos, los afectos y otros componentes no racionales de la psiquis tienen un lugar fundamental en la vida de las personas y extrapolan constantemente hacia la vida pública.

Marcel Gauchet, uno de los principales investigadores de los procesos de secularización en el contexto europeo, argumenta que el Estado de bienestar posiblemente fue el principal factor de alejamiento de las personas del universo religioso. En vez de confiar en la previsión divina, de resignarse frente al destino o de esperar una vida mejor después de la muerte, las personas pasaron a demandar al Estado sus necesidades básicas. En ese sentido, el Estado de bienestar sería mucho más que un mecanismo de organización social y económica, y representaría un soporte ontoló-

gico en la vida de los individuos. A medida que el Estado de bienestar retrocede, se abre el espacio para figuras paternalistas que prometen proteger a los indefensos.¹⁷

Actualmente, en lugar de una privatización de la religión, vivimos un período de resurgimiento, el cual grupos políticos y líderes religiosos buscan influenciar la agenda pública, y las identidades religiosas se mezclan con discursos nacionalistas y reaccionarios. Las diversas razones y formas en las cuales ese fenómeno se presenta exigen un análisis detallado de regiones y de países (el islam en el mundo musulmán; el judaísmo en Israel; el hinduismo en India; el budismo en el Sudeste Asiático; las diversas corrientes cristianas en Europa y América), que se encuentra más allá de los límites de este texto. Lo que nos interesa indicar son los desafíos que el resurgimiento religioso coloca a la esfera pública imponen a las democracias.

En general, no se trata, a pesar de que el fenómeno exista, de que las antiguas élites religiosas busquen recuperar el monopolio de la verdad, sino de una nueva agenda controlada, en buena medida, por líderes seculares que se valen de símbolos religiosos. Por un lado, la tradición religiosa es movilizada para expresar el malestar de sectores de la población con los “nuevos hábitos”, sobre todo en temas relacionados a la sexualidad, a los derechos reproductivos y a la presencia de inmigrantes. Por otro lado, el nacionalismo xenófobo se asoció, en variadas configuraciones, a identidades religiosas, de forma que la “defensa de los valores de la patria” se funde con la defensa de la “civilización” cristiana, islámica, judía, hindú o budista, proponiendo formas diversas de estados etnocéntricos.

Como veremos, con características diferentes en cada país, el fenómeno representa una ola conservadora y xenófoba que defiende la “tradición” y un pasado glorificado, presente tanto en la Rusia de Vladimir Putin, como en los Estados Unidos de Donald Trump, pasando por Viktor Orbán en Hungría; Jair Bolsonaro en Brasil; Matteo Salvini en Italia; Tayyip Erdoğan en Turquía; Narendra Modi en India; y Benjamín Netanyahu, en Israel. Una ola que se alimentó en Occidente gracias a los atentados terroristas, que favorecieron un discurso anti-islámico y xenófobo.

La relación entre el renacimiento religioso y sus usos políticos es compleja y plástica, pero nos interesa destacar la limitada correlación entre los enormes avances científicos y el papel de la razón en la esfera política. Limitación que refleja las dificultades de

17 La intuición de Gauchet fue confirmada, en cierta medida, por la búsqueda global realizada por el Pew Research Center que indica una fuerte correlación entre mayor desigualdad y la importancia de la religión. Disponible en: <www.pewforum.org/2018/06/13/why-do-levels-of-religious-observance-vary-by-age-and-country/pf-06-13-18_religiouscommitment-01-04>. Acceso en: 7 mayo 2020.

producir y movilizar sentimientos de comunidad a partir de los instrumentos que los valores del conocimiento fundado en hechos empíricos refutables nos ofrecen.

Si la religión sigue afectando la vida política, ¿cómo se relacionar a grupos religiosos y sus pautas que impactan en la vida democrática? ¿Es posible un diálogo? ¿Cómo confrontar la agenda religiosa con la defensa de los valores de la libertad individual y respeto por la diversidad?

La respuesta, debe pasar, por un lado, por asegurar que las demandas comunitarias (religiosas y étnicas nacionalistas) no violen los derechos fundamentales de los ciudadanos. La defensa de los principios básicos de la vida democrática, que incluye la separación entre Estado y religión, son innegociables pues sin ellos la propia posibilidad de diálogo deja de existir. Debemos siempre recordar que la crítica de los grupos reaccionarios, que cuestionan la intervención del Estado en “asuntos de costumbres” es falaz. El Estado siempre intervino, solo que lo hizo imponiendo valores y costumbres oriundos de tradiciones religiosas.

Por otro lado, debemos buscar entender las demandas de los grupos religiosos, en la medida que no buscan su imposición a aquellos que no comparten las mismas creencias. Sobre todo, debe recordarse que los grupos religiosos no constituyen — ni deben ser tratados como — un conjunto homogéneo; que dentro de cada religión existen valores actuales, que pueden contribuir a la convivencia solidaria y pacífica, y que buena parte de las personas que se definen como religiosas absorbieron y se identifican con valores de la modernidad.

CAPITALISMO, DEMOCRACIA Y NACIONALISMO

Existe una tensión constante entre el universalismo de los valores democráticos y capitalistas y sus cimientos en el Estado nacional. Si por un lado la democracia moderna se sustenta en una visión universalista de los derechos humanos y el capitalismo en la libre iniciativa, por otro, el Estado nacional delimita los derechos de ciudadanía y encuadra las transacciones comerciales en el marco de la legislación del país.

Tanto las instituciones del capitalismo como de la democracia se forjaron en un esfuerzo constante, y nunca acabado del todo, de sumisión de las lealtades familiares, tribales y regionales, como forma de constituir una comunidad que comparta normas de convivencia universal, basadas tanto en códigos legales como en valores comunes. En la construcción de esa nueva comunidad nacional, la educación tuvo un papel central, y, más recientemente, los medios de comunicación.

El Estado nacional fue un triturador de lenguas y culturas locales, a pesar de que el nacionalismo romántico haya apelado por el retorno del pasado y las “raíces auténticas”. Nada más anacrónico que el discurso reciente cuando asumió el cargo de canciller brasileño, en el cual recitó el Ave María en tupi, en nombre de los valores nacionales, considerando que los tupis fueron evangelizados a la fuerza, su lengua extirpada por el poder colonial y por el Estado nacional, y que Brasil sería un concepto ajeno a su cultura.

La “nación” es producto del sistema internacional creado en los tiempos modernos, un modelo de organización política que no tiene nada de “nativo”. Incluso, la extrema derecha nacionalista, que dice repeler influencias “extranjeras” y que enfatiza los “valores nacionales”, es totalmente “globalizada”, pues repite en cada país casi los mismos temas y utiliza las mismas tácticas para fragilizar las instituciones democráticas.

A pesar de que la definición de nación es de orden legal, en la práctica social está asociada a la formación de una cultura nacional, con su(s) lengua(s) y acento(s), literatura y formas de expresión artística, culinaria e identificación con una historia común. Entre la definición legal de ciudadano y el sentimiento de ser parte de una cultura nacional, siempre existieron niveles variados de tensión, por lo menos en la cotidianidad de las sociedades democráticas. Cuando llegan inmigrantes con sus lenguas y bagajes culturales, los “nativos” (en general ellos mismos descendientes de inmigrantes) no los consideran como iguales, aunque sean formalmente ciudadanos. El discurso xenófobo explora esa tensión, siempre existente, entre ciudadanía formal y algo que sería la “esencia” cultural de la nación, de la cual estarían excluidos grupos definidos como extraños o extranjeros. Este tipo de discurso nacionalista xenófobo desea construir *etnodemocracias*, creando una barrera insuperable, un estado de guerra entre la “nación auténtica” y los “cuerpos extraños” que deben ser eliminados, minando los cimientos de la vida democrática.

El nacionalismo es la figura problemática de las principales tradiciones políticas, tanto la liberal como la socialista: ambas sucumbieron constantemente a los llamados patrióticos. Freud se refería al nacionalismo como el narcisismo de las pequeñas diferencias, pero ninguna ideología se mostró en los tiempos modernos tan poderosa y tan capaz de movilizar amplios sectores de la población, dispuestos inclusive a morir por ella. El nacionalismo puede tener raíces mundanas, como empresarios protegiendo los mercados internos, las fuentes de abastecimiento externas y promover exportaciones, o trabajadores queriendo limitar la entrada de inmigrantes que compiten en el mercado de trabajo. Aun así, la fuerza del llamado nacionalista no

puede ser reducida a los intereses materiales. Atracción y necesidad de sentirse parte de comunidades, de una “afiliación” que relaciona al individuo a un grupo mayor, a una “tribu” que se diferencia del resto, tiene raíces en la psicología colectiva.

Desde los principios de los tiempos modernos, en particular a partir de la Revolución Francesa, junto al avance en la creencia en la Razón, en la autonomía de los individuos y en el progreso, muchos intelectuales promovieron una visión romántica, nostálgica de un mundo armónico que habría sido destruido. Los románticos, en versiones variadas, oponían la comunidad al individualismo, la búsqueda desde la transcendencia a las preocupaciones mundanas, la virilidad heroica a la mediocridad feminizada, la nación identificada con la “sangre y la tierra” al cosmopolitismo, la armonía al cambio, el mundo de la razón al mundo de lo sagrado, el destino a la libertad.

Si el romanticismo presenta la idealización de un pasado que en realidad estaba atravesado por los más diversos mecanismos de control, opresión y punición, no por eso deja de remover dificultades reales de la sociedad moderna. Lo que explica por qué valores y sentimientos exaltados por el romanticismo permanecen presentes en las más variadas formas, incluso cuando el discurso social e individual valoran la racionalidad. Los cambios constantes producen inseguridad y pérdida de referencias, lo que hace inclusive que cualquier generación alcanzada una cierta edad sienta nostalgia de tiempos pasados. Conductas basadas en la afectividad se conservan en las relaciones de amistad, familiares o en el ideal del amor romántico (un sentimiento que estaría dictado por el destino y no por una elección racional), así como en las más variadas comunidades identitarias (religiosas, nacionales, ideológicas o equipos deportivos). Son identidades en las cuales sus participantes comparten el sentimiento de pertenencia a una comunidad atemporal de iguales.

Las grandes tradiciones políticas — la liberal y la socialista cada una por caminos diferentes— a pesar del discurso que enfatiza la racionalidad de sus propuestas, sustentaron una visión de la historia como progreso, que permitía unir razón y fe, destino individual y colectivo. Una unión frágil, pues la razón no puede garantizar que la historia se encaminará en la dirección deseada. Fragilidad que flota hacia la superficie en cada momento de la historia — guerras y crisis económicas — en que la sociedad capitalista democrática se muestra incapaz de cumplir con el progreso prometido.

En estos contextos surge una versión degenerada del romanticismo, el nihilismo político, que se apropia de los temas de la tradición conservadora en una dirección puramente destructiva, centrada en mensajes de odio. La crítica de la racionalidad

se transforma en ataque a la vida intelectual y en desprecio al argumento racional, y la valorización de la cultura nacional se transmuta en xenofobia y racismo. Como no es posible un retorno al pasado, el poder político manipula símbolos, sentimientos y creencias para su propio fin, que es transferir al líder el aura de lo sagrado y lo inefable, de forma que su poder sea ejercido sin obstáculos; individuos que no están al servicio de dios, pero se ponen en lugar de dios. Ya en 1934, el Sínodo Confesional de la Iglesia Evangélica Alemana de Barmen, enfrentando la ascensión de Hitler, declaró: “Rechazamos la falsa doctrina de que la Iglesia, poseída de arrogancia humana, podría poner la Palabra y la obra del Señor al servicio de cualquier deseo, propósito y plan elegidos arbitrariamente”.¹⁸

18 Disponible en: <www.luteranos.com.br/textos/a-declaracao-teologica-de-barmen>. Acceso en: 14 mayo 2020.

5. LAS CONTRADICCIONES DE LAS DEMOCRACIAS CAPITALISTAS

Cuando los conflictos sociales no son procesados y son contenidos por el sistema institucional, la desconfianza en las instituciones democráticas aumenta, y los líderes y gobiernos con tendencias autoritarias se fortalecen. ¿Qué limitaciones y contradicciones del régimen democrático son exacerbadas y llevan a su cuestionamiento? En este capítulo, trataremos las fragilidades constitutivas de la vida democrática, que se actualizan a cada instante de su recorrido histórico, y de los desafíos que imponen a la imaginación y a la práctica política.

LOS MÚLTIPLES SIGNIFICADOS DE LA PALABRA DEMOCRACIA

Para entender la actual crisis de la democracia, debemos identificar algunos de sus problemas estructurales, pues más allá de la continua presencia de la religión y el patriarcado, nuevos fenómenos tales como el nacionalismo y las ideologías autoritarias, emergen desde dentro dos regímenes democráticos, como expresión de sus conflictos.

El concepto de democracia en la vida cotidiana, pero también en la teoría, presenta varios sentidos. Uno se refiere a un “estado de espíritu” — valores y expectativas que van más allá de las instituciones formales e, incluso, se manifiestan en regímenes autoritarios —, que exige reconocimiento de la dignidad, de la libertad personal y el sentimiento de que “somos todos iguales”. Este sentimiento se expresa en forma negativa, generando un malestar que lleva a las personas a posicionarse en contra del estado de las cosas.

En segundo lugar, la democracia es un sistema de instituciones, en el cual destacan la libertad de expresión, el Estado de derecho, elecciones periódicas, el pluralismo y el respeto por las minorías. Las instituciones funcionan como bisagras — mecanismos de transmisión, de articulación y de organización — de las presiones sociales, asegurando consensos mayoritarios que permiten el acto de gobernar.

Finalmente, la democracia, sea como estado de espíritu, sea como sistema institucional, se articula con una forma particular de producción y de distribución de bienes, el capitalismo, que ejerce desde presiones directas del poder económico sobre

el sistema político a transformaciones sociales y tecnológicas que generan nuevas formas de desigualdad y de heterogeneidad social.

Si las democracias existentes son capitalistas, lo contrario no ocurre necesariamente. Eso no significa que el capitalismo pueda prescindir de un régimen político que lo sustente, desde la democracia a las dictaduras más variadas, inclusive bajo el comando de partidos comunistas. No existen, por lo tanto, democracias disociadas de sistemas económicos; nunca son “puras”. Las democracias son influenciadas y deben adaptarse a los límites impuestos por la dinámica capitalista, que incluye relaciones de fuerza — a nivel nacional e internacional —, y cambios tecnológicos y crisis cíclicas.

La democracia y el capitalismo establecen relaciones complejas y conflictivas que se reflejan en el interior de los propios valores promovidos por las democracias capitalistas. La defensa de la “libertad” puede presentar como preocupación central la libertad económica y la inviolabilidad de la propiedad privada; el derecho a la libre expresión y organización; la lucha por la justicia social y los excesos del poder económico; o contra las diversas formas de opresión y de discriminación en las relaciones sociales.

La relación entre las varias dimensiones de la democracia es compleja y no lineal. Por ejemplo, en las últimas décadas, mientras crecieron las expectativas igualitarias, la desigualdad social aumentó en la mayoría de los países. Y si la fuerza de la clase trabajadora está en declive, la conciencia de derechos sociales de los ciudadanos siguió progresando. El resultado es paradójico: los avances de los valores democráticos producen insatisfacción con el sistema de gobierno democrático, llevando a segmentos de la población a sentirse atraídos por respuestas autoritarias. Como veremos, la pérdida de confianza en los gobiernos y en el sistema tradicional de partidos abre espacio para el surgimiento de discursos que se presentan como apolíticos, que se alimentan de la frustración de la población y la canalizan en forma de odio contra aquellos que serían responsables por los males que afligen a la sociedad.

DEMOCRACIA IDEAL Y DEMOCRACIA REAL

Aristóteles indicó a que las diferentes formas de gobierno están sujetas a la degeneración. En la práctica, ningún sistema de gobierno alcanza su ideal, y las democracias contemporáneas, siendo un sistema en el cual los ciudadanos tienen el derecho de luchar por nuevos derechos, el propio ideal se encuentra en permanente mutación.

La cuestión aquí no es si existe una distancia entre democracia ideal y democracia real: ella existe y seguirá existiendo, en parte porque las aspiraciones sociales se modifican constantemente, presentando nuevos desafíos y objetivos. La pregunta, por lo tanto, no es si una sociedad alcanza estándares ideales, sino cuál es la orientación del movimiento, en dirección o no a la consolidación de la calidad de la cultura y de las instituciones democráticas.

Para no caer en anacronismos, debemos recordar que los criterios usados actualmente para evaluar el pasado no son los mismos que los contemporáneos. Cabe recordar que son muy recientes los que nos parecen derechos democráticos establecidos. Como mencionamos, sectores amplios de la población — pobres, mujeres, negros o analfabetos —, hasta hace poco tiempo, eran excluidos del ejercicio del voto y eran tratados de forma desigual y marginalizados de la vida política y del espacio público. Eso en el interior de las naciones, pues muchos países europeos eran potencias coloniales que sometían y oprimían a enormes contingentes poblacionales sin derechos básicos de ciudadanía.

La democracia se sustenta en la idea de que la vida política es producto de la acción participativa de los ciudadanos; sucede que el poder efectivo de participación es distribuido de forma muy desigual. Además de las autoridades legalmente facultadas para ejercer funciones públicas con poderes de decisión, o de las personas con prestigio personal que potencian el impacto de sus opiniones, los poderes fácticos, en general económicos, presentan recursos para influenciar decisiones políticas, mucho más allá del común de los mortales. Para estos, la participación política efectiva, fuera del derecho al voto, depende de la participación en organizaciones de acción colectiva (organizaciones de la sociedad civil, sindicatos y partidos) o, para la mayoría, del sentimiento difuso de identificación con algún grupo que actúa en el espacio público.

SOBERANÍA POPULAR Y REPRESENTACIÓN POLÍTICA

La contradicción entre el fundamento de la legitimidad última del poder político en la soberanía popular y su efectivo ejercicio por instituciones intermediarias que actúan en nombre del pueblo, produce una constante tensión entre representantes y representados. La distancia entre el ideal de un gobierno popular y el ejercicio efectivo del poder por organizaciones especializadas (partidos políticos, Poder Legislativo, Ejecutivo y Judicial) hace que esté siempre presente en la ciudadanía, con mayor o menor intensidad, la sensación de no estar representada. En el mismo sentido, la

proclamación de la igualdad de derechos políticos de todos los ciudadanos se opone al diferencial de poder de los grupos dominantes en relación a gran parte de la población, en particular cuando los más poderosos consiguen un trato privilegiado en el sistema de justicia e influencia directa en el sistema político, desmoralizando el principio de la igualdad entre los ciudadanos.

Quien gobierna lo hace en nombre de la nación, pero el “pueblo” nunca es una unidad homogénea, este es plural, y todo gobierno representa apenas a una mayoría circunstancial. Los gobiernos son, al mismo tiempo, expresión del conjunto de la sociedad y de la fracción que los eligió, obligando a los líderes democráticos a navegar entre la agenda de sus partidos y el reconocimiento que representa a toda la nación. Situación que el líder autoritario busca “superar” posicionándose como único representante legítimo del pueblo, su “voz” auténtica, siendo que eventuales opositores—partidos políticos, Poder Judicial, parlamento y organizaciones intermediarias como sociedad civil o medios de comunicación— son considerados enemigos del “pueblo”. El discurso de un pueblo o de una nación homogénea es, concomitante a la construcción de la imagen de un “enemigo del pueblo” igualmente homogéneo.

La naturaleza de la vida política es el agonismo, un espacio en el que propuestas colectivas se elaboran en oposición y conflicto unas con las otras. El agonismo no es excluido por la democracia liberal; la especificidad del agonismo político en las democracias es reconocer como legítimo el *pluralismo*. La democracia crea mecanismos institucionales para la resolución pacífica de conflictos, reconociendo la legitimidad de visiones diferentes y la confrontación de ideas. El único antagonismo que es ajeno a la política democrática es aquel promovido por quien se propone destruir sus instituciones, presentando al opositor como un enemigo a destruir, inviabilizando la convivencia de opiniones diversas.

EL PAPEL DE LOS MITOS EN LA VIDA DEMOCRÁTICA

El capitalismo y la democracia se basan en principios de convivencia sustentados en la racionalidad y la negociación, esto es, en la comunicación entre las partes, pero sin conseguir eliminar el papel de los mitos, sea en la vida privada o pública.

La identificación con mitos (símbolos o narrativas sobre eventos, figuras humanas o no, agrupaciones, ideologías o textos sagrados) transmite un sentimiento de lealtad y de unión de las personas con algo “mayor”, una comunidad de devotos. Los mitos, a medida que en ellos se cree, como argumenta Ernest Cassirer, producen un

sentimiento de unión entre el creyente y su objeto de devoción, que se encuentra más allá del campo del análisis racional y del debate basado en la lógica y en datos empíricos. Ellos dividen las personas entre los que siguen al mito y “los otros”.

La ascensión del laicismo, acompañada de la extensión para el conjunto de la población de las bases del pensamiento científico y de la aceptación del argumento racional en el espacio público, no eliminó los componentes mitológicos y mágicos de la vida privada o la política. Desde la disposición de creer en milagros en situaciones de desesperación, o de explicar situaciones favorables fortuitas como producto de la intervención divina, hasta la proyección de cualidades excepcionales en individuos falibles, el pensamiento mitológico está constantemente presente en la vida social.

Los mitos modernos, sea de lealtades incondicionales a partidos o personas, son la base de los regímenes autoritarios. En sociedades democráticas, la devoción es la relación fusional con los mitos políticos, encarnados en individuos que proyectan una figura paterna protectora, son limitados por el pluralismo y por el libre debate público, que exige convivir con la libertad de crítica y de cuestionamiento.

Gobiernos de extrema derecha que no pueden reprimir frontalmente a sus críticos en contextos democráticos, desarrollan una doble estrategia de cercenamiento y demonización de grupos opositores, promoviendo la idea de que la credibilidad de la información y los hechos dependen del emisor. De esta forma, la búsqueda de la verdad deja de tener como referencia argumentos y datos y pasa a sustentarse en los sentimientos de devoción, o de odio a las voces disidentes.

DEMOCRACIA Y VIOLENCIA

El uso de la violencia colectiva para promover proyectos políticos es la negación de la vida democrática. Política democrática y violencia son formas opuestas de resolver divergencias de intereses y valores. La política democrática supone mecanismos institucionales que aseguran la libre expresión y la resolución pacífica de conflictos (elecciones periódicas, respeto al pluralismo, pesos y contrapesos entre los poderes del Estado, periodismo independiente y una sociedad civil vibrante).

Tanto la extrema derecha como la extrema izquierda cuestionan la solución liberal-democrática, y, a pesar de tener objetivos diferentes y variaciones de país a país, los fascistas y comunistas hicieron uso de grupos civiles armados para la toma del poder, siendo que en el caso del fascismo y en el chavismo, contaron con la neutralidad o el apoyo de las Fuerzas Armadas. En todos los casos, se trata de reducir la

política a una lógica de amigo-enemigo, propagando el miedo y demonizando a los opositores, que deben ser eliminados.

Para la extrema izquierda, la democracia liberal es una mistificación, pues está al servicio del poder de la clase dominante, que en última instancia se sustenta en la fuerza militar y policial. Para la extrema derecha, el poder del Estado está por encima de la opinión de individuos y grupos, pues representa el ideal de la nación, que debe ser protegida de sus enemigos (es decir, de todos aquellos que difieren de la forma como ellos definen ese ideal), que deben ser excluidos, prohibidos y, si es necesario, exterminados. En este sentido, es lo opuesto del ideal liberal, de un estado que les deja a los individuos la elección de valores y de ideales de vida.

A pesar de presentar objetivos y trayectorias diferentes, tanto la extrema derecha como la extrema izquierda desembocaron en Estados totalitarios, al servicio de grupos que controlan el poder político. No podría ser de otra forma: ambos parten del presupuesto de que partidos o individuos, con un discurso “idealista” y prácticas autoritarias, son capaces de “purificar” el sistema político y la sociedad de sus problemas o vicios.

Aun así, la violencia del Estado no está ausente de las sociedades democráticas. En principio, es considerada un monopolio del Estado, y su uso es regulado y subordinado al determinado por el orden legal. En la práctica social la realidad es más compleja. El monopolio de la violencia en manos de un grupo, la policía (o las Fuerzas Armadas contra enemigos externos), sumado a la capacidad del Poder Judicial de penalizar con la pérdida de libertad, abren el espacio para excesos puntuales o sistemáticos (como en el caso de represión en manifestaciones políticas o de prejuicios en relación a sectores más pobres o de minorías étnicas o raciales). Y, también, permiten que sectores con recursos económicos se liberen de castigos.

Los instrumentos de violencia del Estado son controlados por grupos sociales específicos, con sesgos e intereses propios, y poseen, por lo tanto, un poder descomunal en relación al resto de la población. La democracia exige sistemas de supervisión y monitoreo constante de estos grupos, inclusive de los servicios secretos. La disponibilidad cada vez mayor de información sobre la vida de los ciudadanos se presenta como uno de los mayores desafíos para el futuro de los regímenes democráticos. Información sobre los mínimos detalles de la vida privada de cada ciudadano está a disposición del poder público, y su potencial de uso inapropiado es gigantesco.

DEMOCRACIA Y ÉLITES DEL CONOCIMIENTO

La sociedad capitalista es una sociedad de especialistas, que poseen conocimientos específicos y posiciones sociales que les permiten, al menos en sus áreas de actuación, emitir opiniones consideradas más calificadas. Ese conocimiento otorga a sus portadores un estatus especial en el ámbito de sus especializaciones, que los pone en una situación privilegiada para opinar y ofrecer respuestas en relación al resto de la población.

Hasta hace poco tiempo existía la expectativa de que la universalización de la educación y la expansión del estudio universitario llevaría a la valorización del conocimiento científico especializado. No es esto lo que ocurre. El cuestionamiento del conocimiento científico en los Estados Unidos, por ejemplo, es aterrador. Un tercio de los jóvenes estadounidenses tienen dudas sobre si la tierra es plana¹⁹ y el 40% de los estadounidenses piensa que la tierra fue creada por Dios entre 5 mil y 10 mil años atrás,²⁰ sin mencionar a aquellos que argumentan que las vacunas deben ser evitadas o que el ser humano nunca llegó a la Luna.

Los antiguos autoritarismos (nazismo, fascismo y comunismo) querían imponer una única fuente de verdad, la que emanaba del poder político. No obstante, como la derecha reaccionaria actúa en contextos democráticos, su objetivo es destruir la confianza en el conocimiento producido por grupos especializados en la producción de informaciones comprobables y argumentadas. La característica central de la narrativa política autoritaria no es apenas la de una confrontación genérica entre las élites y el pueblo, como buena parte de la literatura sobre el tema indica, sino más bien de confrontación, cuestionamiento y deslegitimación de cierto tipo de élite, los grupos que dependen profesionalmente de la libertad de expresión y del pluralismo: periodistas, científicos, artistas, organizaciones de la sociedad civil, además de los miembros de otros poderes públicos, como el Judicial y políticos opositores.

Para entender la influencia de este discurso político debemos, aunque sea de forma sumaria, retroceder en el tiempo. El mundo moderno fue producto de la convergencia de dinámicas diferentes y hasta cierto punto divergentes. Por un lado, los valores de individuos libres e iguales suponen que, en la esfera pública, todos sean iguales. Por otro lado, el mundo científico otorga a un grupo de especialistas, con

19 Disponible en: <<https://blogs.scientificamerican.com/observations/do-people-really-think-earth-might-be-flat>>. Acceso en: 7 mayo 2020.

20 Disponible en: <www.livescience.com/46123-many-americans-creationists.html>. Acceso en: 7 mayo 2020.

conocimiento altamente especializado, que el resto de la sociedad muchas veces no llega a comprender, un poder de definir qué es lo correcto y qué no dentro de sus esferas de rendimiento.

El respeto, incluso hasta la veneración, por el saber científico y profesional convivió hasta hace poco tiempo de forma relativamente pacífica, con creencias de orden religioso o con la idea de la igualdad de todos los ciudadanos. Los cuestionamientos a la ciencia surgían en función de consecuencias prácticas de la ciencia aplicada, como la bomba atómica, o cuando afectaba de manera directa intereses económicos, como el esfuerzo de la industria del tabaco para desmoralizar los descubrimientos sobre el impacto del cigarrillo en la salud, o en los días de hoy por algunos sectores empresariales que explotan recursos naturales y buscan generar dudas en relación al calentamiento global.

Si la distancia infinita entre el saber especializado y el sentido común contiene el germen natural de la actual revuelta contra las élites científicas, los procesos sociales que la desencadenaron son más concretos. En primer lugar, el conocimiento especializado permitió realizaciones inimaginables, pero no resolvió los desafíos puestos por las dificultades personales o familiares, como las enfermedades físicas y psíquicas y la muerte. La ciencia permanece por debajo de las ansias del individuo y sus dramas existenciales.

En segundo lugar, a medida que nos aproximamos a las áreas de “ingeniería social”, las élites científicas no se desvinculan (ni podrían hacerlo) de los valores e intereses sociales en confrontación. Las ciencias sociales disponen de espacio de autonomía asociado a las reglas de investigación científica, pero cada vez que el conocimiento es aplicado a situaciones concretas, este asume posiciones que lo asocian a valores e intereses, que afectan la credibilidad de la imparcialidad de los científicos.

Finalmente, grupos de especialistas aún más cercanos a la vida social, como periodistas, y, por lo tanto, tratando temas de actualidad afectados por las divisiones ideológicas de la sociedad, pero con ética profesional que asegura ciertas normas de calidad, fueron superados por los nuevos medios de comunicación.

Este conjunto de fenómenos, asociados al activismo político de grupos religiosos que nunca buscaron integrar ciencia y fe, sumados a la posibilidad generada por internet de empoderar la ignorancia o su apropiación por grupos extremistas anti intelectuales, crearon una ola en las redes sociales sin ningún compromiso con el método científico y con verdades comprobadas empíricamente.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y LA SOCIEDAD CIVIL

Es parte de la naturaleza del espacio público democrático el pluralismo y la confrontación de ideas, de valores y de intereses. La política siempre fue un campo de verdades impugnadas. El principal vehículo por el cual la miríada de opiniones personales converge, produce consensos que se transforman en verdades colectivas compartidas, son los partidos políticos.

Las sociedades necesitan construir consensos sobre el futuro deseable, aglutinando visiones particulares, y los partidos políticos siguen siendo el principal instrumento para relacionar a la mayoría de los ciudadanos con el poder político.

Los partidos sufren de tendencias a la burocratización y a la rigidez, pero cumplen un papel fundamental en la formación y selección de personas capacitadas para actuar en un campo que exige vocación y habilidades peculiares. Aunque los partidos se transforman con el paso del tiempo, algunos desaparezcan y otros nuevos sean creados, su permanencia y larga duración son factores de estabilidad de los sistemas políticos.

Los partidos políticos democráticos enfatizan más algunos valores que otros (y en general encubren el reconocimiento de lo mucho que comparten entre sí), y es natural que así lo hagan, pues “partidos” retratan diversas corrientes de opinión. Generan “tribus”, comunidades con las cuales los individuos se identifican, pero que, en la práctica, también son internamente plurales, lo que exige debate y negociación interna para construir agendas capaces de representar ante amplios sectores de la sociedad.

La capacidad de los partidos políticos de mantener lealtades, movilizar apoyos y entusiasmar a las personas sufrió un declive en las últimas décadas en la mayor parte de las democracias. Las razones son múltiples y nos referiremos a las más importantes.

La base social de los partidos políticos, en buena medida, acompañaba las divisiones socioeconómicas de la sociedad. En general, unos concitaban un apoyo mayor entre los trabajadores — y los sindicatos — y otros entre las clases medias y altas. La transferencia, gracias al Estado de bienestar, del conflicto distributivo del lugar de trabajo para el Estado (sea en la forma de quién y cuánto debe pagar de impuestos, sea cómo se distribuyen los recursos fiscales), junto a la pérdida de peso de los trabajadores y los sindicatos industriales, las nuevas formas de empleo asociadas a la expansión del sector de servicios y a la existencia de una amplia masa de trabajadores precarios, produjeron una fragmentación de intereses que dificulta la representación política.

Las clases medias se diversificaron, con la importancia creciente del sector de servicios y con la creación constante de nuevas especializaciones, muchas veces formada por profesionales autónomos, para quienes el éxito depende de la capacidad de autopromoción y no de la acción colectiva. Son sectores que muchas veces no declaran o declaran apenas una parte de sus ingresos y se sienten invadidos por el sistema fiscal del Estado, sentimiento que comparten con el pequeño comercio.

Nuevos sectores de trabajadores autónomos en el área de servicios visualizan la mejoría de sus condiciones de vida menos por la acción colectiva y más por el esfuerzo individual. Entre los asalariados, encontramos aquellos con perspectiva de una carrera profesional dentro de las empresas, en las cuales gozan de varios beneficios y los “sin carrera”, dependientes en mayor medida de la protección del salario mínimo y de servicios del Estado.

Los empleados del sector público, por su parte, están asociados a los vaivenes del presupuesto del Estado. Sus demandas incluyen intereses corporativos estrechos y otros que van al encuentro de la buena calidad de los servicios públicos, cuando reivindican, por ejemplo, mejores condiciones de atención en hospitales o de infraestructura escolar.

El resultado fue el debilitamiento del “mundo de trabajo” como generador de identidad colectiva, de reconocimiento social y de sentimiento de pertenencia. Así, la “defensa de los trabajadores”, que se asociaba con una agenda de demandas y visión de una sociedad deseable, fue perdiendo capacidad de convocar un amplio apoyo electoral. Ese proceso se aceleró con la preminencia creciente de temas culturales en la izquierda a partir de los años 1970, cuando una nueva generación de jóvenes se reveló contra los símbolos de autoridad, promoviendo la revolución sexual y dando inicio a una nueva ola de lucha feminista. Hijos del Estado benefactor y del período de expansión capitalista de la posguerra, impulsaron una profunda transformación de normas sociales de las sociedades capitalistas democráticas, con un impacto global.

Parte de la militancia dedicada a causas sociales que antes eran canalizadas por los partidos políticos, se transfirió a las organizaciones de la sociedad civil con demandas en el campo de derechos, distanciadas del conflicto distributivo y en general disociadas de los partidos políticos. Se trata de una miríada de organizaciones y de militantes (voluntarios o profesionales) que irradian principios e ideales. Atentas a agendas cosmopolitas, con frecuencia presentan un déficit de arraigo en grandes sectores de la ciudadanía. De esta forma, complementan el sistema representativo, pero no lo sustituyen, pues no poseen un mandato electivo.

El papel de la sociedad civil es fundamental en la democracia y permite avances en las más diversas áreas de derechos de los ciudadanos o de protección al medio ambiente, e influyen los programas partidarios. Los partidos, mientras tanto, necesitan representar a una amplia gama de sectores sociales, y por ello deben permanecer separados de las organizaciones de la sociedad civil. La fusión entre ambos lleva al aislamiento de los partidos y la pérdida de autonomía de la sociedad civil.

La ascensión y el fortalecimiento de las organizaciones de la sociedad civil, en un contexto de “crisis de la imaginación” de los partidos políticos, fue central en el desplazamiento del debate político hacia temas culturales. La forma de actuación de las organizaciones de la sociedad civil, centrada en la promoción de temas específicos, no exige negociaciones para llegar a consensos más amplios y favorece una dinámica de cierre en la “defensa de la causa”, que la hace más “pura” mientras más radical se presenta. En lugar de programas políticos inclusivos, ofrece un menú de opciones en que cada individuo puede elegir su causa *à la carte*, en paralelo con la tendencia a la individualización y al alejamiento de ideologías inclusivas. Consecuentemente, tienden a motorizar sus agendas influenciando formadores de opinión, medios de comunicación y se apoyan en el Poder Judicial.

La democracia debe proteger a las minorías para no transformarse en una dictadura de la mayoría. Aun así, el exceso de judicialización de demandas de grupos particulares no es el mejor camino para la realización de cambios sociales. Un esfuerzo de convencimiento y de transformación de la cultura política creando amplios consensos tomaría más tiempo, pero sus resultados serían más sólidos, porque estarán arraigados en la sociedad.

CORRUPCIÓN

La corrupción ha sido uno de los temas más presentes en la vida política de las últimas décadas, particularmente en América Latina. En realidad, detrás del tema se esconden diversos fenómenos sociopolíticos:

- a) Las denuncias contra la corrupción en general se mezclan con una variedad de fenómenos, algunos definidos en el código penal, otros en zonas grises de favores y apoyos a campañas electorales, hasta privilegios de los que gozan funcionarios públicos. Cuando son colonizados por el discurso político, cada uno escoge la “corrupción” y los privilegios que más le convienen, sobre todo aquellos relacionados a sus opositores. Dificilmente grupos empresariales se quejan cuando de tanto en

tanto el gobierno anuncia programa de recuperación Fiscal, en que se perdonan buena parte de los tributos fiscales atrasados.

b) Es difícil comprobar en la práctica si actualmente la corrupción es relativamente mayor que en el pasado, considerando el tamaño creciente del Estado. La principal novedad se debe a tres procesos convergentes: mayor transparencia en las cuentas públicas posibilitada por nuevos mecanismos de control y divulgación de los datos por internet; la pérdida del aura de los políticos y el sentimiento igualitario de que nadie está por encima de la ley; el aumento de la carga impositiva, a lo que se agrega en nuestra región la sensación de que el dinero público se gasta mal y no regresa al contribuyente en forma de servicios de calidad.

c) El uso del tema de la corrupción como parte de narrativas políticas va más allá de los elementos anteriores. Los candidatos que se lanzan como cruzados contra la corrupción, denunciando a los otros políticos como corruptos y presentándose como ajenos al “sistema”, tienen chances de convocar el apoyo de amplios sectores de la población, en particular de la clase media. Esto sucede porque, a pesar de que ningún sector social apruebe la corrupción, la reprobación no posee el mismo peso entre los diferentes estratos. Para los grupos más pobres, el criterio más importante para evaluar a un político es la expectativa, o la experiencia anterior, de mejoras en su condición de vida. Para la clase media y alta, la corrupción tiende a estar asociada al sentimiento de malversación de los impuestos (que, en realidad, son pagos por toda la población).

De esta forma, en el proceso de apropiación del tema, este se mezcla con las agendas políticas y la manipulación electoral. Las simplificaciones del sentido común, influenciados por el discurso de algunos políticos que argumentan que los problemas fiscales y la falta de crecimiento económico se deben, en parte o fundamentalmente, a la corrupción, obviamente es una falacia. Los problemas de desigualdad, salud pública, educación, carencias en el sistema de cloacas o saneamiento básico, por ejemplo, son mucho más complejos y no se reducen a una única causa, a pesar de que la corrupción los agrave. Hablar apenas de corrupción es desviar la atención de la necesidad de reformas impositivas que aseguren mayor justicia distributiva, así como disminuir la corrupción y los privilegios no implica menos gastos del Estado, pero sí de proveerle más recursos para las políticas sociales e inversión pública.

En otros casos, un discurso generalmente animado por una ideología que busca limitar la acción del Estado al mínimo indispensable, la corrupción es atribuida a la propia democracia. Sería necesario eliminar a los políticos, “que son todos

corruptos”, e instalar un gobierno autoritario para terminar con la corrupción. Pero los gobiernos autoritarios no eliminan la corrupción, sólo prohíben que sea denunciada y así la potencian.

LOS CAMINOS DEL LIBERALISMO POLÍTICO Y DE LA SOCIALDEMOCRACIA

La democracia liberal fue la gran victoriosa tras la Segunda Guerra Mundial, y llevó al debilitamiento de los extremismos en el sistema político. Pero el éxito del liberalismo político no se dio por medio de partidos políticos liberales “puristas”, sino por el poder de atracción, tanto de la derecha como de la izquierda, de los principios de la democracia liberal.

El liberalismo político tuvo así un destino paradójico. Sus valores centrados en la libertad de expresión y de organización, en la división de poderes, en el pluralismo político y en el sistema representativo modificaron o neutralizaron tanto a la derecha autoritaria como a la tradición socialista revolucionaria, pero su destino en el sistema partidario fue más complejo. Desde el momento en que se amplió el derecho al voto, la derecha liberal asociada en general al empresariado pasó a depender de una alianza con los sectores culturalmente conservadores, lo que exigió convivir con grupos distantes de los valores de respeto a la libertad individual y de la autonomía de que cada uno escogiera su forma de vida, característicos de la ideología liberal.

Las relaciones entre el liberalismo político y el conservadorismo moral, en los partidos de derecha, siempre fueron de convivencia conflictiva. El liberalismo político es libertario, transfiriendo al individuo el derecho de decidir lo que hace con su vida, sea consumir alcohol y drogas, defender su preferencia sexual, el tipo de familia que desea o no formar, o, incluso, cuándo morir. Todas posiciones divergentes del conservadorismo moral.

La alianza entre liberales y conservadores se consolidó luego de la Segunda Guerra Mundial, pues la derrota del fascismo llevó a la casi completa eliminación de los partidos reaccionarios del panorama político, y los partidos liberal-conservadores (muchos de ellos antes inexistentes, como los demócratas cristianos, en Alemania e Italia; y los gaullistas, en Francia) pasaron a representar un conjunto heterogéneo de electores de “derecha”. Las tendencias reaccionarias y autoritarias en general fueron excluidas de la representación partidaria, y sus militantes fueron marginalizados o hibernaron en organizaciones de la sociedad civil que actuaban en los márgenes del sistema político.

Los partidos de izquierda, la mayoría de las veces versiones diversas de la socialdemocracia, aglutinaban a su electorado en torno a las demandas socioeconómicas, en buena medida de forma independiente de orientaciones socioculturales de los electores (si bien en general más propensos a aceptar agendas culturales progresistas). En las últimas décadas, los partidos socialdemócratas necesitaron adaptarse a la disminución de su base de apoyo histórico — los sindicatos y el proletariado industrial — y la izquierda pasó a asumir cada vez más banderas socioculturales. En parte, como compensación de su incapacidad de construir una agenda económica alternativa, en otra, por el aumento de la importancia de estos temas entre su nuevo electorado — que además ofrecía el bono de no interferir de manera relevante en la agenda económica, que se adaptaban a las demandas de disminución de los impuestos y de reformas económicas liberales.

Al no confrontar claramente el discurso neoliberal, transfiriendo al campo cultural la confrontación política, la socialdemocracia dejó de pautar el debate en los términos que le eran tradicionales, abriendo espacio para nuevos partidos a la izquierda y perdiendo votos para la derecha, pues las mismas personas que en cierto momento priorizaban sus “identidades socioeconómicas” pasaron a redefinir sus lealtades políticas en función de “identidades socioculturales”.

La transferencia de los choques políticos al campo cultural está íntimamente ligada a los avances de una **cultura de la victimización**. A la izquierda, grupos que se consideran víctimas de la historia pasaron a exigir reconocimiento e igualdad de derechos, a veces asociados a políticas afirmativas. A la derecha, sectores que se sienten marginados por el poder público o por el discurso político progresista dominante, también desarrollaron un discurso de víctimas del sistema político y de las élites culturales. Se estableció de esa forma una competencia entre víctimas que desplazó el debate político de proyectos para el conjunto de la sociedad para un choque sobre quién sería el “culpable”. En este proceso, la extrema derecha explotó el sentimiento victimista de amplios sectores de la población, con una narrativa unificadora en torno a la nación.

El referéndum sobre el Brexit en Reino Unido, con el voto que fue transversal a los partidos políticos, es un caso ejemplar de la nueva fragmentación social y del impacto del nacionalismo como agregadores identitarios que los partidos tradicionales no consiguen integrar en sus agendas.

A medida que surgen nuevos partidos y que logran romper los sistemas bipartidarios, las diversas tendencias abrigadas en los grandes partidos tradicionales

tienen a desmembrarse, llevando a los electores a buscar opciones más cercanas a sus (mutantes) sensibilidades. No se trata, a pesar de que el componente exista, del retorno del reprimido, como de la incapacidad de contención de los partidos democráticos, de izquierda y de derecha, del aumento del malestar de sectores de la población con el orden establecido y la capacidad de nuevos partidos de extrema derecha de “normalizar” posturas que antes eran inaceptables en el juego político.

La incapacidad de producir nuevas respuestas de los partidos tradicionales aumentó a medida que surgían nuevas fuerzas políticas (a la izquierda y a la derecha del espectro), fragmentando el cuadro político, lo que resultó, en muchos países, en coaliciones de la centroderecha y de la centroizquierda para asegurar la gobernabilidad, disminuyendo aún más las diferencias entre ellos. La fragmentación partidaria aumentó el poder de veto de sectores sociales con mayor influencia, lo que terminó enyesando aún más al sistema político.

Paradójicamente, la fragmentación partidaria favorece muchas veces a la polarización política. En vez de que el elector vote al partido de su preferencia, entra en juego el “voto útil”, es decir, prevalece el voto en contra del candidato que no se quiere que “gane bajo ninguna circunstancia”. Esto lleva a la propaganda electoral a concentrarse en la crítica de los otros candidatos y en sus eventuales “defectos”, y no en la discusión de programas de gobierno.

LA DIFUSIÓN DE VALORES DEMOCRÁTICOS EN EL SISTEMA INTERNACIONAL

Desde los inicios de la era moderna vivimos bajo el auspicio de imperios civilizatorios o, de manera más adecuada, de sistemas políticos promovidos por poderes imperiales. **Que la democracia capitalista se haya implantado en tantos países del mundo no puede ser atribuido apenas a procesos nacionales endógenos.** La hegemonía de los países capitalistas avanzados fue un componente central en la difusión del régimen democrático, particularmente a partir de la segunda mitad del siglo xx.

En el siglo xx, los británicos se dispusieron a pagar el precio de abrir mano de su imperio para obtener un apoyo, en la Segunda Guerra Mundial, de la nueva potencia mundial, Estados Unidos. Ese país, por su parte, entró en una lucha por la hegemonía en el sistema internacional con la Unión Soviética, un sistema político que, de forma inédita, se autodisolvió pacíficamente por la incapacidad de competir con el poder económico y militar de Estados Unidos. Una larga bibliografía, sobre todo a partir de los años 1960, mostró cómo la economía internacional, desde su origen en el siglo

XVI, se constituyó como sistema mundial organizado en torno a la división internacional del trabajo, en el que las economías periféricas cumplían el papel de producir materia prima mientras las centrales elaboraban productos industriales y servicios con mayor valor agregado, basados en el control de la innovación tecnológica.

La visión de países capitalistas y periféricos como una camisa de fuerza que determinaba el destino de las naciones, acertada en términos generales, simplificaba en demasía trayectorias nacionales y regionales extremadamente variadas. Esta fue criticada en el clásico libro de Cardoso e Faletto,²¹ con referencia a América Latina, por desconocer como la autonomía relativa que la soberanía nacional, en particular en coyunturas internacionales propicias, permitía al Estado influenciar los rumbos del desarrollo económico y de esa manera modificar, aunque parcialmente, los términos de inserción en el sistema internacional.

Si las estructuras económicas del sistema internacional son rígidas y los sistemas políticos inyectan en ella cierta flexibilidad, ideas y valores que llegan del exterior son “líquidos”, es decir, penetran por todos los poros de la sociedad, teniendo consecuencias profundas, a veces dramáticas, sobre la historia moderna y contemporánea. Sin mencionar la importancia de las guerras, que modifican el mapa del poder mundial.

La historia política de la Europa moderna sólo puede ser entendida a partir de la perspectiva de un espacio común, por donde circularon el Renacimiento, la Reforma protestante, el Iluminismo, la Revolución Francesa y los ideales socialistas. La Revolución Rusa sólo fue posible porque las ideas elaboradas en los países más industrializados fueron apropiadas por una élite local, a pesar de que el contexto social fuera muy diferente. Las luchas anticolonialistas fueron realizadas en nombre de los ideales diseminados por la potencia imperial, en general lideradas por una élite que estudió o vivió en los países centrales. Esto incluye las luchas por la independencia y las constituciones liberales de América Latina en el siglo XIX.

Durante la historia de nuestra región, la estructura del Estado y las ideas políticas no dejaron de ser influenciadas por lo que sucedía en otros países al norte. La distancia entre ideales, sumergidos en contextos determinados, y los tejidos sociales naciones en los que son “aplicados” llevaron a situaciones grotescas — tan bien descritas por escritores latinoamericanos como Augusto Roa Bastos y Alejo Carpentier — en que caudillos latinoamericanos leían compenetrados autores del Iluminismo mientras mandaban fusilar a sus opositores. Con todo, el impacto de la propagación de valores y las innovaciones institucionales no puede ser reducido a

21 Cardoso, F. H.; Faletto, E. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1977.

un desencuentro entre las duras realidades locales y las ideas extranjeras “fuera de lugar”. Las ideas “importadas” produjeron movilizaciones sociales y transformaciones políticas que afectaron el destino de los países y del mundo. El fascismo italiano inspiró el sindicalismo corporativista de Perón y de Vargas, y en el siglo **xx** la idealización de Estados Unidos, por unos, y de la Unión Soviética, por otros, fue un factor determinante de la vida política tanto internacional como nacional. Igualmente, en nuestra región buscamos “precozmente” (comparado a lo que sucedió en los países desarrollados) imitar variaciones del Estado de bienestar, con mayor o menor éxito.

En América Latina, a partir del siglo **xix**, las diversas élites que dirigieron e interpretaron nuestras realidades nacionales lo hicieron dentro de una perspectiva cosmopolita, sea a partir de la izquierda o la derecha. Algunas veces con una tendencia mimética de querer ser “igual a ellos”, algunas otras afirmando especificidades nacionales que, generalmente, se inspiraban en el romanticismo europeo, idealizando un pasado indígena al cual nadie pretendía volver.

La primera experiencia de un país no occidental que alcanzó niveles de desarrollo iguales a los de Estados Unidos y Europa fue Japón. El país no llegó a tener el peso económico y menos aún geopolítico para alterar las relaciones de fuerza internacional y la visión de Occidente sobre sí mismo, aunque en los años 1970 fueron escritos varios libros sobre el “desafío japonés”. El ascenso de China, a pesar de aún permanecer distante de los países desarrollados en términos de ingreso per cápita, por su peso demográfico, económico y poder militar, la posiciona como un *player* capaz de poner en jaque la hegemonía de Estados Unidos.

La pérdida de la importancia relativa de Estados Unidos en la economía mundial es dramática. El país que llegó a representar casi la mitad del producto bruto mundial en 1945 hoy en día no alcanza un cuarto o un sexto si es considerada la paridad de poder compra (PPC) y terminó siendo desplazado de la posición de primera economía mundial (en términos de PPC)²² y principal exportador mundial, en ambos casos ante China.

Estados Unidos vive una encrucijada sobre cómo mantener su papel hegemónico en el mundo frente a la constante pérdida de importancia económica. Continúa siendo la principal potencia militar y la única con alcance global, pero después de la Segunda Guerra Mundial sus intervenciones militares no fueron en general exitosas, como en Vietnam, y hasta desastrosas para sus propios intereses, como la invasión de Irak.

22 Disponible en: <www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/fields/208rank.html#US>.

Nada indica que la democracia capitalista sea más eficiente que los autoritarismos capitalistas, o que estos se dirijan hacia sociedades cada vez más abiertas. En el siglo XX, los regímenes capitalistas autoritarios fueron derrotados militarmente (la Italia fascista y la Alemania nazi), o necesitaron aceptar la democracia por estar insertados en el espacio geopolítico donde las democracias liberales eran hegemónicas (como las dictaduras de derecha en España, Portugal y América Latina).

Europa sigue interrogándose sobre su lugar en el sistema internacional después de la Segunda Guerra Mundial y si bien la Unión Europea representa un enorme logro histórico, la integración de los países del este europeo aumentó su heterogeneidad y las dificultades para transformarse en un actor geopolítico de peso. Todo esto lleva a inseguridades e incertezas de una región que determinó el rumbo de la historia humana, con países que se sienten confrontados por contingentes de población musulmana, muchos de ellos prisioneros de una espiral en la cual las dificultades de integración económica refuerzan el rechazo a los valores asociados a la identidad nacional, que, por su parte, alimenta discursos xenófobos y racistas.

Para América Latina, la confrontación entre Estados Unidos y China presenta desafíos muy diferentes a los de la Guerra Fría, en la que se trataba de elegir entre capitalismo y comunismo, entre bloques casi sin intercambios comerciales entre ellos, y que se enfrentaban en el plano político ideológico y militar. Todos los países latinoamericanos están profundamente imbricados con la economía china, y los grupos empresariales no tienen interés en un alineamiento automático con apenas una de las partes, como sucedía en la Guerra Fría. El desafío será desarrollar una diplomacia nacional y, si es posible, regional, que mantenga mayores grados de autonomía de negociación y de protección hacia las presiones de las dos grandes potencias, que sin duda serán crecientes.

Si desde el punto de vista económico la expansión china reprodujo el modelo de centro-periferia, en el cual los países centrales producían bienes industriales y con contenido tecnológico y los países periféricos materias primas, es difícil saber cuál será el papel político y cultural de China. Por un lado, desde el punto de vista ideológico-cultural, difícilmente será una repetición del fenómeno de expansión occidental, con vocación universalista, que fue acompañada por la conversión de parte de las poblaciones colonizadas al cristianismo y luego la difusión de sus valores políticos. Incluso porque el momento histórico y la realidad cultural del espacio geopolítico inmediato de China, el continente asiático, es muy diverso. Asia presenta una variedad de tradiciones particularistas fuertemente arraigadas (desde el hinduismo — que incluye las más diversas visiones sobre el lugar de dios y dioses, el budismo, el taoísmo,

el sintoísmo y el confucianismo, además de la presencia del islam y del cristianismo). Junto a su heterogeneidad cultural, Asia está permeada por problemas fronterizos y por conflictos históricos con sus vecinos, que afectan de modo desfavorable el panorama geopolítico de China.

El argumento de que China tiene una tradición de aislamiento y de respeto a la diversidad cultural es anacrónico y una idealización del pasado. El país aceptaba en sus fronteras la diversidad cultural a medida que los vecinos reconocían su posición subalterna y de vasallaje al emperador. Pero los tiempos cambiaron. El sistema tradicional chino era parte de una política de aislamiento, y no el de una potencia global como lo es hoy. La China contemporánea, con un sistema autoritario, usando cada vez más métodos sofisticados de vigilancia y de control del internet, ofrece un ejemplo de sociedad alternativa, aparentemente mucho más eficiente, que sin duda el régimen chino no dejará de promover.

Vivimos en un mundo más complejo que el de la Guerra Fría, donde se enfrentaban potencias militares, con sistemas económicos e ideológicos opuestos, aislados uno del otro y profundamente asimétricos, ya que la Unión Soviética tenía una economía mucho menor que la estadounidense. La situación actual es diferente, pues la economía china está imbricada al resto de la economía mundial, el conflicto ideológico no ocupa el mismo lugar y se presenta sobre todo en el plano económico y tecnológico, y la tensión militar potencial se localiza en el entorno asiático. Por otro lado, hoy en día están disponibles nuevas armas, antes inexistentes: ataques cibernéticos en los que no es posible localizar la fuente, pero que son capaces de paralizar sectores vitales — desde el sistema eléctrico al bancario — y que pueden ser producidos con recursos financieros relativamente bajos; una nueva generación de cohetes supersónicos, casi inexpugnables y que alcanzan objetivos en minutos; nuevas formas de espionaje electrónico; y Sistemas Autónomos de Armas Letales (*Lethal Autonomous Weapon Systems - LAWs*, nombre paradójico para designar armas que investigan, escogen, y deliberan sobre la eliminación de sus objetivos). Todas ellas complican la toma de decisiones militares y aumentan el potencial de errores de evaluación.

Mientras el capital se globalizó, las sociedades y sus sistemas políticos permanecen nacionales. El movimiento de capitales y de ideas no tiene fronteras, pero el movimiento de personas, sí. Las estadísticas indican que la pobreza y la desigualdad disminuyeron en el mundo en las últimas décadas, en particular como consecuencia del ascenso de China, pero es un dato que no tiene casi relevancia en la política nacional de otros países, pues las chances y las condiciones de vida de la mayoría de los ciudadanos continúan delimitadas por las fronteras nacionales.

La transición del eje del poder mundial para Asia, particularmente a China, debilitará la capacidad de influencia del modelo democrático. Las democracias capitalistas siempre priorizaron sus intereses económicos y estratégicos, haciendo alianzas y apoyando países con regímenes políticos autoritarios. Pero, aun así, la democracia y los derechos humanos formaron parte del equipaje de la política internacional y de los valores que los países avanzados promovieron. Los optimistas podrán argumentar que el modelo chino es transitorio y que, en algún momento, surgirán instituciones democráticas. Es imposible prever el futuro, pero actualmente lo que vemos es un régimen con enorme capacidad de movilización de las tecnologías de la información para vigilar y controlar a sus ciudadanos con una eficacia que sería la envidia de cualquier gobierno totalitario del pasado.

China tiene una influencia creciente en el ámbito del *soft power*, transformándose en un modelo para países con tradición democrática frágil. En las democracias capitalistas consolidadas, el desplazamiento del sistema internacional y la posibilidad de que China llegue a liderar globalmente sectores de tecnologías de punta, genera inseguridad sobre el lugar que estas ocupan en el mundo, fortaleciendo tendencias reactivas, nacionalistas y neomercantilistas.

La sociología de la modernización, que predecía que después de una fase de transición todos los países irían en dirección a regímenes democráticos estables y consolidados, estaba equivocada. No existe un punto de llegada, pues incluso los llamados países avanzados están en constante transformación. La viabilidad del capitalismo democrático no está predestinada, y dependerá de la capacidad de los actores sociales para desarrollar políticas sociales creativas, capaces de sobreponerse a las fuerzas que limitan el espacio de maniobra de los estados nacionales. Por su peso y lugar privilegiado en el sistema internacional, lo que suceda en Estados Unidos será decisivo para el futuro del capitalismo democrático, pero también para la humanidad, si no es apta para navegar en un mundo donde su influencia tiende a disminuir.

Si en los hechos el mundo se inclina a ser, en múltiples dimensiones, más homogéneo e interconectado, estamos lejos de cualquier convergencia en términos de modelos políticos y menos aún libres de nacionalismos xenófobos y de guerras. Ni los liberales ni los marxistas del siglo xx tenían dudas de que todas las sociedades se dirigían a un destino común, las democracias capitalistas para unos y la sociedad comunista para otros. El renacimiento nacionalista en Occidente expresa el sentimiento de incertidumbre sobre el mundo por venir, en especial las sociedades occidentales que lideraron el mundo en los últimos siglos.

La contradicción entre la soberanía nacional y los problemas que exigen una regulación internacional aparece hoy con un potencial destructivo inimaginable, por los desafíos impuestos por nuevas pandemias y, sobre todo, por el cambio climático. Además de impactar directamente en la vida de los individuos y de las economías (desde desastres ecológicos que hacen inviable la seguridad alimentaria en amplias regiones del planeta, al desplazamiento geográfico de la producción de granos), el cambio climático producirá crecientes conflictos sociales, económicos y militares. La crisis del COVID 19 evidenció que la división internacional del trabajo, en que los bienes son producidos por distintos países teniendo como criterio la rentabilidad, puede chocar con los intereses nacionales. El embate entre el criterio de la racionalidad económica y la racionalidad estratégica será fuente de debates y de conflictos políticos durante los próximos años.

Los impactos de las transformaciones ambientales ya se comienzan a sentir. Por ejemplo, el descongelamiento del polo Norte está modificando las rutas internacionales y permitiendo la explotación de recursos naturales localizados en regiones inhóspitas. El aumento de las sequías y la escasez de agua en diversas partes del mundo, donde las fuentes de recursos hídricos son muchas veces compartidas o se encuentran fuera de las fronteras nacionales, ya genera tensiones fronterizas y potenciará el riesgo de confrontaciones militares entre países, de guerras civiles y de movimientos migratorios. Todos estos desafíos exigen acuerdos internacionales, y, en este momento, van en dirección contraria a la tendencia dominante de desorganización del concierto internacional.

6. LA ASCENSIÓN DE LA DERECHA AUTORITARIA

Las sociedades capitalistas democráticas contemporáneas conviven, ya hace cierto tiempo, con un proceso de cuestionamiento y malestar de la ciudadanía con las instituciones políticas. Como hemos visto, a nivel socioeconómico, el aumento de la desigualdad social, sumado al crecimiento de expectativas generadas por la sociedad de consumo, choca con el avance de valores igualitarios.

En el sistema político, un ambiente en el que la iniciativa de los gobiernos permaneció atada y limitada por las exigencias de la lógica de inserción en el orden económico internacional y del capital financiero, frenando y reduciendo el campo de acción del Estado y las diferencias entre los partidos tradicionales opositores, aumentó la desconfianza en la democracia como mecanismo de renovación de la vida política. Desconfianza alimentada por escándalos de privilegios y corrupción en el sistema político.

A nivel sociocultural, el cuestionamiento de las élites tradicionales de producción de conocimiento y de información, además de la valorización de temas de costumbres y valores que habían sido en buena medida relegados o domesticados, permitieron el surgimiento de nuevos actores políticos abanderados en temas culturales.

La frustración con el presente y sobre todo la pérdida de confianza en el futuro, afectaron la legitimidad de la democracia capitalista, desbordando al sistema político tradicional. La convergencia hacia el centro creó un espacio para políticos que apuestan por la polarización radical. La caída del comunismo y la desconfianza en la posibilidad de alternativas a la sociedad capitalista favoreció la ocupación de ese espacio por partidos de extrema derecha.

En este contexto salieron a la superficie grupos antidemocráticos, antes sumergidos, que no disfrutaban del espacio legítimo para aparecer a la luz del día, y se manifestó también el lado oscuro de muchas personas — prejuicios, autoritarismo — que pasaron a sentirse autorizadas e incentivadas a “cambiar de lado”.

¿POPULISMOS?

Un espectro ronda a la democracia, el espectro del populismo. Al contrario que en décadas pasadas, cuando pensábamos que el populismo era un producto típico latinoamericano o del subdesarrollo, hoy sabemos que el concepto es empleado para designar a una enorme variedad de liderazgos políticos y de gobiernos en diversos rincones del planeta.

Evitamos en este texto usar el término “populista”, ya que es empleado sin rigor para denominar una miríada de líderes, de partidos y de prácticas políticas diversas. En general, la palabra es utilizada con una connotación negativa, muchas veces referida a líderes que harían promesas irresponsables desde el punto de vista de la gestión de la economía. En realidad, casi ningún político es capaz de cumplir todas sus promesas, siendo, por lo tanto, la exageración y el incumplimiento de programas electorales una característica de la vida política. La irresponsabilidad en la gestión de la economía tampoco es monopolizada por líderes etiquetados como populistas, y no todos los líderes denominados populistas ejecutan políticas económicas irresponsables.

Nuestro foco está restringido a los líderes y partidos que participan de elecciones, pero que desarrollan narrativas y prácticas políticas que erosionan, atacan y cuestionan a las instituciones de la democracia liberal. En América Latina, el llamado “bolivarianismo” es la versión de izquierda (es bueno recordar que el “inventor” contemporáneo de esta estrategia fue Hugo Chávez, de forma que podríamos llamar a la nueva derecha reaccionaria de “chavismo de derecha”). Con el bolsonarismo, en América Latina, pasamos a tener la versión de derecha de este nuevo autoritarismo, que es legitimado en elecciones mientras socava las instituciones democráticas, instrumentalizando al Poder Judicial y demonizando a la prensa, la sociedad civil y los opositores políticos.

EL DISCURSO POLÍTICO DE LA DERECHA AUTORITARIA

Los rasgos fundamentales de esta nueva derecha, desde el punto de vista de la narrativa, son la demonización de las “élites”, el nacionalismo xenofóbico, la transformación de la oposición en un enemigo y la política en guerra por la a búsqueda constante de un chivo expiatorio responsable por los males de la nación (sean los inmigrantes, las ongs, el islam, los “antipatriotas” o el “marxismo cultural”).

El nacionalismo xenofóbico — con tonos variados de versiones nativistas, étnicas, religiosas y raciales —, que coquetea con varias modalidades de racismo, es una característica constante, así como los ataques a la prensa independiente y a las élites intelectuales y artísticas. Nostálgicos del pasado (del tiempo en el cual había “orden”) defienden valores machistas, autoritarios y represivos. Denuncian al feminismo y al movimiento lgbt como responsables por la destrucción de la vida familiar, y a las organizaciones de la sociedad civil de promoción de los derechos humanos y del medio ambiente por estar al servicio de una agenda que ataca la soberanía nacional. Temas diversos que la nueva derecha supo combinar para presentarse como representante del “orden”.

Es un movimiento que idealiza el pasado, en particular en el campo de la cultura y las costumbres — cuando las “mujeres sabían su lugar” y los homosexuales eran marginados y maltratados—, haciendo uso de simbología religiosa. Sobre todo, promueve un discurso anti- intelectual y antipluralista que sustituye el argumento por la difamación, transformando la política en guerra, en la que cualquier oposición es tratada como enemiga al servicio de conspiraciones que desean destruir la “nación”, esto es, lo que ellos definen como “patria”, y quien difiera es considerado un traidor. El papel de las teorías conspirativas es, principalmente, el de buscar responsables externos ante los eventuales problemas que el país sufre y, así, desviar la atención de las dificultades reales de la sociedad y, en especial de los errores de sus líderes. La “culpa” es siempre de los otros.

La derecha autoritaria combina un discurso nacionalista y reaccionario que tiene como objetivo el apoyo de grupos que se sienten perjudicados por procesos socioeconómicos y socioculturales. El idioma autoritario promueve una visión maniquea del mundo, un modo de ver el mundo en exceso arraigado a nuestra cultura, del cual difícilmente las diversas ideologías políticas están libres.

“La democracia occidental de hoy es la vanguardia del marxismo, que sin ella sería impensable. Aquel provee esa plaga mundial con la cultura, a través de la cual sus gérmenes pueden esparcirse.

Toda propaganda debe ser popular y su nivel intelectual debe ajustarse a la inteligencia más limitada entre los destinatarios.

Los poderes receptivos de las masas son muy restringidos, y su entendimiento es débil [...] ellos olvidan rápido [...] toda propaganda eficaz debe ser confinada a algunos elementos esenciales a aquellos que deben ser expresados lo máximo posible en fórmulas estereotipadas.

Este mundo humano nuestro sería inconcebible sin la existencia práctica de una creencia religiosa. Las grandes masas de una nación no están compuestas por filósofos; para las masas del pueblo, sobre todo la fe absolutamente la única base de una perspectiva moral de la vida. Los varios sustitutos que fueron ofrecidos no mostraron resultado alguno que pudiera garantizarnos que serían capaces de sustituir las denominaciones existentes.

Puede haber algunas centenas de miles de hombres superiores que son capaces de vivir con sabiduría e inteligencia sin depender de las normas generales que prevalecen en la vida cotidiana, pero los otros millones no pueden hacerlo. Ahora, el lugar que la costumbre general llena en la vida cotidiana corresponde al de las leyes generales del Estado y del dogma en la religión.

La propaganda debe limitarse a algunos temas simples y estos deben ser repetidos constantemente. Aquí, como en innumerables otros casos, la perseverancia es la primera y la más importante condición de éxito. Ninguna cantidad de genio gastado en la creación de propaganda llevará al éxito si un principio fundamental no es mantenido en mente para siempre. La propaganda debe limitarse a pocos puntos y debe repetirlos infinitamente. Aquí, como tantas otras cosas en este mundo, la persistencia es la primera y más importante condición.

La grandeza de toda organización poderosa que incorpora una idea en este mundo está en el fanatismo religioso y la intolerancia con la cual, fanáticamente convencido de sí mismo, impone de manera intolerante sus ganas contra todos los otros.

Y así creo hoy que mi conducta está de acuerdo con la voluntad del Creador Todopoderoso.”

Este conjunto de citas, que pueden parecer retiradas del texto de un manual de producción de *fake news*, son del libro *Mi lucha*, de Adolf Hitler. La frase del ideólogo del presidente Bolsonaro, Olavo de Carvalho — “Nosotros no discutimos para probar que el adversario está equivocado. Discutimos para destruirlo socialmente, psicológicamente, económicamente.” — sintetiza forma clara la misma tradición.²³

A pesar de sus diferencias, hay algo en común entre el actual momento y los años 1930: el nacionalismo xenófobo, el machismo patriarcal (no olvidemos que Hitler relacionaba lo femenino con decadencia y persiguió a los homosexuales), los inmigrantes serían hordas que tergiversan la esencia de la nación y el arte de la vanguardia

23 Disponible en: <<https://epoca.globo.com/o-curso-de-olavo-de-carvalho-artista-da-ofensa-23521208>>. Acceso en: 7 mayo 2020.

llevaría a la disminución. La situación de hoy vuelve a poner en cuestión la resiliencia de las instituciones democráticas que encarnan la tradición iluminista. Tanto las formas de reclutamiento del Estado islámico por internet como en la manera cómo funcionan las *fake news* de la extrema derecha son empleadas las mismas estrategias de comunicación. Ellas movilizan el malestar, los sentimientos de confusión, de resentimientos y de frustraciones personales para proponer un nuevo modo de ver el mundo, que ordena el caos y ofrece un sentimiento de superioridad por ser parte de un grupo que enfrenta a los enemigos (“los inmigrantes”, la “ideología de género”, los periodistas, las ongs, los “socialistas”, “George Soros”, los “infeles”), responsabilizados por los problemas que vivimos.

La política democrática no excluye el uso de metáforas y de imágenes capaces de movilizar sentimientos, deseos, prejuicios y experiencias vividas. Ninguna narrativa política se reduce a argumentos lógicos defendidos con argumentos detallados (el político que hable como profesor difícilmente ganará una elección), pero cuando los argumentos son eliminados y sustituidos por mensajes que sistemáticamente falsifican los hechos, y por la producción continua de cortinas de humo y de nuevos enemigos que tienen como objetivo desviar la atención de los problemas reales vividos por las personas, la democracia se aproxima al abismo.

La extrema derecha redefinió los términos de “izquierda” y “derecha”. Ella construye una narrativa en la cual todos aquellos que se le se oponen, incluso los liberales, pasan a ser llamados comunistas y/o antipatriotas, y son responsabilizados por los males de la nación. Desplazan o el conflicto político, llevando a los partidos opositores a una disyuntiva entre producir alianzas que priorizan la lucha contra el autoritarismo, o a mantener las viejas oposiciones buscando al mismo tiempo capturar algunas de las banderas promovidas por la derecha autoritaria.

El discurso de la derecha autoritaria en parte fue alimentado por la parálisis de los partidos tradicionales, por exageraciones y actitudes autoritarias de sectores “políticamente correctos”, asociadas a políticas identitarias que perdieron el horizonte del bien común. No obstante, en la base de este discurso se encuentra, sobre todo, la interpelación a los hombres resentidos por el fracaso del poder masculino y que encuentra la resonancia en sectores de las iglesias preocupadas por el abandono de su modelo tradicional de familia y sexualidad.²⁴

24 Una curiosidad del argumento religioso contra la llamada “ideología de género”, utilizado desde los años 1990 por el cardenal que vendría a convertirse en papa, Joseph Aloisius Ratzinger, es que la sexualidad debe apegarse a lo que determina “naturaleza”, cuando las religiones monoteístas construyeron sus normas y visiones del ser humano como separados y en contraste con los “instintos naturales” (Ratzinger, J. A. *La sal de la tierra*. Madrid: Libros Palabra, 1997).

LA ESTRATEGIA POLÍTICA DE LA DERECHA AUTORITARIA

Muchos libros se han escrito para explicar el movimiento en dirección a las “democracias iliberales”, regímenes políticos en los cuales el rito de elecciones periódicas es mantenido mientras son destruidas paulatinamente las instituciones democráticas.²⁵

La estrategia política de la derecha autoritaria es el ataque gradual a las instituciones en vez de proponer un golpe de Estado o una revolución. Ninguno de ellos llegó, hasta hoy, a destruir el conjunto de las instituciones democráticas para sustituirlas por un nuevo régimen político. No se oponen frontalmente a la democracia, y avanzan a través de un “reformismo autoritario” forzando los límites de la incivilidad aceptable en el espacio público. Recurren a amenazas, veladas o explícitas, contra los “enemigos”, y cuando las declaraciones extremistas son mal recibidas por la opinión pública, son caracterizadas como chistes, malentendidos o como frases sacadas de contexto.

Es esa capacidad de crear una nueva “normalidad”, en la cual sentimientos latentes o expresados circunstancialmente en pequeños círculos (como comentarios a favor de gobiernos autoritarios, machistas, racistas, antisemitas o xenófobos) pasan a ser aceptables en el espacio público y en el debate político, que transforma los gobiernos de extrema derecha en antecámaras de regímenes represivos.

La propaganda política es sustituida por la guerra psicológica, que tiene como objetivo la movilización del miedo (por el peligro de que el “enemigo” venga a destruir “nuestro modo de vida”), el principal argumento para cerrar filas en torno al líder, que se presenta como figura fuerte y protectora.

La estrategia política de la derecha autoritaria actúa por medio de mensajes que buscan corroer la confianza en las instituciones, el equilibrio entre los poderes y la autonomía del Poder Judicial, con ataques constantes al periodismo profesional y a las organizaciones de la sociedad civil. El objetivo táctico permanente es debilitar los mecanismos de control del Poder Ejecutivo, como el Judicial, la prensa y la sociedad civil, para llegar a una situación en la que el Ejecutivo no enfrente la crítica y la fiscalización de los poderes públicos y de la sociedad civil.

Las nuevas tecnologías (con sus burbujas, cámaras de eco, bajo costo de entrada, cultura de mensajes cortos que no invitan a la reflexión) se han mostrado como un

25 De la bibliografía extremadamente amplia sobre el tema resaltamos el reciente libro de Jan-Werner Müller, *What Is Populism?* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2016).

instrumento extremadamente útil para estos nuevos actores. La derecha autoritaria no es la única en utilizar *fake news*, pero se transformaron en sus manos en la principal herramienta de propaganda política.

Desde el punto de vista político, el uso sistemático de *fake news* es una estrategia para destruir el espacio público democrático, por medio de la desinformación y de la intoxicación permanente, produciendo la polarización extrema, de forma que el contenido de las imágenes no sea lo más relevante, pero sí la confirmación de los prejuicios de los intoxicados.

La transformación de toda oposición en enemiga, la denuncia constante de conspiraciones y la destrucción de la convivencia democrática tiene como objetivo crear un clima de guerra. El ambiente psicológico de guerra, en el que el miedo y la inseguridad predominan, facilita la promoción de la figura del líder protector, que necesita de autoridad ilimitada para defender la nación.

Las *fake news* están relacionadas con una nueva forma de comunicación política, diferente de las ideologías y de los gobiernos totalitarios. Las ideologías totalitarias tenían un marco interpretativo que explicaban quién era el enemigo, dentro de un ideal alternativo de sociedad. Los gobiernos totalitarios empleaban la censura, la represión y propaganda sistemática de sus ideas en los medios de información que ellos monopolizaban. Las *fake news*, que actúan en un ambiente de libertades democráticas, no sustentan un discurso ideológico argumentado, ni explicitan un modelo de sociedad alternativa. Actúan fundamentalmente para desmoralizar al periodismo profesional y las élites tradicionales, atacando y demonizando a las personas que difieren de la derecha autoritaria.

Los factores no racionales están siempre presentes en la vida política, y las mentiras o media-verdades son dichas por políticos. El problema aparece cuando estas pasan a ser usadas de manera sistemática, eliminando el debate racional y el argumento informado, abriendo la temporada de abuso del poder político para amenazar a los disidentes y destruir las instituciones democráticas y los valores que estas defienden.

LA BASE SOCIAL DE LA DERECHA AUTORITARIA

En todas las sociedades surgen corrientes xenófobas y antidemocráticas de larga duración, que permanecen fuera del juego político oficial en tiempos de normalidad, pero que reaparecen en períodos de crisis política. A esta base, antes sumergida, se le

suma una amplia gama de posiciones de personas que conviven contradictoriamente con los valores democráticos — los apoyan hasta cierto punto, al mismo tiempo que se oponen a sus “excesos” en diferentes áreas y temas —, pero a quienes la derecha autoritaria consigue atraer.

La derecha reaccionaria se alimenta y retroalimenta, de resentimientos, miedos y malestares sociales muy diversos — por la pérdida de ingresos o de status social, inseguridad frente al aumento del crimen, intolerancia religiosa, transformaciones culturales que producen nostalgia y sentimiento de desempoderamiento entre hombres adultos en relación a las mujeres y los hijos —, y que se expresan en la sensación de desorden y falta de disciplina.

Las frustraciones y los resentimientos producidos por la vida moderna pueden ser canalizados tanto contra el capitalismo como contra la democracia. Actualmente, es la extrema derecha la más exitosa en la elaboración de un discurso que canaliza los sentimientos de malestar dentro de una narrativa que produce “sentido” y sentimiento de pertenencia. Ésta ofrece compensaciones simbólicas y afectivas que llevan a dejar en segundo plano incluso los intereses económicos de parte de los electores.

La nueva derecha se congrega a su alrededor los más diversos sectores movilizadas por el sentimiento de “desorden” y que aspiran el “retorno de la autoridad”. Ellos incluyen una variedad de temas: el aumento de la criminalidad — real o percibida —, la inestabilidad del empleo y el fin del sistema jerárquico en el que mujeres, niños o negros no eran reconocidos como iguales y era legítimo hacer comentarios machistas, racistas, homofóbicos y antisemitas. La valorización de símbolos nacionales y de la autoridad también atrae sectores de los aparatos represivos (de las Fuerzas Armadas y de la policía), con una cultura basada en la disciplina, en la obediencia, en la subordinación y la “virilidad” y que idealiza a la sociedad funcionando como un gran cuartel.

La mayor parte de los líderes de extrema derecha apoya agendas neoliberales, por lo menos para la economía nacional, pero cuestionan en cierta medida la globalización económica. Esta convergencia con el neoliberalismo no autoriza a tratar el autoritarismo de derecha como un subproducto directo del mismo, aunque, en muchos casos, los empresarios ven en el autoritarismo una oportunidad de hacer avanzar sus intereses, dispuestos a tragarse una agenda cultural ajena en pos de ganancias mayores.

Después de la Segunda Guerra Mundial, se hizo un esfuerzo para entender cómo fue posible el ascenso del fascismo y del nazismo. Surgió la teoría “personalidad

autoritaria”, propuesta por Theodor W. Adorno, referida a personas con tendencias prejuiciosas, rigidez mental e idealización de líderes y autoridades. La teoría fue cuestionada por las experiencias del psicólogo social Stanley Milgram, señalando que la mayoría de los individuos tiende a obedecer las órdenes dadas por su superior jerárquico, sin considerar el sufrimiento que producen.

Ambas contribuciones nos ayudan a explicar las facetas de la “atracción autoritaria”, pero son insuficientes para comprender contextos históricos concretos. Sin duda existen sectores con mayor afinidad por discursos que promueven el odio, el dogmatismo y la incapacidad de convivencia con la diferencia, pero no se trata de una cantidad fija de personas. La mayoría de ellas, si no todas, en ciertas circunstancias pueden llegar a perder la capacidad de reflexión crítica y pasar a aceptar cualquier mensaje que reafirme sus prejuicios y apoyar ideologías de líderes autoritarios. La “tendencia autoritaria”, más que un tipo de personalidad, sería un estado de espíritu que penetra la sociedad en contextos históricos que favorecen la acción de figuras sociales, que movilizan sentimientos antidemocráticos.

LA VIEJA Y LA NUEVA DERECHA

El conservadorismo reaccionario de la nueva derecha no representa una continuidad de la tradición de los partidos democráticos de derecha, pero sí una ruptura; el conservadorismo no pretendía un regreso al pasado, sino más bien disminuir el ritmo de transformaciones en el ámbito de la intervención del Estado en la economía, en las políticas sociales y en los cambios culturales.

El conservador democrático se opone al pecado (esto es, los cambios con los cuales no concuerda), y el reaccionario persigue al pecador (todos aquellos que son definidos como opositores a su proyecto de poder). El conservadorismo busca frenar el ritmo de los cambios, el reaccionario hace referencia a un pasado al cual no es posible regresar y ni siquiera ellos mismos desearían de hecho volver. El conservador democrático cree y está comprometido con los valores que profesa. La extrema derecha moviliza símbolos y valores religiosos como instrumentos de poder. Por ejemplo, Trump o Putin están lejos de ser ejemplos de lectores de la Biblia y de reunir virtudes cristianas, o Netanyahu de ser un judío ortodoxo, pero utilizan motivos religiosos para conseguir apoyo. El discurso político transforma ciudadanos en creyentes y patriotas, y sólo los creyentes y patriotas tendrían derecho a ser ciudadanos plenos. Quien se opone a políticos que hablan en nombre de dios y de la patria se opone a dios y a la patria.

La derecha democrática tempera el conservadorismo moral por el reconocimiento de los derechos inalienables de los individuos a la libertad, y el liberalismo por el reconocimiento que los efectos socialmente nocivos del mercado deben ser moderados por políticas sociales. La derecha democrática siempre criticó un discurso de izquierda — sobre todo los regímenes comunistas — que subsume a los individuos en conjuntos homogéneos e indiferenciados, como clase o pueblo, que encubre la dictadura de una minoría que habla en nombre del conjunto. La nueva derecha, así como el fascismo, usan la “nación” para crear una entelequia que anula la pluralidad de los individuos, fundiéndolos en una masa con valores e intereses idénticos. En vez de reconocer los problemas sociales generados por el mercado, los encubren, eliminando el tema de la desigualdad social de su narrativa política, y responsabiliza los “enemigos” por las eventuales dificultades vividas por los sectores más pobres de la población.

El conservadorismo moral de la nueva derecha pretende revertir avances en el campo de los derechos humanos, de género y de las minorías, y rompe en la práctica, cuando no explícitamente, con los principios del liberalismo democrático, cuestionando la separación de poderes, atacando la libertad de prensa, las organizaciones de la sociedad civil y usando, de manera sistemática, la mentira para demonizar sus opositores y poniendo la “defensa de la patria” por encima de todos los otros valores. Los conservadores están en contra de los cambios de valores, pero no comparten una visión en la cual se volvería al pasado (pocos de ellos, por ejemplo, apoyarían que las mujeres no tengan derecho al voto, a usar bikini, a dejar de trabajar, de estudiar o a ejercer una carrera profesional, o incluso prohibir el divorcio).

LA NUEVA DERECHA COMO ESTRATEGIA GLOBAL

La nueva derecha en los diversos países presenta similitudes, pero no es un conjunto homogéneo, con especificidades nacionales importantes. Los temas más comunes son el nacionalismo — con variados tonos de racismo —; versiones diversas de críticas a la globalización, en especial de sus consecuencias culturales y consecuente alejamiento del discurso de los derechos humanos (que sólo deben ser aplicados a los que se identifiquen con una línea del gobierno) y de la agenda ambientalista; la defensa de la economía del mercado — lo que no excluye críticas retóricas al gran capital financiero internacional —; el uso de símbolos religiosos en la defensa de valores “morales” — el antifeminismo, que moviliza la nostalgia de un pasado idealizado,

en que la autoridad patriarcal era acompañada de violencia psíquica y física sobre la cónyuge y sobre los hijos y persecución a los homosexuales.

Variaciones incluyen la liberación de la posesión de armas, en el caso de Donald Trump; el partido Vox, en España y Jair Bolsonaro, en Brasil. En el caso de éste último, a falta de emigrantes el enemigo es identificado con el anacrónico fantasma del comunismo.

La nueva derecha no cuestiona las suposiciones del liberalismo económico, y la desigualdad social tampoco suele ser mencionada. La propuesta para la protección de los trabajadores es la exclusión de los inmigrantes y el privilegio de sentirse superiores por ser miembros de una comunidad que lucha contra los enemigos de la nación y la eliminación de los "políticos corruptos".

Es importante destacar que la nueva derecha ataca tanto a la izquierda, como — en muchos lugares aún más — a la derecha tradicional, pues compite con su electorado. La nueva derecha también se apropió de temas que fueron lanzados por la izquierda alternativa, como la crítica a la globalización o al poder del capitalismo financiero internacional, que le permite atraer a grupos sociales que se sienten económica o culturalmente perjudicados, o desplazados por las enormes transformaciones de las sociedades en las últimas décadas. Estrategia semejante a la del fascismo y la del nazismo, que incluyó el socialismo en su designación (*Nationalsozialismus*).

En todos los países, la estrategia política es la de demonizar a los medios de comunicación, a los partidos de oposición, el Poder Judicial y la sociedad civil, considerados enemigos de la nación (en general al "servicio de intereses extranjeros"). No atacan de forma directa al sistema electoral, pero avisan antes de cada elección que, si no ganan, es porque las elecciones fueron fraudulentas.

Su lógica discursiva se acerca al viejo fascismo, pero también al comunismo, en la transformación de la política en guerra y del opositor en enemigo. No emplean la violencia del mismo modo que los grupos fascistas (o, de manera diferente, los comunistas), pero se acercan al culto machista de la fuerza y en la formación de núcleos violentos en sus filas. Tanto Trump como Putin, Bolsonaro y Erdoğan, critican, y cuando los límites de su poder se los permiten, persiguen a militantes feministas y lgbt. La persecución a los homosexuales fue un hilo común a los regímenes fascistas y comunistas, incluyendo, hasta hace poco, a la Cuba de Fidel Castro.

La globalización es cuestionada por sus efectos culturales y no por su origen: la dinámica del capitalismo, con su poder de revolucionar los sistemas productivos, los sistemas de comunicación y los productos de consumo. Lo que hace que la nueva

derecha, incluso en sus versiones neo mercantilistas, *à la* Trump, tenga que navegar entre las demandas capitalistas de apertura al comercio internacional y el discurso nacionalista de cierre al mundo exterior.

La derecha reaccionaria desea usar al Estado para frenar los cambios socioculturales, en lo que se opone a la tradición del liberalismo político. El precursor del fundamentalismo en la historia moderna fue la Inquisición — originada en el combate a las herejías medievales, como los cátaros y los valdenses — que expandió su influencia como producto de la Reforma Protestante y fue transformada en un instrumento de poder del Estado en las manos de los reinos de España y Portugal.

La retórica nacionalista oscurece el hecho que la nueva derecha presenta una capacidad de coordinación internacional y de un apoyo mutuo sorprendente, que recuerda la Internacional Comunista. Unidos por la oposición a las instituciones y ante acuerdos internacionales que promueven los derechos humanos y la protección del medio ambiente, intercambian experiencias sobre cómo actuar — en especial en las redes sociales —, realizan encuentros periódicos y comparten un operador político, Steve Bannon.

AMÉRICA LATINA

En América Latina, durante buena parte del siglo **xx**, solo en algunos pocos países dominó una estructura partidaria estable, y en general la historia de la región se caracterizó por la inestabilidad política, repleta de golpes militares, líderes carismáticos que muchas veces se transformaron en la base de nuevos partidos, así como de partidos y de grupos de izquierda sin compromiso con las instituciones democráticas.

Sociedades extremadamente desiguales, donde la derecha movilizaba a los militares y la izquierda proponía revoluciones armadas, y donde el nacionalismo el nacionalismo penetró sectores de la izquierda, de las Fuerzas Armadas y de sectores empresariales que buscaban el abrigo de políticas proteccionistas. La defensa de la soberanía nacional, hasta hace poco tiempo, era subordinada para los grupos dominantes al apoyo de Estados Unidos y la izquierda a las políticas y acciones de la Unión Soviética, China y Cuba. En ambos casos se negaba el respeto a la soberanía nacional, unos aceptando el intervencionismo de los Estados Unidos y otros el apoyo activo de los países comunistas a los partidos afines de la región.

El resultado fue la fragilidad de los valores democráticos, tanto de la derecha como de la izquierda. Situación que se mantiene, pues en la mayoría de los países

tenemos aún sectores de izquierda que no afirman de forma clara y unívoca su apoyo a la democracia liberal, y una derecha que no presenta respuestas a las demandas de una sociedad profundamente desigual, y que se dispone, de ser necesario, a realizar alianzas políticas que comprometen las instituciones democráticas.

Con altibajos, la situación se está modificando. Con desvíos menores, los gobiernos del Frente Amplio, en Uruguay; de la Concertación, en Chile; o del PT, en Brasil, en el campo de la izquierda, y los gobiernos de derecha en Chile o en Argentina, respetaron la separación de poderes, la autonomía de la sociedad civil, la prensa libre y los principios constitucionales. No es caso de Maduro en Venezuela y de Ortega en Nicaragua a, países donde presenciamos la destrucción gradual, pero constante, de las instituciones democráticas.

En sectores de la izquierda y de la derecha latinoamericana, aún hay dificultad para aceptar plenamente las instituciones democráticas, del papel del mercado y de las políticas sociales. Persiste la confusión entre estatismo y justicia social, además de una propensión a demonizar a los opositores y un discurso anti-imperialista amarrado a una visión anacrónica del sistema internacional.

Hoy en día, a pesar de que Latinoamérica muestra tendencias políticas hasta cierto punto similares a las de los países desarrollados, las características de la estratificación y del conflicto social son bastante diferentes, además de la importancia que asumió la (in)seguridad pública, que moviliza a sectores de opinión hacia soluciones antidemocráticas. Se trata de un campo particularmente propicio para discursos políticos que transforman temores legítimos de la población en odio generalizado, que justifica el uso indiscriminado de la violencia policial contra aquellos que son identificados como los responsables por la criminalidad, en general los habitantes de comunidades que viven en condiciones de miseria.

En Latinoamérica, la fragilidad del sistema político es mayor por la tendencia de las Fuerzas Armadas a extrapolar su papel constitucional. Hay una afinidad entre la cultura militar basada en la disciplina jerárquica, el culto ritual a símbolos que representan a la nación como una unidad abstracta, la lógica amigo-enemigo y una visión autoritaria de convivencia social. En las sociedades democráticas esa cultura no se expande al sistema político, aunque en momentos de gran tensión pueda surgir, inclusive, en países de fuerte tradición democrática. Basta recordar la revuelta y conspiración de generales en Francia contra la política del presidente De Gaulle en relación a la independencia de Argelia, o el despido del general Douglas MacArthur, héroe de la Segunda Guerra Mundial, por opiniones que confrontaban las del presidente Truman.

En Latinoamérica los controles civiles son más frágiles y las Fuerzas Armadas presentan características particulares. En países donde la hipótesis de guerra, por el contexto histórico y geopolítico, es real, las Fuerzas Armadas tienen un enemigo externo en el cual proyectan el uso de sus recursos y de sus preocupaciones. En Sudamérica, donde la hipótesis de guerra es prácticamente nula, donde la mayoría de los países no tuvo una verdadera experiencia de movilización general y de guerra por más de un siglo, hay una tendencia a que la corporación militar busque dentro de la sociedad un enemigo a ser enfrentado. Más aún cuando en buena parte del siglo **xx** la lucha contra el comunismo se transformó en el leitmotiv de las Fuerzas Armadas.

Una extensa bibliografía busca entender el papel intervencionista de las Fuerzas Armadas en la región como producto de una dinámica social más amplia, en la cual son llamadas a actuar, siendo secundarios los intereses y el papel activo que tienen en los acontecimientos. Creo que se trata de una falsa dicotomía. El contexto social y político sin dudas está siempre presente, pero la “solución militar” surge porque existe, es decir, las Fuerzas Armadas están disponibles para cumplir ese papel. Cuando los militares no se disponen a tomar partido, como sucedió en varios casos de la historia latinoamericana, la sociedad se ve obligada a encontrar salidas negociadas.

La capacidad de movilizar miedos e inseguridades — pérdida de status social, ser expropiado por una revolución, tener que enfrentar una revuelta de los excluidos, ser asaltado o invadido por costumbres traídas por “extranjeros” — es la marca registrada de los movimientos reaccionarios autoritarios del siglo **xx** que continúa siendo hasta hoy.

La situación actual presenta nuevos desafíos tanto para la derecha como para la izquierda democrática. La derecha necesita reelaborar su agenda de promoción del liberalismo económico con políticas que confronten la desigualdad social y la pobreza. La izquierda debe dejar de hacer de cuenta que el mercado no existe, creer que por definición cualquier empresa pública es de interés social o que funcionarios públicos y sus corporaciones son intocables; también debe asumir a la seguridad pública como un problema que exige soluciones propias, sin reducirla a un tema socioeconómico. La violencia criminal impacta la vida de las personas, penetra y corrompe las fuerzas policiales (incluso a las Fuerzas Armadas cuando son movilizadas), distorsiona el sistema político y afecta los fundamentos mismos de la democracia. Que los criminales tomen el control en territorios y poblaciones significa que el Estado perdió el monopolio del uso de la violencia y abandonó su tarea fundamental de preservar la vida de los ciudadanos.

El sentimiento de inseguridad de la población por la alta tasa de criminalidad (en algunos países relativamente no tan altas, pero crecientes y, por lo tanto, determinantes en la sensación de inseguridad) lleva a sectores de la población a sentirse atraídos por argumentos punitivos, con el uso irrestricto de la violencia policial, armamento de la población, disminución de edad de imputabilidad penal, todos asociados a posturas autoritarias. Frente a este discurso, la referencia a los derechos humanos o la mejoría de las condiciones sociales es insuficiente. Una política activa, con recursos humanos, materiales y de inteligencia, debe ser parte de la agenda política de todos los partidos democráticos de la región.

En los países latinoamericanos los recursos disponibles para enfrentar las demandas sociales son mucho más limitados que en naciones avanzadas, además de cargar con el peso de la desigualdad, el abandono de los sectores más pobres de la población y el patrimonialismo. La región se está quedando atrás en la competencia económica y tecnológica global, en una posición de productora de materias primas. Sus instituciones democráticas son frágiles y enfrentan problemas en el área de seguridad pública, alimentando discursos autoritarios que la izquierda tradicionalmente tuvo dificultades para reconocer y enfrentar.

La explosión de expectativas llevó a demandas de derechos, muchas veces consagrados en los textos constitucionales, que son irrealizables si no son asumidos en términos de prioridades y dentro de una visión a largo plazo. Caso contrario, nos quedamos con listas de “derechos”, mientras en la práctica continúan los privilegios de los grupos con mayor influencia política y cercanía al gobierno, y no de los más necesitados.

La situación actual impone desafíos tanto para la derecha como para la izquierda democrática de la región. La derecha necesita encontrar un discurso con atractivo electoral, que promueva el liberalismo económico sin ignorar los problemas de la desigualdad social y de la pobreza, o corre el peligro de tener que aliarse a tendencias autoritarias que ponen en riesgo la democracia. La izquierda, en particular la latinoamericana, necesita dejar de hacer de cuenta que el mercado no existe y creer que, por definición, cualquier empresa del Estado es de interés social o que los funcionarios públicos y sus corporaciones son intocables. Internacionalmente, debe reconocer que los regímenes autoritarios de izquierda son, en primer lugar y, sobre todo, autoritarios.

LA BÚSQUEDA DE NUEVOS RUMBOS

¿Porque hoy en día la búsqueda de sentimientos de comunidad está asociada a una deriva autoritaria? Ciertamente cada caso concreto se origina en situaciones nacionales particulares, pero, en el contexto actual, lo que sobresale en todos los países democráticos es el rezago de las elites políticas e intelectuales tradicionales. Estas élites, (científicos, juristas, periodistas), ocupan un lugar importante en el espacio público y en instituciones especializadas, no obstante, perdieron influencia en amplios sectores sociales.

El resurgimiento del nacionalismo xenófobo como fuerza política, además de su obvia manipulación por líderes políticos, no puede ser disociado del sentimiento de exclusión de sectores de la sociedad que no se sienten parte de las tribus cosmopolitas, sea de derechos humanos, sea de grupos ecológicos o identitarios. En el siglo xx la búsqueda de la sensación de pertenencia a una comunidad, era posible en ideologías políticas, sindicatos y grupos profesionales. Es un síntoma de los nuevos tiempos que la celebración del Primero de Mayo, principal evento anual de manifestaciones de calle durante el siglo, dio lugar a los desfiles de Orgullo lgbt.

En las democracias, el poder efectivo de los ciudadanos es limitado y muy distante de una minoría que ocupa cargos de influencia económica, política y mediática. Las organizaciones de acción colectiva, como los sindicatos, partidos políticos u organizaciones de la sociedad civil buscan “crear poder”, empoderar a los desempoderados. Cuando están aislados de estructuras de participación ciudadana, los individuos sienten que no tienen ningún arbitrio sobre sus destinos, lo que les predispone a teorías conspirativas, en que las minorías que actuarían entre bastidores determinan los rumbos de la sociedad.

Las luchas sociales continúan a pesar del fortalecimiento de partidos políticos de extrema derecha que buscan vaciar el debate político del tema de la desigualdad. En Estados Unidos, las reivindicaciones se concentran en servicios universales de salud y educación superior, áreas en las cuales las personas gastan parte considerable de sus ingresos o se quedan sin acceso a ellas. En Europa, es el aumento del ingreso individual lo que moviliza las luchas sociales, como es el caso de los *Gilet Jaunes*, en Francia.

En la izquierda, la crítica al neoliberalismo se concentró en los efectos socioeconómicos de la globalización y en los recortes en las políticas sociales. En Estados Unidos, llevó a una radicalización de sectores del partido Demócrata, en el que Bernie

Sanders, quien se autodenomina socialista, — en la práctica un socialdemócrata moderado de acuerdo a los parámetros europeos —, pasó a ocupar un lugar destacado y a influenciar la agenda del partido. En Francia, fue creado un partido, Francia Insumisa (*La France Insoumise*), con un discurso que integra componentes nacionalistas sin amplio apoyo electoral, pero que ayudó a la implosión del partido hegemónico de izquierda, el Partido Socialista. En España, el Partido Podemos, creado después de las manifestaciones de calle de los “indignados”, en 2013, y reuniendo las más diversas corrientes ideológicas de izquierda, tuvo rápido crecimiento, llegando a obtener una presencia electoral relevante y a desafiar el liderazgo del psoc (Partido Socialista Obrero Español). En Inglaterra, bajo el liderazgo de Jeremy Corbyn, el partido Laborista dio un giro a la izquierda.

Cuando las multitudes salían a las calles lo hacían normalmente bajo orientación de partidos políticos, de sindicatos u organizaciones con consignas y liderazgos definidos. Las huelgas convocadas por sindicatos y las manifestaciones públicas de los partidos políticos tenían objetivos y comandos identificables. Sin duda podían generar inestabilidad política, pero dentro de parámetros previsibles y negociables. En este nuevo contexto, en vez de movilizaciones pactadas, tenemos “explosiones” cuyos objetivos no están definidos con claridad (muchas veces sus “banderas” se alteran con el pasar de los días, de acuerdo con el público que se va sumando), ni poseen líderes representativos para hablar en nombre del conjunto. La indignación es un componente central de la vida política, pero cuando está asociada a la desconfianza en el sistema político representa un enorme potencial de manipulación, dependiendo de la capacidad de las diferentes fuerzas políticas de orientarla hacia una u otra dirección. El impacto de las explosiones sociales es apropiado por diversos grupos políticos (preexistentes o recién creados), que utilizan a su favor el malestar expresado en las calles.

Algunos atribuyen las explosiones sociales al papel de las nuevas tecnologías que permiten la comunicación instantánea en las redes sociales. Ciertamente internet, con su bajo costo y con la posibilidad de comunicación vertical centralizada, es útil para transmitir mensajes y palabras de orden para grandes grupos con pocos recursos, aún más en regímenes autoritarios (esto siempre y cuando el gobierno no la desconecte o censure). Esto no explica las razones que llevan a sectores de la población a manifestarse. Lo que las explosiones sociales contemporáneas expresan es la pérdida de confianza en los gobernantes y la incapacidad de los sistemas institucionales de representación de atender el malestar social.

La supervivencia de las democracias depende de la capacidad de los políticos y las élites que les sustentan de dar respuestas a las necesidades del conjunto de la población, no solo económicas sino simbólicas y afectivas, relacionándose con los temas que fueron asumidos por el discurso populista. Si el nuevo autoritarismo se alimenta de *fake news* y de símbolos vacíos, responde a un malestar real con el estado de las cosas y la necesidad de que las personas sientan pertenencia en una comunidad política, que sus condiciones de vida pueden mejorar y que sus hijos pueden contar con un futuro prometedor. Un sentimiento de comunidad es una esperanza que, para amplios sectores de la población, estuvo asociado al mundo del trabajo, pero que hoy luce distante. El desafío es recuperar la capacidad de los partidos políticos de producir tanto políticas sociales y crecimiento económico como narrativas capaces de producir sentimiento de comunidad, sustentada en un ideal de sociedad deseable.²⁶

Los vientos nacionalistas soplan en el mundo con mayor o menor intensidad, y los partidos políticos tradicionales buscan adaptarse a los nuevos tiempos. La preocupación con un electorado que se inclina contra la llegada de inmigrantes ha llevado a algunos partidos socialdemócratas en Europa a apoyar políticas de inmigración restrictivas. O, en caso del partido Los Verdes, en Austria, a participar de un gobierno dirigido por un partido de derecha para frenar una alianza con la derecha autoritaria.

En la derecha, el surgimiento de tendencias autoritarias tuvo consecuencias dramáticas, y algunos partidos tradicionales tienden a integrar elementos del discurso xenofóbico de la extrema derecha como recurso para frenar la pérdida de electores. Los partidos políticos no pueden ser puristas, ni quieren ver parte de sus bases votando a ideologías de extrema derecha. Para esto, tanto la izquierda como la derecha tradicional están obligadas a repensar el tema del nacionalismo. La estrategia de algunos partidos de derecha de apropiarse de parte de la agenda del nacionalismo xenófobo, implica el enorme riesgo de estar cada vez más cerca y finalmente ser engullidos por las fuerzas a las que desean neutralizar. O, como en el caso del Partido Republicano en Estados Unidos, ser conquistado por un líder distante de las banderas históricas del partido.

El núcleo racional de la “cuestión nacional” en el contexto actual, expresa el malestar de los sectores que se sienten maltratados por las transformaciones socioeconómicas y culturales asociadas a la globalización y a las transformaciones tecnológicas.

26 En este sentido vale leer el libro de Richard Rorty, *Achieving Our Country: Leftist Thought in Twentieth-Century America* (Cambridge, ma: Harvard University Press, 1999).

El nacionalismo puede ser usado por una visión excluyente, antipluralista y finalmente antidemocrática, pero es demasiado importante para ser relegado y entregado a sectores retrógrados. El desafío es desarrollar un discurso y una agenda política que confronte el nacionalismo xenófobo de la nueva derecha y el antiimperialismo arcaico de parte de la izquierda, con un proyecto nacional de integración en los procesos de globalización que no margine a sectores de la sociedad.

7. LA SOCIEDAD DE LA DESINFORMACIÓN Y LA CRISIS DE LA VERDAD

Danilo Martuccelli²⁷ está en lo correcto cuando afirma que la sociedad contemporánea no está formada por individuos aislados y desmovilizados. Al contrario, en la “sociedad de la información” las personas se ven constantemente implicadas en su emotividad por un mar de noticias, desde hechos más o menos cercanas a denuncias sobre tragedias en los más diversos rincones del mundo. Así, la experiencia contemporánea de los individuos es de una conciencia aguda de nuestros lazos con la sociedad, al mismo tiempo que los desafíos que se nos presentan a diario son vividos como dramas subjetivos singulares, de los cuales somos los únicos responsables.

A pesar de que la inserción continua en los avatares globales supone la existencia de ciudadanos mejor informados, esto también los deja más confundidos y angustiados acerca de sus destinos colectivos. La sobrecarga de información es paralizante, produce malestar, inseguridad y la sensación — no completamente falsa —, de que nadie está en control.

La enorme cantidad de información que circula en las redes produce la sensación de que vivimos en un universo cada vez más transparente, lo que en parte es verdadero, sin embargo, presenta su lado opaco, el de nuevas informaciones que nos llegan después de haber sido digeridas y devueltas por algoritmos, que las archivan y las organizan con criterios que no fueron definidos por nosotros, sin olvidarse de la producción y la divulgación profesional de *fake news*.

La comunicación virtual fusiona la cultura oral y la cultura escrita, y en el camino se pierden la calidad y la riqueza de cada una de ellas. La discordancia entre el tiempo que necesitamos para elaborar nuestras emociones y nuestros pensamientos y la velocidad de los mensajes que demandan una respuesta inmediata limita la capacidad de actuar de manera reflexiva y responsable. El argumento elaborado difícilmente cabe en un tuit o en un *zap* (mensaje por WhatsApp). En la comunicación electrónica prevalece la reacción instantánea, sin sensibilidad frente a los sentimientos

27 Ver *La Condition sociale moderne: L'avenir d'une inquiétude* (Paris: Gallimard, 2017).

producidos por el mensaje, pues no consideramos el sufrimiento que eventualmente provocamos en el otro, diferente de la interlocución cara a cara.

En un mundo de exceso de informaciones, el bien más escaso es la atención del usuario. Para obtener algunos segundos de concentración la inversión exigida es enorme. La lógica del sector — “the winner takes it all” (el ganador se lleva todo) —, en que empresas pueden crecer de manera acelerada a escala global, pues no dependen de inversiones en estructuras materiales. Son compañías que acumulan un capital y un poder que hace palidecer a las viejas empresas industriales transnacionales. Facebook e Instagram, en las redes sociales, Google, en los motores de búsqueda; Amazon, en el comercio minorista, Airbnb, en el alquiler de propiedades, Microsoft y Apple, en los sistemas operacionales o Uber, en el transporte urbano, son todas compañías cuyo poder les permite, de ser necesario, comprar las startups que puedan hacerles sombra, limitando la libre competencia. Además, sus actividades globales facilitan la evasión de impuestos en los países donde actúan.

El mundo invasivo de internet transforma la vida en un presente permanente, en el cual corremos para mantener el empleo, para responder los mensajes o para revisar Instagram o Facebook para verificar si alguien vio el mensaje o la imagen publicada — muchas veces imágenes idealizadas que no reflejan las angustias de la vida de cada uno y acaban generando una visión irreal del mundo.

La aceleración del tiempo es una característica de las sociedades modernas y el corazón de la producción capitalista, pero adquirió nuevos aspectos con internet, simbolizado en el mundo del consumo por el “one click shop”. Síntoma de los tiempos actuales es el surgimiento de una nueva enfermedad, el ciberadicto (casi todas las aplicaciones son elaboradas pensando en la producción de “inyecciones” de dopamina en el usuario). Un mundo de niños hiperactivos que son medicados cuando todo lo que hacen es reflejar el ritmo del mundo actual, de adultos que no paran de mirar la pantalla del celular y que consumen ansiolíticos o que usan técnicas de autoayuda para poder seguir participando de un sistema que exige la fuga constante de sí mismo.

EL FIN DE LA PRIVACIDAD

La tecnología creó un sistema donde las personas agregan voluntariamente las informaciones más íntimas en grandes bancos de datos. Una afirmación hasta cierto punto injusta, pues muchas aplicaciones — las aparentes, pues los celulares ya

vienen con recursos que recolectan datos del usuario que ni siquiera sabe de su existencia — exigen (al final, ¡son gratuitos!) que el cliente se disponga a renunciar a su privacidad, facilitando el acceso a sus movimientos. Esas informaciones, cruzadas de forma creciente con sistemas de reconocimiento facial, eliminan la privacidad, la intimidad y permiten el permanente bombardeo de publicidad personalizada y el control de los ciudadanos.

Vivimos en un mundo paradójico. Por un lado, la cantidad de información disponible nos ofrece una visión de los más diversos aspectos del mundo que antes se encontraban fuera de nuestro alcance, y además permite la comunicación horizontal y descentralizada. La contraparte de su lado libertario es que las redes posibilitan sistemas de vigilancia constante, tanto en las relaciones próximas como anónimas (estado y empresas), así como de archivar y procesar datos personales con enorme eficacia, capacidad que tiende a crecer de modo exponencial. La red, como el dios Janus, presenta una cara libertaria y otra totalitaria, una sociedad de redes y una sociedad enredada en la red.

USOS POLÍTICOS DE INTERNET Y LAS *FAKE NEWS*

El potencial democrático de las nuevas tecnologías abre la posibilidad de más transparencia en la acción de los gobiernos y en el uso de recursos públicos, de nuevas formas de participación — sea de consultas o de envío de propuestas legislativas locales y nacionales —, yo de democratización de la acción de los partidos. Las posibilidades son reales, aunque hasta hoy no hayan presentado resultados decisivos.

Uno de los grandes desafíos es encontrar el equilibrio adecuado entre el sistema representativo y las consultas de opinión pública (plebiscitos y referéndums online). Aunque ciertos temas puedan ser objeto de consultas públicas, no sustituyen el papel de mediación de los partidos y de los poderes públicos, que deben abordar asuntos que exigen conocimiento específico, negociaciones entre intereses diversos y deliberaciones en torno a temas complejos, que no pueden ser tratados de manera aislada. La responsabilidad pública puede exigir la toma de decisiones poco populares y, sobre todo, la protección de las minorías de las imposiciones de la mayoría.

Mientras somos principiantes en el manejo de usos democráticos de las nuevas tecnologías, el fenómeno de las *fake news* avanza y pone en riesgo el espacio público democrático. Sin preocuparse por ser desmentidos (y, cuando lo son, de todas formas, siempre quedan en la mente del receptor dudas sobre la veracidad o no de la

noticia), sus autores refugiados en el anonimato y, por lo tanto, no pudiendo ser legalmente responsabilizados, la red transformó el espacio público, permitiendo que grupos políticos actúen sin los filtros y los controles exigidos en el periodismo profesional, que, no casualmente, se volvió uno de los blancos de las *fake news*.

Internet permitió borrar cualquier límite de civilidad en el espacio público virtual. La comunicación en internet llevó a la irrupción de una cultura en el espacio público en la cual más unilateral y virulento sea el mensaje, y más hable a las emociones y prejuicios y menos a la razón, mayor será su impacto.

Para enfrentar esta nueva realidad, varias plataformas fueron creadas para verificar las informaciones que circulan en el mundo virtual. Esfuerzo necesario y meritorio, pero que enfrenta diversos obstáculos. En primer lugar, la cantidad de mensajes es descomunal y en su mayoría indetectable, siendo, por lo tanto, pocos de estos chequeados; apenas un número muy reducido de personas busca comprobar su veracidad. En segundo lugar, incluso cuando son poco creíbles, no dejan de tener impacto en el subconsciente del receptor. En tercero, la cuestión central no son los hechos, sino sus versiones.

Buena parte de los mensajes políticos que circulan por las redes no presentan contenido informativo, no son noticias. La mayoría de las veces son caricaturas o contenidos variados cuyo objetivo es demonizar a los oponentes e instituciones, promoviendo el odio contra quien piensa diferente, difundiendo el caos y sentimientos de terror, con el objetivo de generar un clima político de desmoralización ante las instituciones democráticas.

Las ideologías totalitarias traían una narrativa diferenciada, explicitando los valores que defendían y una visión clara de adónde aspiraban llegar. A partir de ellas eran escogidos mensajes “repetidos infinitamente” (hoy una posibilidad potenciada por el bombardeo diario personalizado permitido por las nuevas tecnologías). Los líderes populistas de la actualidad, en vez de proponer alternativas a la democracia liberal, tienen como objetivo desmoralizarla, de modo que las *fake news* responden a una agenda autoritaria no explícita. Esta estrategia permite evitar una confrontación directa con los valores democráticos, que, a pesar de ser cuestionados, son compartidos por buena parte de la población.

Las *fake news* funcionan como un esfuerzo sistemático de difamar figuras públicas, instituciones y medios de comunicación asociados a la defensa de la democracia, y, en general de toda fuente de crítica o de noticias que consideren inconvenientes. El objetivo es producir desconfianza en relación a todo tipo de información: si nada es

verdadero, aceptar o no una información sólo depende de la disposición subjetiva del usuario. Si el mensaje confirma sus prejuicios, se cree, de lo contrario, es descartado sin pensar. De esta forma, fue creado un espacio público dominado por el prejuicio y la reacción visceral, apenas basado en emociones.

Para alcanzar este objetivo, la veracidad de la información es desplazada del contenido para quien la emite: si está asociada al “equipo contrario”, no importa su contenido, es supuestamente falsa. Desmentir las *fake news*, aunque sea necesario, tiene un efecto limitado, porque su papel no es transmitir una “información”, sino construir en la cabeza del receptor un estado de espíritu y una narrativa política que se forman a partir de una miríada de mensajes cortos, muchas veces reducidos a imágenes, símbolos y metáforas, en general aislados entre sí, pero que responden a la visión de mundo de sus creadores y que van penetrando en el inconsciente de los internautas.

La consecuencia de la política de las *fake news* es la polarización destructiva del espacio público. Estas producen burbujas que generan nuevas burbujas de los que se oponen a ellas, y que funcionan en la misma lógica de cierre cognitivo, llevando a la pérdida de la capacidad de convivir con lo diferente y del debate civilizado de ideas discordantes.

Las *fake news* movilizan sentimientos (miedos, resentimientos, incertidumbres, insatisfacciones) y prejuicios (machismo, racismo, homofobia) preexistentes. Lo que hacen, en el primer caso, es canalizar los sentimientos dentro de una narrativa política y, en segundo, normalizar, legitimar y valorizar la expresión pública de posturas que antes las personas se avergonzaban de admitir. La lucha contra las *fake news* es una confrontación permanente por corazones y mentes, pues los valores democráticos nunca pueden ser dados como consolidados.

Internet permitió, como algunos analistas argumentan, una mayor participación y comunicación entre ciudadanos y un nivel de acceso a la información hasta hace poco tiempo inimaginable. Pero también potenció tendencias ya presentes en la sociedad, como la valorización de la subjetividad, del narcisismo, de mensajes simplistas y de afirmaciones perentorias. En la red, las personas desensibilizadas por la no presencia física y emocional del otro, que siempre puede ser “borrado” con un clic, huyen de lo contradictorio, de informaciones y argumentos que no confirmen sus prejuicios, transformando la pantalla del celular en un espejo y una cámara de eco, en los cuales las personas oyen versiones de sus propias voces. Un contexto conducente a discursos polarizadores y a visiones conspirativas.

Las nuevas posibilidades de participación en las redes y las movilizaciones de calle no sustituyen el sistema de instituciones representativas y de poderes del Estado. Al contrario, como escribe Nathan Gardels, “todo esto presenta una paradoja para el gobierno en la era digital: cuanta más participación exista, mayor será la necesidad de contrapeso de prácticas y de instituciones imparciales que puedan procesar la cacofonía de voces, para resolver el diluvio de información impugnada, para negociar trade offs justos entre el torbellino de intereses conflictivos y para descartar el pensamiento mágico o la xenofobia que acompañan el sentimiento popular en red”.²⁸

LAS FAKE NEWS Y LA CRISIS DE LA “VERDAD”

¿Qué son las *fake news*? En su último libro, Yuval Noah Harari argumenta que son una constante de la historia humana. El autor israelí afirma que los más diversos mitos y religiones son ficciones que se sustentan en creencias sobre las cuales no existen evidencias: “Cuando un billón de personas creen durante miles de años — esto es una religión, y somos advertidos de no llamarlas *fake news* para no herir los sentimientos de los fieles (o incurrir en su ira)”.²⁹

Como en todos sus escritos, en particular su forma de integrar hechos históricos variados para elaborar interpretaciones creativas, Harari generaliza largos períodos de la historia, desconociendo o evadiendo discontinuidades, la diversidad de las culturas y los significados que conceptos poseen en épocas diferentes. Específicamente sus reflexiones sobre las *fake news* son contradictorias es particularmente cuestionable.³⁰

¿Por qué? El autor defiende la ciencia y el periodismo responsable como las fuentes más adecuadas para buscar la verdad — y, así protegerse de las *fake news*. Ahora, o la verdad tiene criterios diferenciados o se reduce a creencias compartidas, sin importar cuál sea la afirmación a la que se refieran.

28 Gardels, N. , Weekend Roundup: Mobilization Politics Is Here to Stay. Berggruen Institute, Los Angeles, 23 ago. 2019. Disponible en: <www.berggruen.org/the-worldpost/articles/weekend-roundup-mobilization-politics-is-here-to-stay>. Acceso en: 7 mayo 2020.

29 “When a billion people believe it for a thousand years — that’s a religion, and we are admonished not to call it ‘fake news’ in order not to hurt the feelings of the faithful (or incur their wrath)”. (Harari, Y. N., 21 *lessons Lessons for the 21st Century*. Nova York: Spiegel & Grau, 2018

30 Como se trata de un tema secundario de nuestro texto, no nos referiremos a la teoría de Harari que deduce y reduce las creencias a sistemas que hacen posible la cooperación, que es solo una parte de la explicación de cómo se formó la cultura humana.

La visión de verdad sustentada por la ciencia o por el periodismo responsable no existió durante buena parte de la historia, de forma que llamar a los mitos religiosos *fake news* o verdades es un anacronismo, ya que la “verdad” no era entendida durante la mayor parte de la historia humana de la misma manera como la entienden los modernos. Como indica Foucault:

Cada sociedad tiene su régimen de verdad, su “política general” de verdad: esto es, los tipos de discurso que esta toma y hace funcionar como verdaderos; los mecanismos y las instancias que permiten distinguir los enunciados verdaderos de los falsos, la manera como se sancionan unos y otros, las técnicas y los procedimientos que son valorizados para la obtención de la verdad; el estatuto de aquellos que tienen el encargo de decir lo que funciona como verdadero.³¹

La “verdad” defendida por el método científico valoriza la duda y la curiosidad y se sustenta con la creencia de que toda afirmación debe ser basada en raciocinios lógicos y pruebas empíricas irrefutables. Así, las verdades científicas suponen la posibilidad, si no es necesidad, de que otras personas desarrollen argumentos alternativos, que cuestionen el conocimiento establecido.

Como consecuencia, la convivencia fundada en la valoración de la ciencia exige una forma de organización de las relaciones sociales que asegure y promueva los valores de la libertad de pensamiento, el pluralismo y libre debate de ideas. Ciertamente, como lo muestra una amplia bibliografía, el mundo científico no es libre de tendencias a petrificar sus paradigmas o de juegos internos del poder. Estos cuestionamientos, con todo, no pretenden desvalorizar la ciencia, al contrario, apenas muestran cómo las formas de sociabilidad y de organización del campo de las ciencias pueden perjudicar o limitar su avance.

Extrapolados para el conjunto de la vida social por el Iluminismo, los valores básicos del pensamiento científico fueron extendidos para el espacio público, que, apoyado en el poder del Estado y el sistema legal, asegura la libertad de pensamiento, el respeto de la libertad subjetiva de las personas, la valoración de la duda y de la curiosidad, fenómenos relativamente recientes. No poseen más de lo que algunos pocos siglos y continúan siendo cuestionados.

Los ataques a las ciencias fue constante en la historia contemporánea. Los regímenes autoritarios, tanto de derecha como de izquierda, no toleraban y reprimían la libertad académica, en especial las áreas de las ciencias humanas. “Si la ciencia no

31 Foucault, M. *Microfísica do poder*. Rio de Janeiro: Graal, 1972, p. 12.

puede tener éxito sin los judíos, pasaremos algunos años sin ciencia”, fue la respuesta de Hitler al pedido del físico Max Planck para que considerara el impacto de la expulsión de los judíos de la administración pública y de la academia.

Los regímenes comunistas argumentaban que las teorías que no comulgaban con su análisis del proceso histórico estaban al servicio de la burguesía y, por lo tanto, debían ser descartadas. Paradójicamente, esas versiones afirmaban que el marxismo era una visión científica de la historia. A pesar de esto era considerada la única visión posible, lo que significaba, por definición, la exclusión de puntos de vista diferentes, y, por ende, negaba las reglas básicas de convivencia científica, que a priori no excluye perspectivas distintas, ni permite que se descarte un argumento porque no concuerda con la orientación política y/o con la normativa del autor. El resultado era la negación y la represión del pluralismo y del libre debate de ideas.

Un nuevo giro teórico, asociado a la pérdida de influencia del marxismo en el medio académico y la vida política, se relaciona an ciertos usos de la teoría de la “construcción social de la realidad”, en particular la forma como fue apropiada por algunas corrientes de las áreas de *cultural studies*. La construcción social de la realidad postula que “naturalizamos”, es decir, asumimos como eternas o “normales”, creencias, valores, formas de sentir y conocimientos que son producto de circunstancias históricas y sociales determinadas. A pesar de que se pueda cuestionar si cualquier conocimiento es reducible a una construcción social, esta perspectiva es particularmente importante en la crítica de fenómenos sociales de dominación, como el patriarcado, el racismo, la orientación sexual o el eurocentrismo.

El fundamento de esta visión es que las diversas formas de pensamiento, incluso la científica, son producto de contextos culturales determinados. Esta conclusión razonable, transferida al campo normativo, puede ser culturalmente suicida. La reproducción de la sociedad, que se da por la transmisión de sus valores, depende de la creencia de la que ellos poseen un valor intrínseco, preferible a otros sistemas culturales,³² lo que sin duda no significa que no se deba respetar y buscar comprender otros modos de vida. Más aún, no podemos olvidarnos que la propia teoría de la construcción social de la realidad y la posibilidad de su afirmación en el espacio público sólo son posibles gracias a la existencia de un campo científico autónomo dentro de sociedades democráticas.

32 Como bien recuerda Lévi-Strauss en su texto *Raza e historia*. Disponible en: <https://edisciplinas.usp.br/pluginfile.php/2844023/mod_resource/content/1/L%C3%89VI-STRAUSS%2C%20Claude_Ra%C3%A7a%20e%20hist%C3%B3ria.pdf>. Acceso en: 7 mayo 2020.

Toda investigación científica presenta algún tipo de orientación normativa, pero lo que diferencia la ciencia de otras formas de búsqueda del conocimiento es que se fundamenta en argumentos racionales, refutables empíricamente. Caso contrario, estaríamos en el campo de opinión personal, de la filosofía moral, de las artes o de la teología y, en el límite, de la valorización de la subjetividad, de las emociones y, finalmente, de la irracionalidad.³³

Algunos autores del área de *cultural studies*, como estudios raciales, feministas o poscoloniales, que se valen de la perspectiva de la construcción social de la realidad, presentan a veces posturas que deslegitiman el pensamiento científico, invalidando obras de aquellos que estarían a servicio de “formas de dominación”. Para algunos, en el límite, solamente personas que sufrieron en carne propia cada forma de opresión particular estarían calificadas para argumentar respetuosamente. La consecuencia de hacer depender el argumento del “lugar desde el cual se habla” es la descalificación del debate científico, pues en lugar del valor objetivo del argumento, este sería sustituido por los sentimientos y las experiencias subjetivas personales como criterio de validación. Esta postura destruye las reglas básicas sobre las cuales se sientan tanto el diálogo científico como la vida democrática, que se fundamentan en el valor intrínseco del argumento, y no en las características personales de quien lo enuncia. Valores sin los cuales no habría ni el propio concepto de “dominación”, que sólo tiene sentido en una sociedad formada por individuos y por comunidades que comparten y creen en los valores de la libertad individual, la búsqueda de la autorrealización, la dignidad y reconocimiento y el derecho de contraponerse a relaciones sociales opresoras.

Estos debates tendrían relevancia limitada al ámbito académico si sus argumentos no permeasen diversos grupos de activistas de la sociedad civil, llevando al cierre cognitivo en torno a sus reivindicaciones identitarias, cada cual enfatizando las formas de “dominación” a las cuales están sujetos, eliminando la posibilidad capacidad de diálogo y de una visión de conjunto de la sociedad.

33 Los cuestionamientos recientes de la existencia de las alteraciones climáticas o que sean producidas por la acción humana, de la vacuna obligatoria y del impacto de las *fake news* ha llevado muchos autores, incluso uno de los más notables cuestionadores de la objetividad científica, Bruno Latour, a rever sus opiniones. Ver Kofman, A. “Bruno Latour, the Post-Truth Philosopher, Mounts a Defense of Science”, *The New York Times Magazine*, New York, 25 oct. 2018. Disponible en: <www.nytimes.com/2018/10/25/magazine/bruno-latour-post-truth-philosopher-science.html>. Acceso en: 7 mayo 2020.

SURGIMIENTO Y CRISIS DEL PERIODISMO PROFESIONAL

La prensa permitió la reproducción masiva de informaciones que antes circulaban como rumores o como pintadas callejeras. Al principio utilizada de forma esporádica para imprimir panfletos, de a poco fueron surgiendo publicaciones periódicas. A partir del siglo XIX, con tecnologías más eficaces de impresión, la democratización de la vida política, la expansión de la vida urbana y del sistema educacional fueron estableciéndose periódicos con mayor tiraje y, en el siglo XX, la profesión de periodista, asociada a un cuerpo de valores propios, se consolidó. El periodismo como un subsistema especializado en la producción de noticias y con una ética de trabajo que exige que la información tenga fuentes originales y confiables.

El periodismo como entidad independiente de otras esferas de poder, es un fenómeno relativamente reciente. Aun así, la tensión entre los controladores de los medios (o la influencia externa del poder económico y político), y la independencia del trabajo periodístico es una constante en la historia de la prensa. Los mejores diarios buscan proteger la independencia de los periodistas y de los reporteros, separando de manera clara la línea editorial, expresada en la sección de opinión y en sus editoriales.

El surgimiento del radio, y después de la tv, generó un nuevo desafío a la democratización de los medios de comunicación. Mientras teóricamente cualquier persona o grupo podía iniciar una publicación impresa, cabiendo al poder público sólo asegurar la libertad de expresión, la transmisión de radio y más aún de la TV, por lo menos hasta poco tiempo, dependía de un espectro de ondas bastante limitado para realizar las transmisiones y, por eso, acabó siendo necesaria la regulación pública.

Las formas en que diversos gobiernos democráticos regularon y buscaron limitar el impacto de la concentración de esos medios divergió mucho entre diversos países. Más recientemente, con el surgimiento de internet y de la TV por cable, se amplió el espectro de canales de radio y de televisión, aumentando el número de participantes, aunque no llegue a eliminarse el papel de la regulación pública.

Los regímenes autoritarios nunca aceptaron una prensa libre, siendo norma la censura y la represión. Ya en regímenes democráticos, la prensa amarilla, siempre estuvo presente, así como periódicos asociados a partidos o personalidades políticas. Con mayor o menor intensidad, los propietarios de los medios de comunicación influyen la agenda de sus informativos, si bien vez debemos tomar en consideración que los periódicos interactúan con su público. Así como moldean la opinión pública,

también responden a las expectativas de su público para mantener su audiencia, que determina los valores pagados por la publicidad.

En las democracias, el periodismo como principal espacio de información y de producción de noticias siempre fue objeto de críticas de los políticos y, en particular, de quienes detentan el poder, incomodados por el periodismo investigativo, que es la principal fuente de denuncias de los abusos de los gobiernos. Su influencia en la opinión pública, que lo llevó a ser denominado de “cuarto poder”, fue enorme — y permanece, a pesar de haber disminuido —, aunque sea sobreestimada por sus críticos. Si la prensa fuera omnipotente, como argumentan, sus orientaciones políticas serían decisivas en pleitos electorales, lo que no es el caso. En muchos países de Latinoamérica, donde la prensa es denunciada “por ser de derecha”, partidos de izquierda — por ejemplo, en Chile, en Uruguay o en Brasil — resultaron victoriosos. O, al contrario, en Venezuela, Hugo Chávez obtuvo victorias electorales en sus primeros gobiernos, cuando la prensa no le era favorable, y perdió parte del apoyo electoral después que cerró o estatizó de hecho buena parte de los medios de comunicación opositores.

En la década de 2010, el periodismo tradicional, en particular periódicos y revistas impresas, pero también canales de televisión abierta, pasó a enfrentar la competencia de las formas alternativas de comunicación habilitadas por internet. Hubo una disminución de la búsqueda de publicaciones impresas, llevando a los vehículos de información a proveer su versión electrónica, a veces hasta eliminando la versión física, haciendo que los diarios existieran solo de forma digital. Esa sustitución significó no solo un cambio de medio, sino también de tipo de lectura, pues los lectores virtuales se concentraron en pocas noticias de interés personal, cuando antes hojearon todos los contenidos del periódico.

El impacto directo más importante fue sobre el modelo de negocio del periodismo tradicional, en el cual la venta de espacios de publicidad poseía un rol fundamental. Los recursos generados por abonados o por usuarios de las versiones electrónicas no alcanza, en general, el mismo nivel de la versión física, y, aún más decisivo, los presupuestos de publicidad se desplazaron hacia las grandes webs de búsqueda, las redes sociales y las plataformas electrónicas especializadas en avisos comerciales (quienes nacieron ya hace algún tiempo recordarán los gruesos cuadernos dominicales de los grandes periódicos, con ofertas comerciales de todo tipo en sus “clasificados”). Ingresos menores implicaron la disminución del plantel de periodistas investigativos.

Internet, reduciendo a casi cero el costo de divulgar “noticias” o de acceso, implosionó el monopolio de la prensa como principal vehículo de información en el espacio público. Si por un lado el proceso expandió las posibilidades de comunicación no intermediada y filtrada por los vehículos tradicionales, permitió también el surgimiento de sitios de noticias que en realidad son una fachada para producir material que aparentemente tiene una “fuente” que las fake news pueden utilizar para parecer más legítimas.

A pesar de las críticas que podrían hacerse a los medios tradicionales de comunicación, ellos tienen una responsabilidad legal sobre la información transmitida y una imagen pública que preservar. Con mayor o menor calidad, el periodismo libre es condición de la vida democrática en la sociedad de masas. Incluso con sus limitaciones, el periodismo profesional sigue siendo el único instrumento disponible para que los ciudadanos puedan obtener informaciones validadas, a pesar de eventuales errores en los que pueden ocurrir.

Los medios de comunicación, con sus respectivas líneas editoriales, fueron una herramienta fundamental en la formación de la opinión y del debate público, en una sociedad moderna que, por un lado, es extremadamente atomizada y, por otro, interdependiente al extremo de su entorno. Si el pluralismo del periodismo profesional tenía inclinaciones y un poder enorme, era limitado por leyes de difamación, y la mentira o el error periodístico castigado con la caída de audiencia.

La tendencia actual es la fragmentación de la información, desfigurada cada vez más por las *fake news*. La supervivencia del periodismo responsable, sea en el formato antiguo o en el nuevo, es uno de los desafíos para el cual las sociedades democráticas deberán producir respuestas creativas.

8. LA DISOLUCIÓN DE LAS FRONTERAS DE LOS SUBSISTEMAS SOCIALES

Las sociedades democráticas están viviendo hoy una transformación sistémica de sus instituciones, tanto formales como informales. Se están derrumbando desde normas no escritas que orientan las relaciones cotidianas, hasta las barreras que separaban las diferentes esferas de poder. El efecto de esas transformaciones produce una sensación de fragilidad y de caos, como si estuviéramos en un barco a la deriva.

No existe por detrás de esos cambios una causa única. Algunos son producto de los avances de la democracia y de las transformaciones del capitalismo, otros, de la manera como la revolución tecnológica está siendo apropiada. La lista es larga, de forma que solo nos concentraremos en las más importantes, teniendo en cuenta que algunas fueron tratadas más detalladamente en diferentes partes de este libro:

Espacios nacionales/expectativas globales. Como mencionamos en el capítulo anterior, desde sus orígenes las sociedades nacionales estaban estructuradas y tenían como referencia al sistema internacional. La historia de los Estados nacionales es producto de la interacción constante entre dinámicas internas y externas. Con más o menos autonomía y éxito, los países buscaron acompañar y de alguna manera imitar o superar las realizaciones económicas, científicas, tecnológicas y militares de los que consideraban experiencias ejemplares. Lo que produjo un movimiento permanente de cambios de posiciones relativas, en que algunos avanzaban más que los otros.

Aun así, las fronteras nacionales representaban barreras, o por los menos filtros relativamente efectivos, a los intercambios comerciales y culturales entre los países. Los sistemas educacionales, el comercio local y los medios de comunicación siempre fueron influenciados por el sistema internacional, pero las personas interactuaban, se informaban y formaban sus expectativas sobre todo en el marco de las fronteras nacionales. Esa situación cambió con los canales de TV por cable, con el comercio online que da acceso directo a una oferta de productos y a la posibilidad de comunicarse de forma instantánea y gratuita con personas en cualquier lugar del mundo. Las luchas contra el crimen transnacional,

acciones de actores externos interfiriendo en elecciones de otros países, o la divulgación de propaganda de promoción de grupos terroristas internacionales, testifican las crecientes limitaciones del Estado nacional como principal marco de convivencia social.

En los países menos desarrollados, las élites y la clase media alta buscaban reproducir modelos de consumo de los países más avanzados. Ese proceso se aceleró con la masificación del consumo globalizado y con los nuevos sistemas de comunicación, llevando gran parte de la población a buscar como referencia el sistema internacional. El resultado es la insatisfacción permanente con el propio país, y que siempre incluye una dosis de idealización de los que “están mejor que nosotros”.

Esferas de poder y la influencia del dinero. La democracia se sustenta en el principio de la separación de las esferas de poder: la desigualdad en un campo de actividades (económico, profesional) no debe ser trasladada a otros, especialmente en el ámbito político y judicial, en los que se presupone la igualdad de derechos. Situación que nunca se concretizó completamente, pero que representaba un horizonte normativo. La influencia del dinero en la política — en buena parte debido a los costos cada vez mayores de las campañas electorales — aumentó en las últimas décadas, además de volverse más visible gracias a mecanismos de transparencia de gastos y de control público. Un proceso que vino acompañado de la sobrevaloración del enriquecimiento personal — fragilizando la idea de estatus social asociado al reconocimiento de la tarea realizada o por cualidades personales (como profesores, médicos o intelectuales) y las éticas corporativas —, en especial de políticos y de administradores públicos.

La judicialización de la política y la politización del Poder Judicial. La fragmentación partidaria y la incapacidad de los parlamentos de producir consensos y el impacto de la a “revuelta de las minorías” (identitarias, religiosas, étnicas, regionales), transfirieron al Poder Judicial decisiones que antes eran resueltas en el ámbito político, perjudicando la autonomía, las atribuciones específicas y la legitimidad del sistema representativo, y, por consecuencia, de la democracia.

Lo público y lo privado. La separación entre lo público y lo privado, fundamental en la concepción de la libertad moderna, se está evaporando. Al comienzo fue producto de la actuación de los movimientos feminista y lgbt, que llevaron al debate público temas que la vieja legislación trataba como privados, encubriendo la violencia contra la mujer y los hijos, o reprimiendo prácticas sexuales. Pero el cambio radical fue producido por las redes sociales. Con la participación

activa de los usuarios, casi toda la comunicación privada se transformó en pública, al mismo tiempo que el marketing político fue transmutado en (aparente) comunicación privada, dando lugar a la industria de las *fakes news*. La información de los aspectos más íntimos de las personas pasó a ser controlada por bases de datos que permiten a las empresas, operadores políticos y al Estado (en países autoritarios, aunque también en los democráticos) llegar a las personas a partir de perfiles individualizados.

Ingresos/empleo. Los cambios tecnológicos y las nuevas formas de organización empresarial ponen en tela de juicio la noción de que obtener un título académico garantiza un trabajo o una trayectoria de ascenso social. Hoy se presenta una sociedad que le exige al individuo iniciativa, flexibilidad, adaptación constante a las demandas del mercado laboral y que aspire consumir cada vez más; al mismo tiempo, un individuo que vive en la angustia sobre su capacidad de pagar todas las cuentas del mes, lo que lleva a un sentimiento de abandono y de fracaso por no lograr el “éxito”, que a menudo conduce a la depresión, que asumió un carácter epidémico.

La responsabilidad por estos sentimientos de frustración con frecuencia es transferida a los políticos o a la propia democracia. El resultado se expresa en una tendencia global a alejarse de las elecciones, en la menor adhesión y participación en el sistema partidario y en la atracción de figuras paternas que se presentan como “antisistema”.³⁴

Responsabilidad personal/responsabilidad del sistema. Internet está cambiando las formas de relación, ampliando las posibilidades de comunicación entre las personas y de control de sus actividades, permitiendo el acceso a una cantidad prácticamente infinita de información y de utilización para los más diversos fines — productivos, comerciales, militares, profesionales, científicos, criminales y de vigilancia estatal e interpersonal —, estableciendo nuevas formas de empleo y destruyendo otras. Internet transformó las formas de comunicación y de coordinación de las más diversas actividades sociales, que pasaron a ser mediadas por sistemas computacionales, cuyos algoritmos son desarrollados por empresas para fines comerciales o por los Estados para el control de la población, y que almacenan toda la información transmitida por los usuarios. Además del potencial peligro que representa la dependencia de sistemas centralizados, la tenden-

34 Solijonov, A. *Voter Turnout Trends Around the World*. Estocolmo: Idea, 2016. Disponible en: <www.idea.int/sites/default/files/publications/voter-turnout-trends-around-the-world.pdf>. Acceso en: 5 jun. 2019.

cia creciente será la des-responsabilización por las decisiones y por los errores. Hoy ya estamos acostumbrados a oír de las empresas, “lo sentimos mucho, fue un error del sistema”, respuesta que luego será empleada en relación a cualquier situación, desde errores de los gobiernos a los más diversos servicios profesionales.

Conectado/desconectado. La soledad, como experiencia de estar consigo mismo, reflexionando o mismo “sin tener lo qué hacer”, pasó a ser sustituida por el *multi-tasking*, la conexión constante con las redes sociales y de mensajes —, sea a lo largo del trabajo, sea durante la recreación, o mezclando ambos. Las personas están constantemente en la conexión con el “mundo exterior” tanto en el transcurso del horario, como de descanso. El fin de la “soledad”, no como sentimiento vacío, sino como momentos de concentración y reflexión, inclusive de lectura demorada de un libro, tiende a desaparecer por la “necesidad” de estar siempre accesible para responder cortos mensajes y ver imágenes en las redes sociales.

Relaciones monetarias y no monetarias. El capitalismo produce permanentemente nuevos productos, muchos de los cuales generan gastos mensuales (como teléfono celular para todos los miembros de la familia, acceso a internet y tv por cable, automóvil etc.), que alimentan las expectativas de consumo y que son potencializadas por la publicidad. En la sociedad de consumo, el dinero pasó a ocupar gran parte de las actividades sociales. No es que el ingreso no hay sido fundamental, y no se trata de idealizar un mundo sin dinero, pero buena parte de las relaciones sociales antes transitaban en n espacios menos monetizado. Hasta hace algunas décadas, los niños, incluso los de clase media, poseían pocos juguetes, que, a su vez, duraban más tiempo.

Culturas de “consumo de clase” delimitaban las expectativas de formas de vestir y alimentarse. Las subculturas de consumo de clase, fueron sustituidas por los espacios “universales” de la publicidad, de los supermercados y de las marcas famosas. Expectativas de consumo que difícilmente se cumplirán, y que encuentran sustitutos en los juegos de azar y en proyecciones e identificación con celebridades, que viven a todo lujo.

Si algunos bienes de consumo pueden ser considerados superfluos, expresión de distinción social o modismo, otros son condición de calidad de vida y necesarios para disfrutar de los avances civilizatorios. Mientras tanto, parte de la población gasta más allá de su ingreso, con tarjetas de crédito y préstamos bancarios, en una dinámica que lleva al endeudamiento privado y a la formación de burbujas que explotan periódicamente. Un estudio reciente indica que seis de diez

estadounidenses no poseen ahorros suficientes para pagar gastos de emergencia de entre quinientos y mil dólares.³⁵

Puede argumentarse que la sociedad de consumo es más igualitaria, pero al mismo tiempo, genera expectativas inalcanzables para gran parte de la población, que no puede pagar las cuentas del mes, incluso aquellos a los que ciertas estadísticas ponen en el 10% con mayor ingreso. Se trata de una corrida en la que el punto de llegada está siempre en movimiento, pues las necesidades nunca paran de crecer, y la incertidumbre acerca del futuro del empleo o de la jubilación es permanente.

Autoridad/jerarquía. Con el fin de las normas dictadas por la tradición, las sociedades modernas propiciaron el cuestionamiento de todas las formas sacramentadas de jerarquías sociales y de principios de autoridad. El individualismo igualitarista llevó a la desintegración de los sentimientos de deferencia — y a veces — temor en relación a los padres, las personas ancianas y, en general, a estructuras jerárquicas. La valorización de la individualidad y de la igualdad, la formación de culturas “generacionales”, las relaciones más igualitarias dentro de la familia, la pérdida del “áurea” de los políticos — cuya vida privada es escudriñada constantemente — y el cuestionamiento de los especialistas — catapultado por la búsqueda de informaciones y de diagnósticos alternativos en internet — disolvieron las jerarquías y la aceptación de la autoridad en los más diversos campos de la vida social.

La individualización creciente lleva a la personalización de todas las relaciones, sea en el seno de la familia, en el cual los padres deben estar atentos a las particularidades de sus hijos, sea en el sistema productivo y de servicios que diversifican de manera continua la oferta, buscando establecer una relación personal con el cliente. En las empresas, por lo menos las que dependen de la autonomía y de la creatividad de sus funcionarios, propagan que además del salario, la motivación personal y un buen ambiente de trabajo son fundamentales. Tendencia similar se presenta en los servicios públicos, en los que se exige que los profesores tomen en cuenta las particularidades de cada niño y adolescente, y los médicos, la de los pacientes.

La demanda por respeto — de niños, mujeres, minorías étnicas o religiosas, homosexuales y funcionarios subalternos — representa un paso importante en la

35 Vasel, K. “Six in Ten Americans Don't Have \$500 in Savings”, cnn, Nova York, 12 jan. 2017. Disponível em: <<https://money.cnn.com/2017/01/12/pf/americans-lack-of-savings/index.html>>. Acesso em: 7 maio 2020.

democratización de las relaciones sociales. Por otro lado, en algunos casos, el impulso libertario en vez de universalizar el respeto produce un narcisismo antisocial, que desconoce normas de civilidad y es incapaz de reconocer y aprender con los saberes y las experiencias de los otros.

Individualismo e igualitarismo. El capitalismo produce desigualdad y la democracia proclama la igualdad, pero ambos, de diferentes formas, fortalecen la valorización de la autonomía individual y del individualismo. Así, una de las paradojas de nuestro tiempo es que la penetración de la cultura económica liberal capitalista — que promueve el cálculo de ganancias y pérdidas en las relaciones personales, el egoísmo y el narcisismo — y una cultura de consumo que fomenta el deseo universal y el trato informal, fortalecen simultáneamente una cultura libertaria y, de cierta forma, igualitaria.

Una sociedad en la que las personas se orientan por el principio de “yo por encima de todo” no acepta jerarquías ni sumisión a cualquier norma o autoridad que se considere atenta a sus intereses o sensibilidad. El envío constante de fotos de dónde pasaron las vacaciones, de los platos degustados en los restaurantes y de los nuevos productos adquiridos, alimentan un universo donde todos quieren lo que otros tienen. De esta forma, se promueve un igualitarismo radical, que se orienta por “¿si los otros lo tienen por qué yo no lo tengo?”.

Heteronomía y autonomía. El individuo en la sociedad contemporánea es un ser que navega entre la heteronomía — la conducta y los deseos orientados por los deseos y por las expectativas de los otros — y la autonomía — la capacidad de decidir libremente basada en la reflexión y en sus propios juicios de valor. La oposición entre ambas solo aparece cuando la imposición externa es obvia, pero en la sociedad moderna la heteronomía actúa por la inducción, en general inconsciente, sea por la publicidad, sea por la envidia de querer vivir los “momentos de felicidad” posteados por los “amigos” en las redes sociales, que lleva a querer comprar más objetos y a tener “experiencias” que exigen una tarjeta de crédito o a abrir mano de la reflexión cerrándose en las burbujas producidas por las *fake news*. El gran desafío del sistema educativo es fortalecer la capacidad de actuar de forma autónoma.

Naturaleza/sociedad. La separación radical entre sociedad y naturaleza — sobre la cual se construyó el paradigma científico-tecnológico y la economía moderna, en el que la naturaleza representaba un objeto externo neutro a ser controlado y explotado —, está siendo sustituida, bajo influencia del movimiento ecológico,

por una visión en la cual el ser humano es parte integral y dependiente de un sistema mayor que debe ser preservado. En vez de una variable económica, cuyo precio es definido por el mercado, nuestra relación con la naturaleza necesita pasar, según Hans Jonas, por el “principio de la responsabilidad”. Para Jonas, nuestras acciones, inclusive en el ámbito económico, deben considerar no solo las consecuencias inmediatas, sino también sobre las próximas generaciones.

Frente a la desintegración de las fronteras institucionales y la transformación de las más diversas áreas de actividades, la capacidad explicativa de las ciencias sociales (como economía, psicología, ciencia política, sociología, educación, ciencias jurídicas y comunicación) se ve disminuida. Las disciplinas de las ciencias sociales desarrollaron sus marcos teóricos en la suposición de la existencia de subsistemas relativamente autónomos de la vida social. A medida que las fronteras son derrumbadas, producen una inestabilidad sistémica, que exige una visión de conjunto de la sociedad y extraña la especialización que caracteriza las diferentes disciplinas. El llamado a la interdisciplinariedad y a la complejidad, aunque válido, es de difícil realización, pues confronta tanto la inercia de los paradigmas establecidos, como la falta de modelos de causalidad capaces de responder a las complejas realidades de las sociedades contemporáneas.

9. LA CONVIVENCIA DEMOCRÁTICA COMO “POLITEÍSMO” DE VALORES

“Valor” es un concepto polisémico, esto es, que posee varios significados. Sin embargo, todos ellos se refieren a criterios que permiten discernir, comparar cualidades y hacer juicios; en el caso de los valores morales — que orientan la conducta personal — y éticos — que orientan la convivencia en el espacio público —, nos dicen lo que es correcto o incorrecto. Los valores expresan sentimientos, raciocinios y capacidad de relacionarse emocionalmente con los demás con un objetivo práctico: indicar el rumbo y tomar decisiones en nuestra convivencia social.

Los valores morales y los éticos se relacionan, pero no seuxtaponen. Los valores éticos en las sociedades democráticas, muchos de los cuales se integran en las normas legales, guían nuestra conducta como ciudadanos o como grupos profesionales, y son universales, esto implica que deben ser aplicados de forma similar para todos (lo anterior no significa que todas las normas legales tienen un fundamento en la ética). Por ejemplo, los funcionarios públicos necesitan relacionarse con los ciudadanos, independientemente de cualquier sentimiento subjetivo, y todos deben ser tratados con la misma civilidad. La impersonalidad en la aplicación de los valores éticos es bastante difícil de alcanzar, ya que exige suspender afectos e intereses personales y demanda una cultura cívica que discipline nuestras emociones e identidades de grupo.

Los valores morales, incluyen dimensiones del ámbito de nuestra intimidad, como respeto, amor al prójimo, responsabilidad y generosidad. La forma en que los aplicamos no es disociable de lazos particulares, tal como los familiares y la amistad, o incluso de relaciones que nos interesa cultivar. Por ejemplo, la solidaridad no puede ser separada de la dimensión subjetiva individual, porque incluso teniendo sentimientos de fraternidad con el resto de las personas, nuestra sensibilidad por las necesidades de los otros es formada por círculos concéntricos que aumentan de intensidad a medida que nos aproximamos a aquellos que forman parte de nuestro grupo inmediato.

Vida, libertad, igualdad, fraternidad, justicia, individualismo, seguridad, libre iniciativa, solidaridad, propiedad privada, nación y derechos humanos son valores presentes en el repertorio de las constituciones de todas las sociedades, capitalistas democráticas contemporáneas. Aplicados a situaciones concretas, estos valores

pueden entrar en conflicto entre sí. Como consecuencia, tanto la vida personal como la organización de la sociedad exigen que los valores sean jerarquizados y/o dosificados de acuerdo con las circunstancias.

La convivencia democrática se fundamenta en el reconocimiento de que los individuos lidian con una variedad de valores que pueden presentar consecuencias antinómicas en situaciones concretas, y cabe a cada uno negociar desde su propia subjetividad y colectivamente, una “síntesis” que siempre será precaria y contextual.

Solo para dar algunos ejemplos: “no matarás” abre excepciones para el homicidio en legítima defensa; la vacunación obligatoria se antepone a los individuos que la consideran una imposición y un atentado a su libertad de elección; los servicios necesarios para el bien común deben ser financiados vía impuestos, limitando así el derecho a la propiedad privada. Además, la defensa del consumidor, la regulación pública de los terrenos urbanos, del sistema financiero y del uso de medicamentos; o el control de la polución, entre muchas otras formas de intervención del poder público, imponen límites a la libertad individual y a la libre iniciativa.

El óptimo democrático supone convivir con el sub-óptimo de cada valor. Esto permite la convivencia de diversos valores viables y su complementariedad, ya que una sociedad que busca maximizar un único valor tiende a autodestruirse. Basta con imaginar lo que serían la vida individual o nacional si se organizaran en torno a un valor único: serían inviables. Como enseña la teoría de los sistemas, cuanto más criterio somos capaces de tomar en consideración para organizar nuestras vidas, mejor será la solución encontrada. Esto vale igualmente para los mecanismos de organización de la sociedad: ninguna sociedad puede organizarse únicamente en términos de mecanismos de mercado, del sistema de mando jerárquico de las Fuerzas Armadas, de reglas burocráticas anónimas, del intercambio infinito de opiniones entre científicos, de relaciones asimétricas entre padres e hijos, de relaciones de amistad, etcétera.

Ni los individuos, ni las sociedades son capaces de orientarse por un único valor, a no ser en casos de santos que consiguen neutralizar sus egos, de conductas patológicas, o de sociedades sometidas a regímenes totalitarios. Inclusive los religiosos ortodoxos deben escoger, en la práctica, cómo aplicar la gama de valores y de orientaciones ofrecidas por los textos sagrados. Cuando los regímenes políticos buscan imponer un valor único — como el colectivismo estatizante, nacionalismo xenofóbico, individualismo desenfrenado o el fundamentalismo religioso —, deben hacer uso sistemático de mecanismos represivos para “eliminar” otros valores que permanecen vivos, a pesar de estar censurados.

La pluralidad de valores y la reflexión son concomitantes. Reflexionamos porque ninguna situación es unívoca y exige decisiones que llevan en consideración ganancias y pérdidas, no sólo económicas sino morales y afectivas. En situaciones extremas, como en tiempos de guerra, vencer al enemigo puede convertirse en el valor principal del imaginario colectivo. Pero en tiempos de paz, solo las ideologías totalitarias y políticos demagogos proclaman y promueven un único valor. No es casual que los discursos autoritarios buscan crear un clima de “estado de guerra”.

La vida en sociedad exige educarnos para considerar valores múltiples, que incluyen varias capas de identidad y de intereses personales (del propio individuo, de su familia, de amigos, del país, de la profesión, de los que comparten nuestras creencias religiosas o ideológicas, etcétera). La negociación entre valores es tanto objeto de la vida política democrática, cuanto el fundamento de la autonomía de las personas. **Juzgar es la capacidad de, en cada situación, sopesar valores diferentes y tomar una decisión, que siempre tendrá algo de arbitraria ya que implicará sacrificar en alguna medida principios que nos son valiosos.** Mediar y negociar el conflicto y la complementariedad entre valores distintos, encontrando respuestas capaces de movilizar el apoyo de la sociedad, es el objetivo de la vida política.

Conceptos muy genéricos, polisémicos e interrelacionados entre sí, los valores son un campo minado cuando buscamos definirlos de manera rigurosa. En la práctica, es en cada situación concreta que ellos nos colocan dilemas, y en buena medida se definen en forma negativa, esto es, por lo que no queremos.

Si, por ejemplo, tomamos el caso de la libertad, enfrentamos una bibliografía monumental que sigue creciendo, de autores que continúan polemizando sobre la mejor forma de definirla. Una definición liberal clásica enfatiza la libertad como el derecho a la autonomía, a actuar sin sufrir coerción o presiones, y en la cual el papel del Estado se reduciría a asegurar que la libertad de unos no interfiera en la libertad de otros; una definición minimalista que exige, sin embargo, que los ciudadanos determinen las reglas por las cuales “la libertad de unos no interfiera en la libertad de otros”. Lo que nos lleva a la concepción de libertad republicana, en la cual el ciudadano, para asegurar sus derechos y obligaciones comunes, debe participar de la vida pública, responsabilizándose por el bien común. Sucede que el bien común no se reduce a la libertad abstracta del individuo, con independencia de las condiciones sociales en las cuales se vive. La libertad, como argumentó el premio Nobel de economía, Amartya Sen, solo tiene sentido cuando están aseguradas las condiciones básicas que permiten actuar con autonomía, lo que exige el desarrollo de las capacidades personales. ¿Cuál es el sentido de la autonomía para alguien que no tuvo acceso a la educación o

que no gana lo suficiente para comprar comida o medicinas para sus hijos? Volvemos al papel del Estado, inicialmente limitado en sus atribuciones para que no se transforme en opresor de la libertad, ahora transformado en proveedor de servicios públicos que garanticen las condiciones básicas para que el conjunto de los ciudadanos pueda actuar de forma autónoma.

VALORES E INTERESES

En la comunicación cotidiana las personas tienden a oponer intereses y valores. Hacer algo por interés significa que orientamos nuestra conducta por un cálculo racional para obtener un beneficio personal, en general de orden material, mientras quien se orienta por valores estaría preocupado por el bien común.

Esa visión está asociada a una interpretación de la conducta humana en la cual el interés sería algo “natural”, que emerge de la condición humana, mientras los valores exigen un esfuerzo particular, cualidades extraordinarias. En realidad, durante buena parte de la historia humana, hasta hace poco, las personas se orientaban por pasiones, creencias y valores que no implicaban un cálculo racional de beneficio propio. La mayoría de las personas estaba movilizada — inclusive dieron sus vidas — por valores religiosos, por la honra, la patria, la gloria, un líder, por pasiones y por tantas otras causas que emergieron con el surgimiento de la humanidad.

Interés, en su acepción cotidiana más usada, se refiere a la ganancia personal monetaria por haber prestado parte de mi riqueza a alguien que necesita de ese recurso. La pregunta en la relación del préstamo mediada por intereses es: ¿cuál es mi ganancia monetaria con eso? En contextos tradicionales, las respuestas a un préstamo podrían ser: reconocimiento social, la constitución de una relación de dependencia o de reciprocidad, el cumplimiento de un mandato divino o recepción de un favor de los dioses, o una recompensa después de la muerte, hasta la simple satisfacción de ayudar a alguien.

En el mundo capitalista, la idea de interés está asociada particularmente a la idea de préstamo con intereses y en general al de ganancia monetaria. Pero otros significados de la palabra interés continúan vigentes. El interés público, el interés nacional o el interés como vocación o incluso como curiosidad, no son una extensión de la ganancia material. Cuando pensamos en personas queridas, nos preocupamos por sus intereses (en el sentido de lo que interesa en forma amplia) y no por los nuestros (por ejemplo, al desear que un hijo sea feliz y siga sus intereses y no los deseos de

sus padres). En realidad, apenas en la era moderna la capacidad de reflexionar y de deslindar entre nuestros intereses (en sus más variadas acepciones) y los de otros, fue posible cuando nos asumimos como seres libres que deben seguir sus preferencias, y así entender nuestra singularidad y la de nuestros semejantes.

El concepto “interés” es mucho más multifacético que aquel dominante en el uso cotidiano. Nos estaríamos refiriendo a la simple afirmación de que todo lo que hacemos parte de nuestro universo mental, de aquello que nos “interesa”, y no que buscamos maximizar el beneficio o la utilidad personal. Si “actuar por interés” se refiere al hecho de que cada persona hace aquello que está de acuerdo con sus creencias, y de alguna forma eso trae algún tipo de satisfacción, entonces incluye situaciones en que pueden generar dolor, sufrimiento o muerte. Por consecuencia, todos los seres humanos, inclusive los santos altruistas, actúan por “interés”.

Lo que denominamos interés monetario personal es, en realidad, un **valor** que sólo se consolidó en los últimos siglos vinculado al desarrollo de las relaciones capitalistas. Apenas en el contexto de esas relaciones, emerge una visión del individuo que se orientaría solamente por el cálculo racional de las ganancias económicas personales en sus transacciones sociales. Está claro que ese valor forma parte de la conducta de las personas en la sociedad contemporánea, pero otros valores siguen orientando nuestras elecciones, inclusive en el orden comercial: desde la confianza en la empresa o en el proveedor del servicio, hasta el impacto de la publicidad o de los hábitos.

Cada elección que realizamos es producto de un amplio repertorio de criterios, que se modifican constantemente de acuerdo con contextos personales y sociales. Las consideraciones afectivas permean las relaciones familiares o de amistad en las cuales la solidaridad y la empatía son valores fundamentales y constituyen una parte integral del bienestar personal. La transferencia del modelo surgido en el ámbito económico, de individuos que maximizan sus ganancias, hacia el ámbito social o hacia el espacio público, es especialmente problemática. La valorización única de la ganancia personal y de la satisfacción hedonista inmediata llevaría a la descomposición de los lazos sociales y colocaría en riesgo el funcionamiento de la propia sociedad capitalista, la cual depende, sobretodo, de la cooperación. Casi todos nuestros actos y supervivencia están sujetos a la acción de diversas personas que hacen que nuestro cotidiano sea posible, y quedaríamos paralizados o paranoicos si sospecháramos que los otros sólo están preocupados con obtener una ganancia personal, sin que tomen en cuenta valores como la responsabilidad, lazos de convivencia y preocupación con el bienestar colectivo.

En la participación política y electoral, la consideración del beneficio personal ocupa ciertamente un papel, pero sin dudas no es el único criterio. Por ejemplo, algunos autores argumentan que votar, en términos de cálculo racional, sería una pérdida de tiempo ya que el peso del voto individual es insignificante. Sin embargo, difícilmente alguien participa de una elección calculando la importancia relativa de su voto; la persona que vota lo hace porque se siente responsable por el destino de su comunidad, porque se siente empoderado para expresar sus preferencias, porque participa de un evento que influenciará su vida y del cual quiere ser parte, y/o porque desea compartir una fiesta cívica. Ninguna de esas razones es del orden del individuo que calcula costos y beneficios, y sí valores asociados a participar de una comunidad. Por otra parte, quien se abstiene de votar no lo hace como resultado de un cálculo racional, sino por la pérdida de confianza y apatía en relación a las alternativas ofrecidas por el sistema político.

La noción de interés originado en las relaciones de intercambio mercantil puede, sin embargo, tener un significado distinto del que le concede el sentido común o del utilizado por economistas, si lo asociamos a la manera en que conviven los valores en el espacio público democrático. En ese sentido, el interés se refiere al uso del cálculo racional, que permite que valores cualitativos e indivisibles puedan ser desagregados en términos prácticos y cuantificables, y de esa forma negociados en la confrontación con otros valores. Bajo esa perspectiva, los intereses son la traducción de valores en sus consecuencias prácticas, lo que permite que puedan ser negociados en la esfera pública, de manera racional, y validados por las consecuencias que producen. El desafío de transformar valores en intereses no implica abandono o dilución de nuestros valores, pero sí que seamos capaces de transformarlos en propuestas prácticas que pueden ser objeto de negociación en conflictos de intereses promovidos por otros valores.

Para que los valores distintos convivan de manera pacífica no pueden ser postulados como absolutos, porque implicaría negar la legitimidad de aquellos que piensan diferente para participar como iguales en la esfera pública. Los conflictos de valores son o no resolubles en función de la forma en que son elaborados por las narrativas políticas. Por ejemplo, ideologías de derecha e izquierda presentaron por mucho tiempo el conflicto entre capital y trabajo como una confrontación antagónica, que para unos exigía la prohibición de los sindicatos y de los partidos políticos que representaban reivindicaciones del mundo laboral, y para otros la eliminación de la propiedad privada y del mercado. El capitalismo democrático no eliminó el conflicto de clases, pero transformó los términos en los cuales era percibido, llevando a soluciones negociadas que modificaron profundamente a las dos partes y al conjunto de la sociedad.

El papel de las ideologías políticas es el de formatear nuestros valores de en torno a una visión de sociedad deseable, definiendo prioridades y, sobretudo, indicando hacia dónde nos dirigimos. Constituyen respuestas en las cuales los valores son mezclado y dosificados de forma diferente por cada ideología política, produciendo una diversidad de combinaciones.

Muchas de esas combinaciones pueden parecer bizarras, como las políticas sociales pioneras desarrolladas por el canciller conservador Otto von Bismarck al servicio del emperador de Prusia, a fines del siglo XIX, o las reformas sociales del presidente Franklin D. Roosevelt en el siglo XX, que fueron consideradas “comunistas” por la oposición. Incluso Hitler, que veía en el capitalismo una afinidad mayor con su ideal de “supervivencia del más fuerte”, eliminando a los sindicatos, pero manteniendo muchos de los derechos adquiridos por los trabajadores alemanes. Y más recientemente tenemos al “capitalismo bajo la dirección del Partido Comunista”, como en China y Vietnam. En realidad, todos los regímenes políticos y todos los gobiernos presentan formas “bizarras” de organización de las relaciones entre el Estado y la sociedad, pues son obligados a encontrar soluciones prácticas —no siempre asumidas de forma clara por el discurso ideológico— al conflicto de valores inherente a la vida social.

La enorme variedad de voces de la sociedad produce incertidumbre, sea por el reconocimiento de la legitimidad del conflicto de valores y de intereses, sea por los mecanismos institucionales que permiten la convivencia y la búsqueda de soluciones pacíficas. Si las soluciones encontradas son precarias y mutantes, la diversidad de opiniones impulsa a la sociedad a producir nuevas respuestas y encontrar soluciones creativas.

“POLITEÍSMO” DE VALORES

“Politeísmo” es un concepto usado por diversos autores, como el papa Benedicto xvi,³⁶ Max Weber³⁷ y Richard Rorty³⁸ para describir un mundo en el cual los individuos se orientan por múltiples valores que dan sentido a sus vidas. Para el papa Benedicto xvi se trata de un fenómeno negativo, pues se habría perdido la unidad del sentido de la vida dada por el monoteísmo católico; mientras para Weber, la noción de “politeísmo” de valores fue elaborada en contraposición — generalmente más implícita que explícita — a los pensadores socialistas. Según Weber, la creencia de que la sociedad es capaz de orientarse por un único valor es irreal, criticando la visión de los socialistas que argumentaban que era posible construir una sociedad fundada apenas en valores solidarios. Pensadores como Norberto Bobbio y Leszek Kołakowski colocaron la antinomia de valores en el centro de sus filosofías políticas, y Rorty argumentó que el “politeísmo” de valores y la visión del mundo más adecuada a una perspectiva democrática, permitiendo el respeto al pluralismo y la autonomía de cada individuo.

Como Weber y Rorty, hablamos de “politeísmo” en un sentido metafórico. Por lo tanto, la noción de “politeísmo”, tal como es usada en este texto, no tiene nada que decir sobre la existencia o no de un único dios ni supone que los monoteísmos religiosos³⁹ no tengan un lugar en un mundo orientado por el “politeísmo” de valores, o que el “politeísmo” contemporáneo sea similar al de la Antigüedad. Por el contrario, en un mundo orientado por el “politeísmo” de valores, el monoteísmo religioso no está excluido, pero acepta que en el universo de creencias, las religiosas puedan coexistir con diversas creencias, sistemas de valores y sentidos de la vida. Así el “politeísmo” de valores es simplemente el reconocimiento de que la convivencia en sociedades democráticas debe asumir que no existe un único valor que pueda ser la base moral y medida de todas las decisiones.

36 Sandro Magister, “The New Polytheism and its Tempter Idols”. Disponible en: <<http://chiesa.espresso.repubblica.it/articolo/1345887?eng=y>>. Acceso en: 12 feb. 2019.

37 Ver Weber, M. “Science as a Vocation”. In: Gerth, H. H.; Wright Mills, C. (Orgs.). *From Max Weber: Essays in Sociology*. Nova York: Oxford University Press, 1948; Weber, M. “The Meaning of ‘Ethical Neutrality’ in Sociology and Economics”. In: Shils, E. A.; Finch, H. A. (Orgs.) *The Methodology of the Social Sciences*. Illinois: The Free Press of Glencoe, 1949. Ver también Freund, J. “Le Polythéisme chez Max Weber”, *Persée*, Lyon, v. 61, pp. 51-61, 1986. Disponible en: <www.persee.fr/doc/assr_0335-5985_1986_num_61_1_2384>. Acceso en: 7 mayo 2020.

38 Rorty, R. “Pragmatism as Romantic Polytheism”, *The New York Times*, Nova York. Disponible en: <www.nytimes.com/books/first/d/dickstein-pragmatism.html>. Acceso en: 6 feb. 2019.

39 Esto es, doctrinas reveladas por dios para individuos singulares de cuál sería su expectativas sobre lo correcto y lo incorrecta, es el camino de la salvación de las almas.

El “politeísmo” moderno transfiere al individuo la responsabilidad y el derecho de definir la forma cómo hará sus elecciones, teniendo como única limitación las interdicciones legales. Por lo tanto la valorización del “politeísmo” no debe ser tomada como una propuesta de retorno al pasado, pues el “politeísmo” moderno se sustenta en otro contexto sociocultural y político.

Años atrás, las dimensiones mágicas y mitológicas permeaban todos los aspectos de la vida social. En los tiempos modernos, la diferenciación institucional y el papel de la legitimación científica y de la libre argumentación fundamentada en la razón, limitaron el espacio de las creencias trascendentales al ámbito privado. El politeísmo en la Antigüedad era producto de un sistema de creencias que aceptaba múltiples dioses como parte de la tradición, y no en nombre de la libertad individual y del pluralismo que sustentan la cultura occidental. En el al politeísmo tradicional la diversidad de valores y las motivaciones eran atribuidas a dioses diferentes, cada uno representando una cualidad particular, actuando sobre el destino colectivo e individual; en el moderno, son los individuos que asumen sus valores y pasiones como elecciones personales, y, por lo tanto, son responsables de sus actos.

El desafío de la sociedad democrática moderna, como argumenta Rorty, es completar el proceso de secularización iniciado en el Renacimiento, superando los resquicios de “monoteísmo” político secular, que sustituyó a la omnipotencia divina por la omnipotencia humana y que vuelve a expresarse en ideologías políticas autoritarias, que muchas veces hacen uso de símbolos religiosos para legitimarse. Nada indica que el ideal de Rorty se concretará, por lo menos hasta donde el horizonte actual permite avizorar. Por el contrario, como vimos en los capítulos precedentes, vivimos un retorno de los monoteísmos de valores seculares, mezclados —muchas veces— a los monoteísmos de valores religiosos.

LA DIFÍCIL SUPERACIÓN DEL MONOTEÍSMO DE VALORES

En las sociedades politeístas, el culto a varios dioses suponía que todas las creencias eran verdaderas, y el visitante que entrara en una ciudad ofrendaba a los dioses locales con presentes como demostración de respeto. Vale recordar que, en el mundo

greco-romano, los judíos primero y los cristianos después, eran considerados ateos, pues negaban la existencia de los otros dioses.⁴⁰

Las religiones monoteístas denunciaban a cualquier otra creencia religiosa como paganismo, y por consecuencia enemiga de la única verdad, fuente de salvación de las almas. El monoteísmo instauró una separación absoluta y maniquea entre creyentes y no creyentes — definiendo como heréticos a quienes divergían de la interpretación oficial, como es el caso hasta hoy de la iglesia católica en relación al protestantismo, a pesar de los esfuerzos recientes de aproximación ecuménica—, que daba derecho a convertir por la fuerza o a eliminar a los disidentes.

Los monoteísmos institucionalizados por el judaísmo, por el cristianismo y por el islamismo, hasta por lo menos el siglo XIX, cuando surgieron corrientes revisionistas en cada una de ellas, se fundaron en una versión particular de la libertad humana, distante de la moderna. El dilema era reducido a una elección única: el camino de Dios o del pecado. Quién define qué es o qué no es la voluntad de Dios, no es la interpretación que cada persona hace de las escrituras sagradas o de la figura divina (que va desde versiones altamente abstractas de Dios y del sentido de la fe, hasta visiones antropomórficas que incluyen diversas entidades ultraterrenas, entre ellas el diablo y los ángeles), pero la versión oficial — inclusive en el protestantismo — de aquellos que poseen el monopolio de interpretarla (padres, pastores, rabinos, hermanas). Hacer el “bien” o el “mal” en el monoteísmo religioso se asociaba a recompensas y castigos divinos, en la mayoría de las veces en el más allá; mientras en la modernidad, los valores se justifican en nombre de las decisiones subjetivas y de la responsabilidad de cada individuo.

La formación del mundo moderno y el proceso de secularización fueron convergentes, llevando a que la producción de verdades, de normas y de sentidos de vida dejaran de ser monopolizados por el clero, que podía castigar cualquier acto considerado herético. En París, cerca de la iglesia de Montmartre, como recuerdo de aquellos tiempos, es posible encontrar la estatua de Jean-François Lefebvre de La Barre, el caballero de 21 años que, en el siglo XVIII, fue condenado a que sus huesos fueran quebrados hasta confesar el crimen de no haberse sacado el sombrero y arrodillarse

40 El monoteísmo israelí, en su primera fase, no negaba la existencia de otros dioses. La Biblia nombra a Dios usando el plural (Elohim - dioses) y menciona otras deidades, siendo el dios de Israel el más poderoso, como aparece en la imagen de la confrontación de Moisés con los sacerdotes del Faraón, y varias referencias de ofrendas a otras deidades. Durante mucho tiempo, el judaísmo fue una monolatría, que reconoció la existencia, pero prohibía la adoración de otros dioses, hasta que se convirtió en un monoteísmo en el que ya no se reconoce la existencia de otro dios.

al paso de una procesión religiosa. Le cortaron la lengua y la mano derecha, fue decapitado y sus cenizas lanzadas al viento.

La secularización fue un largo proceso, aún en marcha, de formación de una cultura política y de instituciones en las cuales el poder no se legitima por delegación divina sino como expresión de la voluntad popular, en la cual los individuos tienen el derecho a pensar y a expresar sus ideas libremente, con la religión pasando a ser considerada un asunto privado.⁴¹ La modernidad democráticas no excluye al monoteísmo religioso; en realidad, en vez de eliminar la religión, el mundo moderno la liberó de las amarras y deformaciones producidas por su asociación con el poder político, permitiendo cada individuo negociar, desde su subjetividad, el espacio que la religión debe ocupar en su universo de creencias.

Ese pasaje implicó un profundo cambio de valores, en el cual se aprecia la duda y no la certeza, la curiosidad en lugar del dogma, la libre elección en lugar de la imposición externa, la voluntad individual en lugar de la divina, la realidad mundana en lugar de la trascendental. Se sustituyó a la resignación frente al “destino” — que se encuentra en las “manos de Dios” — por el activismo colectivo, por la responsabilidad personal y la autorrealización; y la recompensa que se obtendría en la “vida después de la muerte” dio lugar a la búsqueda de la felicidad (o disminución del sufrimiento) en este mundo. El derecho moderno elabora normas que pueden ser alteradas por la voluntad del pueblo, y no principios inmutables definidos en los textos sagrados. La modernidad, tanto a nivel científico, artístico como empresarial, valoriza la creatividad, la innovación y el cuestionamiento de las verdades establecidas.

La transferencia hacia el individuo de la responsabilidad de definir su “sentido” de vida, puso en el centro de la vida social un nuevo valor, el de la libertad de búsqueda de la verdad dentro de la conciencia de cada uno y de expresarla públicamente, sin miedo de castigo externo.

En Europa, la formación de sociedades seculares estuvo impregnada por luchas contra el poder de la Iglesia de decidir cuál pensamiento podía ser censurado, además de la codicia de los Estados por su enorme fortuna en tierras. El caso de los Estados Unidos fue diferente, pues se trata de un país formado en su origen por religiosos cristianos “heréticos”, esto es, perseguidos por la iglesia oficial, dejando como legado

41 La extensa obra de Marcel Gauchet presenta un amplio panorama histórico de ese proceso. En una perspectiva diferente, ver también Taylor, C. *A Secular Age*. Cambridge, ma: Harvard University Press, 2007.

una visión en la cual el derecho a la libertad era producto de la voluntad divina.⁴² Así como por un lado es una sociedad profundamente libertaria y propone la separación entre iglesia y Estado, por otro, Dios es mencionado en la Constitución del país y está impreso en cada dólar (*In God we Trust*, traducción del acrónimo hebreo: Amén). La cultura política de los padres fundadores de los Estados Unidos produjo una curiosa síntesis, la voluntad de Dios es que se haga la voluntad de las personas, y la búsqueda de felicidad terrenal substituye al reino de los cielos.

Las ideologías políticas seculares no rompieron del todo con las expectativas asociadas a la tradición religiosa. El paraíso fue sustituido por la realización de utopías en este mundo, y la omnipotencia divina por la creencia en el progreso y en el poder de la razón y de la ciencia de resolver todos los problemas que nos afligen. La modernidad produjo sus mitos y cultos, y en los siglos XIX y XX, las grandes ideologías y filosofías políticas mantuvieron estructuras discursivas y expectativas que de alguna manera buscaban presentarse como alternativas al universo religioso. En sus versiones más extremas, totalitarias, las semejanzas son aún mayores. En los regímenes comunistas, por ejemplo, textos fueron sacralizados y sus autores santificados, y el partido o el líder político pasó a tener el monopolio de la interpretación de la verdad. A pesar de eso, en la medida en que estaban imbuidos de los valores de la modernidad, los monoteísmos seculares debían validar sus promesas en este mundo, y no después de la muerte, pudiendo ser desmentidos por los hechos, limitando su longevidad.

La transferencia de categorías religiosas hacia el campo de la política, por parte de líderes e ideologías autoritarias, se expresa en la utilización implícita o explícita de la oposición entre lo puro o impuro. Puro es el partido político, el líder y los valores que ellos representan (nación, clase, pueblo). Todo se justifica en nombre del bien mayor. Los impuros son el resto, y cualquier contacto con ellos contamina, y por eso deben ser demonizados, aislados y, de ser posible, expulsados de la convivencia social.

Algunos autores perciben en la continuidad entre prácticas religiosas y las ideologías políticas seculares, una incapacidad de la modernidad de legitimarse fuera del marco de la tradición judeocristiana y de romper con la tradición religiosa.⁴³ Obviamente eso representa una exageración, porque ninguna ideología política moderna — y menos aún en los regímenes democráticos — puede ser reducida a los elementos

42 La mayoría de los "padres fundadores", que redactaron la Constitución de los Estados Unidos, eran deístas (creían en la existencia de un dios que creó el universo), pero no asociaron ninguna revelación particular con él.

43 Carl Schmitt es posiblemente el representante más importante de esta corriente.

de continuidad con el monoteísmo religioso. En el mejor de los casos es posible argumentar que en la política moderna permanecen los elementos míticos y mágicos existentes en todas las sociedades.

La crítica a los elementos de continuidad entre las religiones monoteístas y los monoteísmos seculares son relevantes en la medida en que nos recuerdan de los peligros y de los desafíos que las sociedades democráticas contemporáneas enfrentan, y la necesidad de profundizar el rompimiento con el monoteísmo de valores, aún manifiestas tanto en las ideologías políticas seculares como en el integrista religioso.

LOS VALORES DE LA MODERNIDAD

A pesar de que los valores de las democracias liberales contemporáneas parecen un conjunto coherente, surgieron en momentos distintos de la historia y se fueron influenciando mutuamente. El período histórico que abarcan los últimos seiscientos años fue de ascensión del capitalismo, pero también de diversos valores que no pueden ser reducidos ni deducidos de las exigencias del nuevo modelo de producción, que se establece efectivamente con la Revolución Industrial, en la segunda mitad del siglo XVIII.

Entre los diversos procesos que dieron lugar a la diversidad de valores del mundo moderno, podemos enumerar entre los más importantes:

- 1) El pensamiento y el arte humanista que se expanden a partir del Renacimiento italiano en el siglo XIV, y que retoman la tradición clásica helénica de valorización de la curiosidad y de la racionalidad, poniendo al ser humano, su cuerpo y la naturaleza en el centro de sus preocupaciones.
- 2) La revolución científica, que busca explicaciones sobre los fenómenos naturales y sociales, sin referencia a las fuerzas trascendentales, a través de la libre confrontación de hipótesis y de la investigación empírica, llevando a la formación de instituciones académicas autónomas, antes dominadas por el clero.
- 3) La producción masiva de libros, gracias a la imprenta, que promovió la alfabetización, permitiendo por primera vez, desde la invención de la escritura, el acceso de amplios sectores de la población a la lectura, creando un mercado para escritores y permitiendo el surgimiento del periodismo.
- 4) El protestantismo, que rompió la hegemonía cultural de la Iglesia católica, y su teología abrió n paso a una nueva forma de individualismo. La expansión del

protestantismo, que dio lugar a las guerras religiosas del siglo XVII, llevó a los Estados a tolerar la pluralidad de creencias.

- 5) La formación del sistema de Estados nacionales soberanos como la unidad básica del sistema internacional que comenzó durante el tratado llamado Paz de Westfalia, de 1648, y que culminó en la formación de la Organización de las Naciones Unidas, en 1945, fundada bajo el principio de autodeterminación de los pueblos.
- 6) La autonomía de los individuos y su capacidad para guiarse por la razón y los sentidos, promovida por el pensamiento filosófico racionalista e iluminista desde el siglo XVII, por autores como René Descartes, John Locke, David Hume, Baruch Spinoza e Immanuel Kant.
- 7) El principio republicano de soberanía popular que eliminó los privilegios de la aristocracia y afirmó la soberanía del pueblo, formado por ciudadanos, como la única fuente de legitimidad del poder político. Principio que se aplicó inicialmente en la independencia de los Estados Unidos en 1776, luego en la Revolución Francesa, en 1789, y en las repúblicas latinoamericanas a principios del siglo XIX.
- 8) El capitalismo como un conjunto de valores que incluye la inviolabilidad de la propiedad privada, la producción, el intercambio organizado por las relaciones contractuales entre personas físicas y jurídicas y la obtención de ganancias como objetivo de la actividad empresarial.

Los diferentes valores, asociados con campos de actividad especializados, han generado esferas de poder, subsistemas con sus propias reglas que los separan y los protegen de la influencia de otros. Así, el campo científico, el periodismo, el sistema legal, el servicio público y los sistemas políticos, por ejemplo, se han institucionalizado como áreas con normas y principios éticos diferenciados.

Al mismo tiempo que cada campo de actividad tiene una genealogía particular, se influyen constantemente entre sí. Por ejemplo, la revolución científica que surge en el siglo XIV con el Renacimiento, fue promovida por las monarquías absolutistas, que crearon academias de ciencias en el siglo XVII, y se consolidó por el avance del secularismo. Sin embargo, vale la pena recordar que fue un proceso lento: el dominicano Giordano Bruno fue quemado en la hoguera en 1600, mientras que Galileo se salvó al abjurar de que la Tierra era redonda. Una buena parte de los filósofos más importantes, como René Descartes e Immanuel Kant, o escritores como Émile Zola y Nikos Kazantzákis ingresaron en el *Index Librorum Prohibitorum*, la lista de libros prohibidos por la iglesia católica.

Muchas instituciones que asociamos con la democracia capitalista, como la división de poderes y la soberanía popular, fueron producto de teorías políticas y luchas sociales que precedieron a la Revolución Industrial. Ese proceso se extendió desde la Carta Magna inglesa de 1215, que limitaba los poderes del rey, hasta el avance de los procesos de secularización en la esfera del pensamiento filosófico y la confrontación con las monarquías absolutistas.

Un largo proceso histórico de luchas sociales, políticas y culturales, con avances y retrocesos, así como guerras extremadamente violentas, produjeron transformaciones socioeconómicas, políticas y culturales que modelaron al mundo contemporáneo. Parte de estos procesos tuvo su epicentro en Europa, pero fue influenciado por transformaciones políticas en otras partes del mundo, como la independencia de los Estados Unidos, la Revolución Rusa, las luchas anticolonialistas y las guerras mundiales. El hecho de que la modernidad haya irrumpido en un espacio (en Europa) y en un tiempo común (en los últimos cinco siglos) ha producido una extensa bibliografía sobre las razones de del surgimiento de la llamada civilización occidental y sobre si podría haber sucedido en otros lugares. Aunque se trate de un debate interesante, las hipótesis se sustentan en un esfuerzo de imaginación contra factual, ya que no pueden ser comprobadas. El hecho es que fueron las innovaciones surgidas en Europa que alteraron todas las culturas locales de manera radical, llevando a la globalización del mundo contemporáneo.

LA FRAGILIDAD DE LOS VALORES

La creatividad, la imaginación, el pensamiento, los deseos y las emociones humanas permanecen, en gran medida, fuera del alcance explicativo del pensamiento científico. Varias disciplinas y corrientes de pensamiento indican aspectos relevantes del funcionamiento de la mente humana, pero se mantienen como un archipiélago de saberes que poco se comunican entre sí, con sus fronteras patrulladas por los defensores de cada teoría.

Las diferentes corrientes de la psicología han desarrollado hipótesis relevantes para caracterizar los mecanismos mentales que están presentes en el desarrollo de las personas y en sus interacciones sociales, como el papel del condicionamiento externo explorado por el conductismo; la importancia de los mecanismos inconscientes y de la primera infancia por el psicoanálisis; el desarrollo de las facultades intelectuales y los procesos de aprendizaje por parte de la escuela cognitivista; las estructuras del lenguaje por la lingüística; los componentes heredados de nuestra herencia animal a

través de la psicología evolucionista; y los diferentes sesgos cognitivos estudiados por los psicólogos sociales. El estudio del comportamiento de los agentes económico llevó a cuestionar la imagen del *homo economicus*, como alguien capaz de procesar una cantidad infinita de informaciones y de tomar decisiones racionales. La sociología muestra cómo la libertad individual está impregnada de condicionantes sociales, inclusive cómo los mercados dependen de la confianza interpersonal y el acceso a las redes sociales que filtran y hacen circular la información de acuerdo con los lazos sociales.

Más recientemente, la neurociencia ha avanzado en el análisis de la asociación entre diferentes actividades y estados mentales con la movilización de procesos neuronales y bioquímicos. El estudio de la inteligencia artificial pasó a ocupar un lugar central en la investigación sobre la mente humana, y varios autores consideraron que será capaz de reemplazar la inteligencia humana, aunque, por el momento, se trata sólo de una profecía no comprobada. Las operaciones lógicas pueden ser reproducidas por computadoras, e incluso ser más eficientes que las realizadas por humanos, pero aún estamos lejos de comprender cómo “piensa” el pensamiento; cómo se forman y emergen las emociones; y cómo creamos e imaginamos. Si podemos alimentar una computadora con algoritmos que reflejen nuestros procesos mentales y nuestras intenciones, no crearemos seres humanos, sino un espejo que responde a los problemas que le son colocados.

El mundo humano está constituido por la interacción entre mente, cultura y biología. Una computadora puede procesar algoritmos de manera más eficiente y más rápida que los humanos, pero la capacidad y la necesidad de juzgar, de escoger en cada circunstancia de acuerdo con diferentes deseos y creencias, diferencia al humano de la computadora más avanzada. El peligro, al menos hoy, no es que las máquinas se conviertan en una especie post-humana, sino que los humanos se conformen con seguir las instrucciones dadas por las máquinas.

Lo que distingue a los seres humanos es su capacidad de juzgar. El juicio articula la dimensión biológica y cultural, la finitud individual y la participación en comunidades que nos sobreviven, los sentimientos y la razón, los pensamientos y las acciones, el interés propio y los intereses de los demás. La relación entre cultura e individuo presenta una tensión constitutiva, ya que las respuestas que ofrece no excluyen los impulsos, los deseos y los temores de las personas concretas; en el mejor de los casos, son disciplinados, amortiguados, canalizados socialmente, pero nunca eliminados.

El miedo y los mecanismos neurológicos que nos informan sobre el dolor son innatos y nos alertan sobre los peligros más variados que acechan y, por lo tanto, necesarios para nuestra supervivencia como seres vivos. Los contextos sociales transforman y orientan el miedo y el dolor hacia objetivos culturales, y pueden ser movilizados contra grupos sociales con objetivos políticos o religiosos más diversos. Asimismo, la creatividad está presente en toda acción humana, pero se canaliza socialmente mediante la inserción de los individuos en organizaciones con normas y estructuras de poder que delimitan las opciones de acción y la guían hacia campos de acción particulares, tanto en la vida privada como en la pública (empresas, organismos públicos, instituciones científicas, religiosas, artísticas o la vida política).

La cultura es siempre anterior a cada individuo, y sus mecanismos tienen una vida útil más larga que una biografía, ya que es acumulativa y transgeneracional. Si el individuo es producto de la cultura, al mismo tiempo siempre será una versión particular de la misma, ya que la cultura es internalizada y absorbida por mecanismos psíquicos y pulsiones personales. La cultura solamente es posible gracias a las capacidades innatas de aprendizaje de los seres humanos, y responde a las necesidades individuales y colectivas (desde la producción y distribución de bienes materiales a respuestas a los temores frente a la conciencia de la muerte o la enfermedad).

Los sistemas de valores no existen si están disociados de las estructuras biológicas y mentales que, en gran medida, están determinadas por mecanismos que actúan fuera del control de la conciencia del individuo. Todas las corrientes de pensamiento científico que ya hemos mencionado, así como las ciencias sociales que enfatizan que los valores son construcciones sociales históricamente determinadas, conducen a relativizar la idea de que las personas son autónomas y libres, guiadas por la razón y capaces de controlar sus sentimientos y pensamientos.

Los valores están impregnados por razones que la razón desconoce. Expresan y se ven afectados y modificados por las más diversas emociones y mecanismos sociales y psíquicos de los que no somos conscientes e, incluso si lo somos, no siempre somos capaces de controlarlos. Por ejemplo, la agresividad acumulada por las inseguridades, las frustraciones y los resentimientos pueden expresarse individualmente o canalizarse colectivamente. En términos individuales, aparece en formas de autoagresión (depresión o alcoholismo) o violencia física o simbólica contra otras personas. Colectivamente, se externaliza mediante la humillación de los más débiles, el racismo, las guerras y las ideologías autoritarias que canalizan la violencia y la ira reprimida en chivos emisarios definidos como “enemigos”. El hecho de que el racismo o la xenofobia estén arraigados indica la capacidad que

tienen los humanos de ser manipulados políticamente, y de que varias formas de etnocentrismo están profundamente enraizados y presentes en las más diversas sociedades a lo largo de la historia.

¿Sería la libertad una construcción histórica, un concepto pragmático, que permita a la sociedad responsabilizar a las personas por sus acciones, independientemente de si están determinados por factores que no controlan? ¿Cuál es el fundamento del ideal de libertad? ¿Es producto de un momento específico en la historia humana, o es un componente de la condición humana?

Es probable que nunca tengamos respuestas definitivas a estas preguntas. Lo que sí sabemos es que las sociedades no producen seres homogéneos que reproducen automáticamente las normas y el conocimiento transmitido, ya que la condición humana incluye predisposiciones y virtualidades, basadas en el deseo y la creatividad de cada individuo —más o menos reforzada por las características personales y los contextos sociales y culturales— a algún tipo de individualización. La desobediencia a la voluntad de Dios (o dioses) dando inicio al libre albedrío, está presente en una gran diversidad de mitos de las culturas más diversas, siendo la más famosa entre nosotros la de Eva comiendo el fruto del conocimiento. Inclusive, paradójicamente, todas las religiones monoteístas con principios estrictos de obediencia a sus normas tienen como punto de partida la acción de individuos que promovieron una ruptura con las verdades heredadas del pasado, por ejemplo, Abraham, Moisés, Jesús y Mahoma.

Si los valores son frágiles, la transmisión y el mantenimiento de valores democráticos no pueden reducirse a la confianza en la fuerza de la razón. Nadie está libre de posturas racistas, misóginas y autoritarias, ni de apoyar a los políticos que las promueven. Es la solidez de las instituciones, condiciones de vida decentes y un esfuerzo permanente de educación y aprendizaje de convivencia, en los hogares, en la escuela, en el espacio público, desarrollando la capacidad de empatía (la capacidad de aceptar la diferencia y ponerse en su lugar del otro), que aseguran la permanencia de la vida democrática.

VALORES Y ESTRUCTURAS SOCIALES

Una larga tradición de las ciencias sociales explica los valores y la importancia relativa que le damos a cada uno en función de las estructuras sociales y a la posición que ocupan las personas en la pirámide social. Por ejemplo, en los tiempos modernos, el valor de la libertad individual estaría asociado con la desintegración de los controles

sociales en las comunidades pequeñas, reemplazado por el anonimato de la vida urbana, la difusión del pensamiento científico a través de la educación, la generalización de las relaciones contractuales, la promoción de la libre iniciativa, los procesos de secularización y la monetización de las relaciones sociales.

Si, por un lado, los valores están estrechamente relacionados con las formas de organización de la sociedad, no existe una relación unívoca entre ellos. Los valores tienen una plasticidad que les permiten atravesar diferentes períodos históricos y convivir con diferentes regímenes políticos. Estructuras sociales similares están asociadas con una gran variedad de formas de organización del poder político. En la antigüedad, en modos de producción basados en la esclavitud, encontramos desde la democracia ateniense hasta el despotismo faraónico y la república aristocrática romana, lo que hace que las reflexiones de Aristóteles sobre la política sigan siendo actuales. Varias religiones han abarcado milenios, y los valores relacionados con el capitalismo han estado presentes en las democracias liberales, el nazismo y los regímenes autoritarios. Contextos sociales similares pueden conducir a una miríada de respuestas guiadas por diferentes valores. La gran crisis económica de 1929 llevó al New Deal de Roosevelt, en Estados Unidos, y al nazismo, en Alemania.

Los valores de verdad, justicia y libertad, antes de ser entendidos como derechos o valores abstractos elaborados por intelectuales, aparecen desde la Antigüedad y siguen siendo la expresión de la lucha por la vocalización del descontento contra los poderes establecidos. El poder siempre ha tratado de imponer su voluntad, es decir, su versión de la verdad, que no puede ser cuestionada. Cuestionar el poder en general significaba producir verdades (es decir, versiones de la realidad) que ponían en duda la versión impuesta por los poderes dominantes. Las democracias, por primera vez en la historia, permitieron protestar contra los gobernantes sin temor al castigo, estableciendo la principal diferencia entre las democracias y los regímenes autoritarios.

Valores de solidaridad, así como la lucha por la “libertad”, en particular la confrontación con el opresor extranjero— son milenarios. Ciertamente no se trataba de luchas para adquirir la libertad o la solidaridad de los modernos, pero no dejaron de influir e integrarse en los relatos que inspiraron los movimientos sociales e ideológicos en los últimos siglos (recordemos, por ejemplo, la importancia que la historia bíblica de la salida de Egipto creó en el imaginario de las luchas del movimiento negro en los Estados Unidos).

Una tradición de las ciencias sociales considera que los valores son una “falsa conciencia”, mistificaciones que ocultan o justifican las realidades sociales basadas en la dominación y la explotación. No es posible, dentro de los límites de este trabajo, profundizar el tema, pero consideramos que se trata de una visión parcial, que no permite explicar cómo las religiones, occidentales y orientales, deístas y animistas, sobrevivieron a las transformaciones sociales más diversas. Una sobrevivencia que no puede reducirse al hecho de que tratan temas trascendentales, como el significado de la vida y la muerte, pues el confucianismo se centró en el buen gobierno y la buena vida; el judaísmo, y su posterior difusión, en versiones diferentes del cristianismo y el islamismo, incluye reglas de convivencia social y valores de solidaridad y consideración por los más pobres.

La Biblia invirtió el orden establecido por la narrativa de los vencedores, transformando los grandes imperios en marionetas del Dios de un pueblo pequeño y derrotado, que vislumbraba un tiempo mesiánico de paz y justicia. La legislación mosaica estableció el sábado como el día de descanso que debe incluir a los sirvientes, e instituyó leyes sobre la cosecha, por las cuales sobras deben dejarse para los pobres, los extranjeros, los huérfanos y las viudas. Los profetas se enfrentan a reyes que roban y maltratan a la gente y se rebelan contra el ritualismo formal: “El tipo de ayuno que pretendo es dejar de oprimir a los que trabajan para vosotros y que sean tratados con justicia, dándoles salario a quienes tienen derecho. Quiero que compartan vuestra comida con los que tienen hambre y que sean hospitalarios con los que viven desprotegidos, pobres y desamparados” (Isaías, 58,6-7). Los Evangelios ponen en el centro la figura de Jesús y su mensaje de amor y preocupación por los inválidos, los enfermos y los marginados. Los principios budistas están orientados hacia la compasión. Una larga tradición, que puede resumirse en los principios expresados hace dos mil años por el rabino Hilel: “Si no soy para mí mismo, ¿quién es para mí? Y si soy solo para mí, ¿qué soy? ¿Si no es ahora, cuándo?”.

La diversidad de mensajes y contradicciones en los textos sagrados permiten las más diversas interpretaciones y usos. Por ejemplo, en la Biblia inicialmente se critica la figura del rey (Dios se opuso a su creación, ya que conduciría al despotismo), sin embargo, los papas han sido responsables de la unción de los monarcas desde que la Iglesia se alió con el poder imperial romano. Quien visita Roma seguramente se impresiona que los nombres de Papas fueron colocados en la parte superior de los monumentos dedicados a los emperadores. Transformada en una fuerza política, una religión que pone el amor como un valor central, justificó y dirigió las Cruzadas, implementó la Inquisición, participó en guerras de conquista y en la conversión

forzada de otros pueblos, tal como lo hicieron los musulmanes en nombre de Alá, el misericordioso, o los macabeos en el nombre de Jehová.

Entre los textos sagrados, sus diversas interpretaciones y la práctica efectiva de las instituciones religiosas, existe, como sabemos, una enorme distancia. Sin mencionar las relaciones entre el poder político y las instituciones religiosas, que generalmente han tenido el papel de legitimar el orden social, inclusive disfrutando de parte de los privilegios de los grupos dominantes.

Aunque es correcto afirmar que los valores deben ser asegurados por instituciones con poder efectivo para implementarlos, para que las religiones no se vean reducidas a mistificaciones o alivios compensatorios frente a la crueldad del mundo social, también inspiraron insurgencias sociales contra la opresión ejercida por instituciones oficiales. En la Edad Media, por ejemplo, los cátaros en el sur de Francia formaron comunidades más igualitarias y sobrevivieron a siglos de persecución por parte de la Iglesia. El teólogo Thomas Müntzer apoyó los levantamientos campesinos en la Alemania del siglo XVI, y grupos radicales en Inglaterra durante el siglo XVII, predicaron la abolición de la propiedad y la igualdad de las mujeres, inspirados por las fuentes proféticas y antimonárquicas de la Biblia. Un crítico feroz de la religión, Karl Marx, recordado por su frase que definía la religión como el opio del pueblo, en el mismo párrafo escribió: "El sufrimiento religioso es tanto una expresión de sufrimiento real como una protesta contra el sufrimiento real. La religión es la visión de la criatura oprimida, el corazón de un mundo sin corazón y el alma de una condición sin alma".

LA FRAGILIDAD POLÍTICA DE LOS VALORES DEMOCRÁTICOS

Los valores en la sociedad moderna, que se presentan como un acto de elección individual, tienen una mayor fragilidad y volatilidad que los valores religiosos promovidos por las escrituras sagradas. La solidez y la longevidad de las figuras divinas se mantienen en proporción directa a su no presencia (o presencia infinita, que permite a grupos opuestos invocar Su protección) para juzgar y dirimir conflictos en el mundo social. En el mundo religioso, aquellos que hablan en nombre de Dios también pueden ser cuestionados por otros que se escudan de la misma manera en la figura divina.

El empoderamiento práctico de los individuos, con libertad para investigar y decidir de manera autónoma, tuvo un alto precio en términos de desempoderamiento

subjetivo. Después de todo, ¿habría una mayor sensación de poder que estar en contacto con Dios, un ser todopoderoso y omnisciente? ¿Habría más consuelo que sentir que todo lo que sucede en la vida, incluida la muerte, es parte de un plan más amplio, incluso si es un misterio? ¿Habría más seguridad de que creer que nuestras acciones, o en la gracia divina, pueden asegurar un lugar en el paraíso? ¿Habría más tranquilidad que creer que nuestras acciones responden a la voluntad divina y nos hacen sentir que somos parte de una comunidad de creyentes?

La separación entre la subjetividad individual y las creencias trascendentales fundadas en normas de conducta basadas en creencias compartidas creó un abismo entre el individuo y la sociedad y entre la comunidad y el poder político, ya que los monarcas encarnaban la unión entre el poder secular y el mundo trascendental.

Los valores modernos no contienen la fuerza de un sentido trascendental, que proporciona al individuo la sensación de seguridad que ofrece un poder externo y sagrado, que le permite sentirse parte de un “todo mayor”.

Esto no significa que el individuo libre de la modernidad pueda confundirse con el ideal estilizado por la tradición política liberal, en la que cada uno depende solo de su racionalidad y discernimiento para orientarse en el mundo. Por el contrario, la libertad individual siempre está imbuida de circunstancias personales, comenzando por el nacimiento, una decisión tomada por otros, que determina el lugar, el momento histórico y la familia (con su situación económica, creencias religiosas y características étnicas y raciales, es decir, una serie de filiaciones), y luego por la constante necesidad de apoyo social para sentirse reconocido y ser parte de una comunidad: dinero, familia, trabajo, profesión, amigos, grupo ideológico, Iglesia, etc.

El individuo que no tiene la justificación de la tradición es un individuo responsable por todos sus problemas: si el niño atraviesa dificultades, nos preguntamos “¿qué hicimos mal?”; en caso de enfermedad, “¿por qué no me cuidé lo suficiente?”; si tiene problemas de empleo, “¿qué hice o dije mal?”; Si la pareja tiene dificultades de relación, “¿por qué no respondí a las expectativas?”.

Cada situación lleva a las personas a la búsqueda constante de respuestas, en libros de autoayuda o de expertos de los más variados y, a su vez, encontrará en Google nuevas respuestas y preguntas sobre los consejos recibidos, llevándolos a nuevas terapias. Paradójicamente, la popularización del conocimiento científico, creando expectativas de que las enfermedades se pueden prevenir y curar, conduce a un aumento de la conciencia de nuestra fragilidad y los “peligros” asociados con lo que hacemos o dejamos de hacer.

La democracia como una serie de reglas y procedimientos para abordar el conflicto social, con el valor de ejercer la libertad individual y aceptar el pluralismo, ofrece un marco para la convivencia, pero no respuestas sustantivas a los desafíos subjetivos colocados por la vida social. Las personas, en las sociedades democráticas, a diferencia de las tradicionales, navegan entre la promesa de seguridad que el progreso debería proporcionar, y la incertidumbre, producto de la inexistencia de un punto de llegada y de un camino que produce cambios constantes en nuestras vidas. Incertidumbres que van desde matrimonios cuya duración es impredecible, elecciones que los niños podrán hacer sin tener en cuenta la opinión de los padres, imprevisibilidad sobre el futuro de la profesión o el trabajo (lo que lleva a muchos a desear el empleo público) hasta la volatilidad de los bienes acumulados. Inseguridad que busca protección en el sistema político, ya sea en la tradición política de la derecha conservadora para detener el ritmo de los cambios en las costumbres, o en la tradición de la izquierda, que ofrece una mayor seguridad socioeconómica a partir del Estado.

En el mundo moderno, la búsqueda de respuestas en la ciencia y la tecnología ha ocupado una gran parte del espacio (social, biológico y psíquico) que antes estaba dominado por prácticas mágicas y animistas. Es un mundo “desencantado”, donde el individuo debe decidir cada paso sin las “certezas” que surgen de lo sagrado y la expectativa de una recompensa post-muerte, en la que los sentimientos se concentran en los percances de la vida cotidiana, y la finitud no encuentra refugio en sentimientos de resignación o identificación con poderes y destinos trascendentales. El futuro siempre es una apuesta, porque la razón no controla lo desconocido ni lo aleatorio, aunque busca ocultarse en cálculos estadísticos o en escenarios producidos por empresas de “análisis de riesgo”. El mundo contemporáneo es un universo inmerso en el futuro, y los problemas y las soluciones son impredecibles.

Hasta los tiempos modernos, las diversas civilizaciones se representaban a sí mismas como eternas (para algunos, hasta el Apocalipsis, la llegada del Mesías u otras escatologías), y las transformaciones y eventos sin precedentes fueron interpretados como recompensas o castigos divinos, lo que permitió resignificar y dar sentido a lo nuevo, a lo fortuito o desconocido.

El mundo moderno ha transformado la aceptación de lo nuevo en algo normal, sin embargo, los cambios crean inseguridad y un deseo de regresar a lo conocido, al pasado. Muchos autores reaccionarios critican la vida moderna por ser un retroceso y un empobrecimiento en relación con un pasado en el que, aunque la mayoría de las personas sufrían necesidades básicas y a merced de las inclemencias naturales y enfermedades, tenían una vida más plena de sentido y estable. No existe un argumento

“objetivo” sobre cuál de los mundos es preferible, pero es innegable que el desencanto y el cambio permanente produce fragilidades que exigen respuestas.

Si la modernidad liberó la creatividad individual y produjo una sinergia social que permitió una revolución en la capacidad de controlar enfermedades, aumentar la esperanza de vida, reducir el sufrimiento, aumentar la producción y el almacenamiento de alimentos, crear nuevos sistemas de comunicación y de transporte para multiplicar la riqueza social, el costo subjetivo fue la búsqueda de individuos por fuentes de seguridad y pertenencia a una comunidad. El encantamiento producido por los bienes de consumo es tan real como insuficiente.

El mundo secularizado “politeísta” debilita la acción colectiva, por la atomización en torno a individuos que tienen como prioridad sus individualidades, dificultando la construcción de consensos que orienten la construcción de proyectos de futuro. La producción de sentido en el mundo contemporáneo trae desafíos formidables al interior de las sociedades nacionales, y aún más para la construcción de una gobernanza global orientada por valores comunes.

IDENTIDADES INCLUSIVAS E IDENTIDADES EXCLUYENTES

Nadie nace como una persona autónoma, que emplea sus facultades racionales y las informaciones disponibles para hacer elecciones sobre sus valores y sus creencias. Nuestra identidad se construye desde la infancia, a partir de un mundo de comunicación de ideas y afectos, que vienen desde el exterior y que son componentes centrales de nuestra forma de pensar y de sentir.

A medida que maduramos, en las sociedades democráticas pasamos a dialogar con el mundo que nos fue transmitido, y que nos permite tomar distancia, modificar, ampliar y redefinir nuestras elecciones. El diálogo entre el mundo exterior y el interior permanece marcado por la experiencia inicial, aunque sea reaccionando contra creencias consideradas “sagradas” por nuestra familia y, más tarde, por otros grupos de referencia.

De esta forma, nuestra identidad personal es constituida por retazos de identidad heredada y de identidades construidas reflexivamente, por componentes de la tradición (o “tradiciones”, ya que en fases diferentes de la vida nos vinculamos a otras identidades colectivas) y por “reformas” y “revoluciones” que la capacidad reflexiva y la experiencia de vida introduce en nuestra forma de ser.

Formar parte de identidades colectivas (familia, religión, nación, ideología, profesión, hobby, o equipo deportivo) es constitutivo de la identidad individual y, en consecuencia, de nuestras formas de pensar y sentir. Las identidades colectivas son ineludibles e imprescindibles para nuestra inserción en el mundo, dándonos un ángulo a partir del cual percibimos a la sociedad y nos relacionamos con ella y con nosotros mismos, ya que nunca seremos omniscientes y omnipresentes.

Las identidades colectivas pueden ser tanto *inclusivas* como *exclusivas*, un punto de partida y una palanca para expandir nuestro conocimiento y sensibilidad, o camisas de fuerzas que nos llevan a perder la autonomía, la capacidad de pensar y a ignorar, cuando no demonizar, a quien piensa diferente; una prisión que nos cierra cognitiva y emocionalmente frente a la riqueza y a la diversidad de la cultura humana y a la experiencia de los otros.

El ideal de un individuo racional, reflexivo y dispuesto al diálogo, es confrontado constantemente con la realidad de las identidades colectivas. El tránsito de la identidad individual a la identidad colectiva restringe el campo de autonomía, pues la pertenencia a una comunidad exige lealtad y afectos que limitan la autonomía, la capacidad de discernimiento y de raciocinio crítico.

Las identidades colectivas nos ofrecen una referencia que nos vincula a comunidades (reales o imaginarias) con las cuales compartimos mundos comunes que forman parte de nuestra identidad personal — referencias en las cuales encontramos experiencias, sentimientos, conocimiento y sabiduría que determinan nuestra individualidad. Para que las identidades no queden aprisionadas, deben ser el punto de partida para expandir la capacidad de aprendizaje y de relacionarse con otras identidades colectivas e individuales.

Por contraste, la identidad exclusiva nos lleva a despreciar y a excluir lo diferente, a confinar el horizonte al conocimiento y a experiencias que conforman aquello en lo cual creemos; a limitar la solidaridad a quienes forman parte de nuestro grupo; a crear fronteras rígidas e impedirnos la capacidad de escuchar y aprender con otras personas. La identidad exclusiva transforma la solidaridad familiar en amoralismo familiar — limitando la solidaridad al ámbito de la familia —; transmuta el amor por el país en xenofobia; convierte creencias religiosas que dan sentido a la propia vida en fundamentalismos que irrespetan otras creencias, y usa la identidad étnica o sexual para desvalorizar y despreciar a los demás.

La vida política nunca se limita a “agregar intereses individuales”, sino que genera identidades colectivas — sea alrededor de valores o de referentes sociales — que

conducen a una pérdida — mayor o menor — de la capacidad individual de juicio y, en casos extremos, al fanatismo ciego. En la historia política de la modernidad, tanto a la izquierda como a la derecha, religiosos o ateos resbalaron por caminos diversos en dirección a identidades excluyentes que llevan a la polarización y a la destrucción del espacio público y de la democracia.

CONCLUSIONES

Tanto la vida en sociedad como la de los individuos se encuentran inmersas en conflictos de valores. Todas las personas llevan consigo varias “otras”, y todos los sistemas de valores y de creencias son contradictorios, porque sus conflictos intentan responder al drama de la condición y de la vida en sociedad. Creer que existe un “valor superior” al cual todos deben someterse, o en caso contrario ser eliminados, abre caminos para el totalitarismo, religioso o secular.

La humanidad, constituida por individuos singulares, con voluntades propias y diferentes, es por naturaleza plural. Una pluralidad que se resuelve por la imposición violenta de unos sobre otros, por la referencia a normas externas sancionadas por algún sistema de poder o por la creación de mecanismos de construcción de consensos, que exigen la comunicación entre las partes y la negociación de soluciones. El punto de partida de la política democrática es el reconocimiento de la diversidad y de la pluralidad, así como su punto de llegada, ya que acordar soluciones no implica que las partes renuncien a sus valores.

Los factores que están en juego en el conflicto de “politeísmo” *versus* “monoteísmo”, no son, por consiguiente, las creencias personales, religiosas o no, sino el sistema de poder institucionalmente organizado al cual aquellas se someten. Para el monoteísmo religioso o secular, el individuo está subordinado a la comunidad — y en la práctica a los que controlan el poder político y poseen las llaves que abren las puertas a la interpretación correcta de los textos sagrados, a la línea del partido o a la “esencia de la nación” —, mientras que para el “politeísmo” moderno, cada individuo debe indagar, expresar y confrontar su verdad por la vía del diálogo.

10. CONCLUSIONES

La historia de la democracia se caracteriza por situaciones de constantes crisis y transformaciones. En la mayor parte de los casos fueron transformaciones positivas, que permitieron enormes avances en términos de derechos civiles, políticos, sociales y culturales. Pero cuando el sistema representativo no es capaz de procesar las tensiones para resolver los conflictos y el malestar social, esas crisis pueden llevar al cuestionamiento de la democracia.

Sentimientos más o menos difusos de marginalización o malestar de sectores de la población, para quienes el “sistema” no los representa, o incluso los perjudica, están siempre presentes, en mayor o menor medida, en todas las sociedades democráticas. Esos sentimientos pueden ser catalizados por líderes apoyados por fuerzas sociales con tendencias autoritarias, que se dicen sensibles al malestar social. La cuestión a dilucidar es cómo limitar la ascensión de tendencias destructivas para la democracia.

Las relaciones entre capitalismo y democracia pasan por un momento crítico de inflexión que exigirá innovaciones institucionales profundas, que enfrenten los desafíos vigentes tanto a nivel nacional como en el sistema internacional. La ciudadanía espera de los gobiernos respuestas que, en la mejor de las hipótesis, serán paliativas. Dentro de los parámetros bajo los cuales se organiza actualmente la sociedad contemporánea, la confianza en el sistema político tenderá a permanecer baja, por lo menos en la mayoría de los países democráticos; en los países autoritarios dependerá de sistemas de vigilancia, de represión y de control de la información.

Es posible que el impulso de la extrema derecha sea un fenómeno pasajero. Pero incluso si su peso retrocede, las marcas destructivas que dejará en las instituciones nacionales e internacionales perdurarán por un largo período, y los problemas que los alimentaron permanecerán. Como indicamos, en las últimas décadas el aumento de la desigualdad y la concentración de la riqueza en manos de una ínfima minoría produjo un creciente malestar con los partidos tradicionales, situación que la nueva derecha no modificará. La supervivencia de las sociedades capitalistas democráticas en el largo plazo, dependerá de su capacidad de procesar los problemas que favorecieron el ascenso de posiciones extremistas.

Los desafíos actuales no se reducen a los generados por los políticos autoritarios. Repensar la democracia exige enfrentar los problemas ambientales y los efectos de la revolución tecnológica. En la economía, las nuevas tecnologías destruirán empleos y permitirán una enorme concentración de poder en pocas empresas que controlan (y transmiten) informaciones, y centralizan una creciente porción de las transacciones comerciales. Las nuevas tecnologías, con su capacidad de vigilancia y destrucción de la privacidad, y de asumir el control de decisiones en los más variados ámbitos de la vida social, representa un enorme desafío.

Uno de los grandes debates políticos respecto de la democracia se refiere a quién controla los algoritmos y el uso de la información que aquellos producen. ¿Cuáles son los riesgos que podemos asumir de forma responsable si transferimos y centralizamos casi todas las áreas de nuestra vida a sistemas fallibles y sujetos a todo tipo de ataques y manipulaciones? Al mismo tiempo que estamos cada vez más prisioneros de nuestras perspectivas personales, nuestras interacciones con los demás —próximos o distantes— son cada vez más intensas y avasalladoras. Somos intermediados por softwares que no controlamos ni conocemos cómo funcionan.

Todos los aspectos de la vida social pasan a depender de tecnologías, y si la democracia no crea mecanismos de control efectivo sobre su uso y sus consecuencias, tanto por parte de las empresas como del Estado, resbalaremos hacia un futuro distópico, en el cual las nociones de libertad y conciencia individual se transformarán en fenómenos del pasado. Una situación que, desde sus perspectivas particulares, es captada por movimientos como el *singularismo* y el *trans-humanismo*, que prevén que la inteligencia artificial modificará la condición humana y la forma como la sociedad se organiza y toma sus decisiones.

La democracia definida como un conjunto de instituciones y de procedimientos formales que permite la competencia política, sin valores substantivos, sin duda es insuficiente. Los procedimientos están al servicio de valores, en primer lugar, el de la libertad y de la solución pacífica de los conflictos, pero también de valores que la sociedad fue integrando como parte de un nuevo consenso social.

En lugar de posturas irrestrictamente conservadoras o progresistas, los cuestionamientos que debemos hacernos son: ¿qué debe modificarse y qué mantenerse? ¿Cómo mantener aceptando modificaciones, y cómo modificar sin destruir lo que merece mantenerse? No se trata, entonces, de celebrar de forma acrítica cualquier novedad, o apoyar cambios sin perder la capacidad de evaluación y análisis. Por el contrario, los cambios deben ser encarados como un espacio abierto para un amplio

debate público; y para ello se requiere encontrar soluciones inéditas. En palabras del poeta francés René Char, "*Notre héritage n'est précédé d'aucun testament*", cada generación debe decidir qué hacer con el mundo que recibió.

A pesar de sus limitaciones, mientras no aparezcan nuevas formas de organización política que aseguren los mismos derechos fundamentales, la democracia liberal capitalista constituye la única apuesta responsable para aquellos que valoran la libertad. Esa afirmación no significa que el futuro de la democracia capitalista está garantizado. De ser incapaz de procesar las nuevas formas de desigualdad, la concentración del poder económico y el impacto de los cambios tecnológicos — en la sociabilidad cotidiana, en la estructura del mercado laboral, en los sistemas de vigilancia, en los bancos de datos que permiten la manipulación y el control de las personas, o en el potencial de terapias genéticas extremadamente costosas que pueden conducir a una fractura definitiva de la especie humana —, el divorcio entre capitalismo y democracia sería inevitable, y sus efectos catastróficos.